DICCIONARIO ESPIRITUAL

Pequeña guia para el alma

Carlo Maria Martini

P P C

Título original: *Dizionario Spirituale*. 1997

Traducción: Rafael Claudín y Felicita Di Fidio
Diseño de cubierta: Ediciones SM. Luis Muñoz Cobo

© Edizione Piemme
Via del Carmine 5
15033 Casale Monferrato (AL)
ITALIA
© PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.
Enrique Jardiel Poncela, 4
28016 Madrid

ISBN: 84-288-1494-5
Depósito legal: M-18653-1998
Fotocomposición: Grafilia, SL

PRESENTACIÓN

Si somos honrados con nosotros mismos, tenemos que reconocer que todos necesitamos saber adónde vamos, necesitamos claridad y verdad. Pero nos gustaría recibir todo esto de alguien que fuera capaz de tranquilizarnos y darnos al mismo tiempo un poco de calor y comprensión, alguien que nos hablara con bondad y humanidad.

Si tuviéramos que expresar todo esto con un grito, éste sonaría así: «¡Dime la verdad, pero ayúdame a vivir con un poco de alegría!». Lo cual no es ninguna contradicción, sino perfectamente posible.

En efecto, no son sólo los jóvenes los que están desorientados, los que se sienten inseguros ante un futuro lleno de dificultades con respecto al trabajo, a la estabilidad de las relaciones interpersonales, a la posibilidad de insertarse en la sociedad sintiéndose motivados y acogidos. También hay muchos adultos, padres y profesionales, que han visto venirse abajo de manera ruinosa seguridades, más o menos falsas, en las que habían apoyado toda su vida.

El *Diccionario Espiritual* del arzobispo de Milán, cardenal Carlo Maria Martini, se pone a nuestra disposición, con humildad y delicadeza, para cuando necesitemos escuchar una voz autorizada, benevolente y positiva, en la que podamos apoyarnos.

No es un diccionario elaborado con criterios científicos orientados hacia el estudio y la información para la investigación.

Es un diccionario inspirado en la vida misma; aporta reflexiones y pensamientos expuestos y escritos en circunstancias muy variadas y ante los auditorios más diversos, con palabras que han brotado del corazón de un pastor solícito, muy responsable, que se inclina y se pone a nuestro lado como guía, para responder a todas las exigencias humanas más serias y para orientar e interpretar los dramas que continuamente se presentan en nuestra vida. El punto de vista del autor es muy concreto: se trata del de un obispo. El cardenal Carlo Maria Martini quiere comunicarnos la Palabra de Dios; darnos a Jesús como «clave interpretativa y resolutiva de cualquier problema humano».

Por tanto, es un libro de vida, ordenado alfabéticamente para facilitar la búsqueda de las palabras y para que la consulta de cada voz ilumine y alimente, precisamente como hacían los niños judíos cuando aprendían de memoria las estrofas del salmo 118: alabanza al Señor, poesía y oración. Consideramos, sin ninguna exageración, que este libro es un pequeño gran regalo: nos hace pensar, nos ayuda a recordar, nos facilita la experiencia del gozo y, con firme benevolencia, abre nuestro corazón al encuentro con Jesús, la Palabra que se ha hecho carne, para la salvación de todos.

Luciano Pacomio

Obispo de Mondovì

A

Acogida

«Hermanos, acogeos los unos a los otros, como Cristo os acogió a vosotros.» La expresión «los unos a los otros» se refiere a dos grupos muy concretos, que se distinguían, y en cierto modo se contraponían, en la comunidad de Roma a la que Pablo escribe su carta al comienzo de la era cristiana: los judíos y los paganos, los cristianos procedentes del judaísmo y los que venían del paganismo.

La exhortación es el punto final de la reflexión sobre el tema concreto de la larga *Carta a los Romanos*: desde el momento en que el hombre se salva mediante la fe en Cristo Jesús, ya no hay diferencia entre grupos étnicos o raciales en la Iglesia, en la historia y en el mundo, ya que todos están igualmente salvados y todos tienen que acogerse mutuamente.

¿Qué nos dice a nosotros esta exhortación escrita hace 1900 años? ¿Qué dice a nuestro mundo, a nuestra situación histórica, civil, social y política?

La respuesta no varía: tenemos que acogernos los unos a los otros, como Cristo nos ha acogido a nosotros.

Antaño se trataba de judíos y paganos: hoy de judíos y no judíos, de judíos y árabes, de cristianos

y musulmanes. Todos hemos sido en principio acogidos y amados por Dios. Más allá de todas las diferencias, en el fondo hay un amor misericordioso de Dios por los unos y por los otros.

Evidentemente para muchos hay un camino religioso que recorrer, una búsqueda más profunda del sentido del misterio de Dios, una comprensión del misterio de Cristo; sin embargo, en primer lugar, existe un amor misericordioso que nos empuja y nos obliga a acogernos, a hablarnos, a amarnos.

Aconsejar

Aconsejar no es un acto meramente intelectual; es una obra de misericordia que intenta mirar con amor la extrema complejidad de las situaciones humanas concretas.

Ciertamente debemos proclamar la exigencia evangélica, pero ésta, si lo es, siempre es compasiva, alentadora, buena, humilde, humana, filantrópica, paciente.

Esta característica del acto de aconsejar no la encontramos con tanta frecuencia en la Iglesia. Al contrario, a veces tropezamos con consejos, o incluso decisiones, que carecen del toque de humanidad típico de Jesús. Jesús sabía adaptarse con amor a las situaciones, sabía encontrar el momento adecuado.

Si a la hora de aconsejar existe la actitud misericordiosa, se evitarán muchos pseudo-conflictos, porque de nada sirve el manto de la justicia si no va acompañado por la virtud de la prudencia.

El que aconseja en la comunidad tiene que tener un gran sentido del consejo como don. Si es un don, hay que pedirlo en la oración y no podemos presumir que lo tenemos. Como tal, debemos acercarnos a él con desapego, puesto que no procede de nosotros, sino que nos es dado.

El consejo no es un arma de la que puedo servirme para condenar a los demás; es un don que está al servicio de la comunidad, es la misericordia de Dios que actúa a través de mí. Es verdad que pasa por mi racionalidad —la prudencia es la racionalidad de la acción— pero también atraviesa el movimiento amoroso, consolador, del Espíritu Santo, que produce sensibilidad, confianza, caridad.

Actuar

La modalidad del tener posee ciertamente algunos elementos positivos; revela la necesidad innata en la persona de expansionarse y disponer de instrumentos.

Pero cuando el tener parece expresar toda su fuerza radicándose únicamente en un «Yo» absoluto como manifestación última de su identidad, entonces se llega a la siguiente conclusión: Existo porque tengo; lo que tengo —dinero, prestigio, poder, influencia— es lo que me califica, lo que me hace simplemente ser.

Actuar, en cambio, es más que adquirir poder, es más que dominar y que poseer; es escribir la

página de nuestra libertad y de nuestra dignidad sobre el duro territorio de los procesos históricos.

Entonces, la vida de las personas, su encuentro y su comunicación se abren a la pregunta de los últimos significados.

Más allá de la independencia y del poder, se abre camino el espacio de la libertad, la posibilidad del reconocimiento del otro, de la entrega de *uno mismo. Y así, sólo así, se supera la mala con*ciencia de un egocentrismo que va siempre más allá, en busca de un gozo efímero, de un tiempo libre concebido como mera evasión. Todo esto indica que en el fondo estamos convencidos de que el tiempo del trabajo y de los procesos económicos es tiempo de condicionamientos y cautiverio.

El hombre sólo se realiza si puede ser él mismo en cada momento de su actividad y en cada dimensión de su personalidad.

Adoración

¿En qué consiste la adoración eucarística, una devoción que quizá no acabamos de entender muy bien?

Consiste en cultivar una actitud sorprendida ante Cristo que da su vida por nosotros, ante su amor infinito del que somos indignos y que, sin embargo, nos acepta con su infinita misericordia en nuestra pobreza. La adoración eucarística es cultura en el sentido más profundo.

Cuando se habla de cultura, y de lo que es pre-

misa necesaria de la misma, se habla de cultivar algunas actitudes básicas sin las cuales ninguna cultura es real y penetrante. Adorar significa, propiamente, cultivar sentimientos de humildad, de pobreza, de agradecimiento y, por tanto, de eucaristía, de una acción de gracias admirada y llena de asombro ante el don de Dios.

Estos sentimientos, cultivados en la adoración, *nos ayudan también a vivir más plenamente la* misa y la comunión eucarística. Ensanchando el discurso, yo diría que la actitud de adoración es importante no solamente para que la eucaristía tenga su fuerza en nosotros, sino igualmente para que ocurra lo mismo con la Palabra. Ésta es un don que supone una iniciativa imprevisible y apasionada de Dios y que siempre nos coge desprevenidos. Sólo así se revela como palabra viva, que tiene que decirnos algo nuevo que no conocemos todavía, si nos ponemos frente a ella dispuestos realmente a escucharla.

Aflicción

¿Cuál es la realidad que oculta esta misteriosa frase de Jesús: «Bienaventurados los que sufren»? *¿Quiénes son los afligidos? ¿Cuál es la situación* interior que determina su actitud?

Recordemos cuando Jesús llora por su ciudad o por su amigo Lázaro recién fallecido. Es un llanto que sale de una dramática contradicción interna. Cuando una persona se expresa con el gesto de

las lágrimas es porque se siente desgarrada por la comparación entre el deseo y la visión interior del reino de Dios y de su plenitud de vida y de paz, y la visión contradictoria de muerte que la rodea. No se trata, pues, de una simple emoción negativa por la privación de un bien que nos era querido: se trata de un desgarrador contraste entre el sumo bien de Dios, el don de su amistad y las intolerables situaciones de miseria y de muerte que nacen del rechazo del amor de Dios.

La aflicción, proclamada como bienaventuranza, fluye de una mirada contemplativa hacia el misterio infinito de Dios, y a la vez de una consideración llena de amor, ternura y compasión, sobre la condición humana.

Por eso esta actitud es propia de los santos, es decir, de quienes han sabido mirar con amor y realismo al hombre, habiendo sido sus ojos purificados y hechos compasivos por la visión de Dios.

Comprendemos entonces que la santidad no consiste en evadirse de lo humano, ni en perderse en los sueños.

La santidad es la capacidad de captar, con una mirada pura, el drama del ser humano, sus sufrimientos y la contradicción de su situación histórica.

De esta mirada nacen las denuncias y las exhortaciones proféticas.

Alabanza

A veces puede surgirnos la duda de que es poco realista alabar a Dios mientras la gente sufre,

es pobre, no tiene trabajo; mientras en el mundo haya violencias y guerras. Tenemos miedo de que, en cierto sentido, esta alabanza a Dios sea como ponernos una venda en los ojos. Sin embargo, creo que tenemos que tener más valor. Si empezamos a mirar el mundo con los ojos de Dios, y por tanto a alabarlo por el bien que hace, tendremos más capacidad para distinguir el bien del mal y penetrar en los sufrimientos de la humanidad.

El sentido de la alabanza a Dios es el primer realismo: es la contemplación del mundo como lugar de bondad, misericordia, amor de Dios, amor de Cristo por el hombre, el pobre, el enfermo, el que sufre, por mí, por nosotros, por esta Iglesia.

Por tanto, tenemos que aprender a buscar en nuestra propia experiencia personal los motivos reales de la alabanza a Dios. ¡Y la verdad es que son muchísimos! A veces resulta que los dones del Señor nos parecen obvios y no nos sorprendemos de ellos: el hecho, por ejemplo, de estar aquí juntos, de no haber perdido la fe, de haber perseverado en la vocación, son todos unos dones inmensos. En nuestra jornada y en nuestra vida deberíamos acostumbrarnos a buscar las distintas circunstancias, de manera que todo se pueda transformar en motivo de alabanza.

María, en el *magníficat*, canta una alabanza inmensa que abarca el universo. Podríamos decir: pero, en el fondo, ¿qué ha visto María? Durante unos minutos ha contemplado un ángel que ni siquiera sabemos bien cómo se le ha aparecido. Ha oído una palabra amable de Isabel, y ya está. Son

dos pequeños acontecimientos en los que ha leído, pasando por el conocimiento de Dios, un proyecto universal. Esto significa que para alabar a Dios no hace falta mucho: basta con saber interpretar un acontecimiento en el que Dios se manifiesta, para que desde él podamos remontarnos al Omnipotente, al Dios cuyo nombre «es Santo», y su misericordia «llega a sus fieles de generación en generación».

Desde el punto de vista psicológico, es suficiente concentrarse en una pequeña circunstancia para deducir todas las demás.

Alejados

Hay muchas páginas de la Biblia que nos presentan a unos forasteros, a unos paganos, o a unos marginados, que se convierten en los destinatarios privilegiados de la Palabra de Dios. Efectivamente, aquellos que frecuentan asiduamente la vida de la comunidad, corren el riesgo de acostumbrarse a los grandes dones cristianos, a considerarlos de su propiedad, menoscabando su eficacia operativa. En cambio, la situación de lejanía, sobre todo cuando no depende en particular de causas culpables, como la pereza, la indiferencia, una conducta moral contraria al modelo evangélico, puede conferir a la búsqueda de la fe un tono de profundo respeto, una pasión por la autenticidad, una mayor seriedad a la hora de relacionar la fe con los problemas del mundo actual. Estos

posibles valores, presentes en la fe de los alejados, no deben inducirnos a pensar que es preferible mantener la situación de lejanía. Se trata de unos valores precarios que, para que sean verdadera y fructuosamente operantes, requieren que el alejamiento sea superado con un acercamiento crítico y valiente a la vida de la comunidad cristiana.

Alianza

La alianza es el vínculo profundo que unía al antiguo Israel con Dios y lo hacía ser «su pueblo»; el don de Cristo sacrificado por nosotros tiene como finalidad la creación del nuevo pueblo de Dios.

La alianza recuerda el incansable amor con el que Dios, desde la creación, ha tratado al hombre como un amigo, ha prometido una salvación después del pecado, ha elegido a los patriarcas, ha liberado a Israel de Egipto, lo ha acompañado en su caminar por el desierto, lo ha introducido en la tierra prometida, signo de los misteriosos bienes futuros, y lo ha abierto a la esperanza con la promesa del Mesías y del Espíritu.

Por tanto, en la concepción bíblica, la alianza es el principio que constituye y configura toda la vida del pueblo. Acogida mediante el culto y la ley, va plasmando, momento a momento, toda la existencia. Prometida como «nueva» alianza en la predicación profética, se contempla como principio divino que habita en las profundidades del corazón

y desde dentro mueve, orienta, e influye en toda la vida.

Amor

¿Qué es el amor? Yo llamo amor a esa experiencia intensa, inolvidable e inconfundible que sólo se puede dar en el encuentro con otra persona.

Por tanto, no se puede amar una cosa abstracta, una virtud. El amor solitario no existe. El amor siempre necesita de otra persona y se realiza en un encuentro concreto. Por eso el amor precisa de citas, intercambios, gestos, palabras, regalos, que, aunque sean manifestaciones limitadas, son el símbolo de la plena entrega de una persona a otra.

Amar es encontrar a otra persona e intercambiar con ella presentes, es una experiencia en la que se entrega algo de uno mismo: cuanto más entregamos, más amamos.

El amor es un encuentro en el que la otra persona nos parece importante, en cierto sentido más importante que nosotros mismos: tan importante que llegaríamos a dar la vida por ella. Descubrimos que estamos enamorados cuando nos damos cuenta de que, de alguna manera, el otro se ha vuelto más importante que uno mismo. Por eso el amor realiza algo que podríamos llamar un éxtasis, un salimos de nosotros mismos, de nuestro propio interés: un éxtasis en el que yo me siento tanto más verdadero y auténtico, tanto más genuinamente yo, cuanto más me entrego, cuanto más me gasto y dejo de pertenecerme en exclusiva.

Anuncio

El primer anuncio, con el que nace todo el movimiento cristiano, fue el de que Jesús de Nazaret, después de ser ejecutado, había resucitado.

Este acontecimiento es muy importante, ya que nos permite aclarar que el cristianismo no tuvo un origen de tipo ideológico. No nació, por ejemplo, de la predicación de la fraternidad entre los hombres, o de la proclamación de la paternidad de Dios (como sostenía Harnack). En sus comienzos no se encuentra una fórmula teológica, ni un programa de renovación moral, sino la simple afirmación de que Jesús de Nazaret, que fue crucificado, vive.

Ésta fue la impresión que hasta un magistrado romano poco interesado en las cuestiones religiosas, como el procurador Festo, sacó de las acusaciones que habían sido formuladas contra el apóstol Pablo. Estas acusaciones tenían que ver con «un tal Jesús, ya muerto, y que, según Pablo, está vivo».

¿De qué manera los primeros cristianos anunciaban que Jesús estaba vivo? ¿Con qué fórmulas, con qué expresiones, con qué lenguaje lo hacían?

Los primeros discípulos se expresaban con este realismo: Jesús de Nazaret ha resucitado, y nosotros lo hemos visto. No se trataba, pues, ni de la idea de un Cristo que permaneciera vagamente en la memoria de los discípulos ni de una esperanza que sobreviviera a cualquier derrota. Nos hallamos ante el testimonio concretísimo de un encuentro entre personas.

Todos buscamos la verdad, deseamos la verdad; la buscamos, la pedimos, la queremos para cada momento de nuestra vida. Si tuviéramos que traducir esta búsqueda, yo al menos la traduciría, sobre todo, como deseo de autenticidad.

Deseo, ante el Señor y ante todos vosotros —y seguramente cada uno de vosotros lo desea igual que yo—, ser auténtico. Es decir, quisiera que hubiera una coordinación entre gestos y palabras, entre palabras y hechos, entre promesas y realizaciones, o sea, entre lo que nosotros, por la gracia de Dios, queremos ser y lo que intentamos ser y nos esforzamos por ser en nuestra vida diaria.

Deseamos la verdad, la autenticidad, deseamos que, en nuestras palabras, en nuestros gestos y en nuestras acciones, todo lo que decimos y hacemos corresponda a lo que el Señor nos inspira. Que no haya ninguna desviación entre lo que sentimos y lo que vivimos.

Por tanto, buscamos juntos la autenticidad, la deseamos, la queremos en las relaciones de amistad, de fraternidad, en las relaciones diarias entre nosotros. Y buscamos esta verdad con unas características muy concretas, que resumo con algunas imágenes extraídas del evangelio de Juan.

Señor, busco una verdad que sea cristalina como el agua, sencilla como el pan, clara como la luz, fuerte como la vida...

Entonces surge espontánea una plegaria. ¿Quién nos dará esta agua cristalina que nunca se acaba? ¿Quién nos dará el pan sencillo del ali-

mento diario, del que podamos alimentarnos todos los días y que podamos partir con los hermanos? ¿Quién nos dará esta claridad como la de la luz, ante la cual consigamos estar sin cerrar los ojos? ¿Y quién nos dará la fuerza de la vida?

Y he aquí que el Señor nos responde diciendo: Yo soy el agua viva; yo soy el pan de vida; yo soy la luz; yo soy la resurrección y la vida. Yo soy el agua viva que nunca se acaba y que apaga la sed, yo soy el agua que salta hasta la vida eterna. Yo soy el pan de vida: el que coma de este pan no morirá. Yo soy la luz que resplandece entre las tinieblas y que las tinieblas no pueden cubrir. Yo soy la resurrección y la vida: el que crea en mí, aunque muera vivirá; y el que viva y crea en mí, tendrá vida eterna.

Ayuno

Debemos recuperar la utilidad que el ayuno tiene para nosotros, una utilidad propiamente ascética para el ejercicio de nuestra santificación.

¿Cómo es posible, en una sociedad como la nuestra, seguir hablando de prácticas penitenciales como el ayuno?

Para contestar a esta pregunta, hay que reflexionar acerca de que el ayuno físico tiene una aplicación amplia y que, con un poco de buena voluntad, podemos hacerle un sitio en nuestra experiencia cotidiana.

El ayuno del alimento o de la lengua se refiere

evidentemente a las comidas, y consiste en renunciar de vez en cuando a una comida o reducirla al mínimo. Sin embargo, bien mirado, se refiere también a muchas otras cosas placenteras a las que nos hemos acostumbrado demasiado desde hace algunas décadas: por ejemplo, todas esas visitas al bar sin una necesidad real; el tabaco; los helados; todos los cafés que se toman a lo largo del día, etc. Si en este campo hacemos alguna renuncia, no nos vendrá mal y así recordaremos que estamos recorriendo un camino con Jesús hacia la cruz y hacia la pascua.

El ayuno de los ojos o de las imágenes: es otra forma de ayuno muy importante para nuestro bienestar espiritual.

Creo que todos estamos convencidos de que el uso indiscriminado de la televisión, sobre todo por parte de los muchachos y de los niños, es absolutamente perjudicial, es una especie de indigestión, es antieducativo, y debemos reaccionar contra ello, aprendiendo a ser selectivos en este sentido. Si empezamos a hacerlo, rechazando la tentación de que podamos parecer raros o pueriles, nos daremos cuenta de que la influencia que esta decisión va a tener en nuestra vida —en la oración; en los nervios; en la disciplina de los sentidos, de la fantasía y de la imaginación— es mucho mayor de lo que pensábamos. Se trata de pequeñas cosas de las que, sin embargo, dependen las grandes.

Por lo tanto, el ayuno puede ser aplicado a muchos elementos de nuestra vida diaria y puede ser vivido con sencillez por cada uno de nosotros.

B

Bautismo

El bautismo sella para cada uno de nosotros el abrazo del Padre, es signo eficaz de las relaciones vitales que el Padre, el Hijo y el Espíritu establecen con nosotros, nos otorga un corazón nuevo, nos capacita para practicar la obediencia filial —como Jesús— al proyecto amoroso de Dios.

El bautismo sella también nuestro ingreso en la gran familia de la Iglesia, nos habilita para celebrar la eucaristía, escuchar la palabra de Jesús y dar testimonio de la misma, vivir la caridad fraterna, poner nuestros dones al servicio de todos.

Finalmente, el bautismo nos convierte en signo de esperanza para toda la humanidad, ya que crea en nosotros una humanidad nueva, libre del pecado, dispuesta a entrar en los distintos ámbitos de la convivencia humana, no con el egoísmo agresivo de quien reconduce a todos y todo hacia sí mismo, sino con la firme disponibilidad de quien, dejándose atraer por Cristo, está dispuesto a ayudar, a colaborar, a servir, a amar.

La meditación sobre nuestro bautismo es siempre profundamente consoladora.

Se trata de una meditación que serena nuestra mirada sobre el mundo. Aunque los problemas que tenemos delante sean enormes, el bautismo,

mientras siga reviviendo en nosotros y generando cada vez nuevos hijos para la Iglesia, nos llena de confianza, porque, en los bautizados, Cristo sigue venciendo con el amor el mal que hay en el mundo.

Bendición

El término «bendición, bendecir» tiene una densidad particular en la espiritualidad judía. Dicha por el hombre, esta palabra significa admiración, alabanza, agradecimiento. Dicha por Dios significa garantía de bienes, promesa de favores, expresión de benevolencia, compromiso de don. La importancia que reviste en la espiritualidad judía está muy bien expresada por una parábola rabínica, la de las 22 letras del alfabeto. Narra la parábola que cuando Dios estaba a punto de crear el mundo con su palabra, cada una de las 22 letras del alfabeto hebreo pretendía que el mundo fuera creado a partir de ella, y cada una aportaba sus razones. El cuento pasa entonces revista a todas las letras empezando por la última, la tau (para nosotros sería la zeta). Sin embargo, las razones aportadas por cada letra son rechazadas porque cada letra encabeza no solamente palabras del bien, sino también palabras del mal. Por ejemplo, en español, la «c» es la letra inicial de «celo», pero también de «contienda»; la «v» es inicial de «valor», pero también de «venganza»; y así sucesivamente.

Al llegar a la letra «b», ésta dice: «Señor del mun-

do, crea el mundo, te lo ruego, por medio de mí, a fin de que todos los habitantes del mundo te alaben cada día por medio de mí, como está dicho: Bendito sea el Señor ahora y por siempre».

El Señor acogió la petición de la letra «b» y efectivamente la primera palabra de la Biblia es «bereshit», que significa «en el principio»: «Al principio creó Dios el cielo y la tierra». La letra «b» es también inicial de «bendición», «bendecir», «bendito». Bendito seas, Señor.

La primacía de la bendición es subrayada por otro dicho hebreo: «El que utiliza los bienes de este mundo sin pronunciar una bendición, profana una cosa sagrada».

Bienaventuranzas

Antes de dibujar el ideal del discípulo —pobre en espíritu, afligido, manso, hambriento de justicia—, las bienaventuranzas expresan la figura histórica de Jesús que nos ha enseñado de qué modo tenemos que relacionarnos concretamente con el Padre y con los hermanos. Sólo si miramos a Jesús, las bienaventuranzas revelan su verdadero sentido y su justificación, se salen de esa paradoja por la que nosotros las consideramos como imposibles, como parte de otro mundo, como algo inalcanzable. Lo que es imposible para nosotros, es posible para Dios y, por tanto, es posible para el hombre y la mujer bautizados, llamados a la santidad.

En realidad, las bienaventuranzas subrayan una única actitud fundamental: reconocer la primacía de Dios en nuestra vida, la primacía del Padre y, por tanto, la necesidad de abandonarnos a él. «Padre, todo está en tus manos, todo te lo entrego a ti, todo lo espero de ti», dicen el hombre y la mujer de las bienaventuranzas.

De este modo, las bienaventuranzas representan la actitud de quien, como Jesús, se fía completamente del Padre y, por ello, es dichoso, es feliz, porque nada le falta. Y aunque tuviera que pasar momentáneamente por la aflicción o la persecución, sabe que el Padre está preparando para él un maravilloso tesoro, un gozo indecible, y en su interior lo saborea, sintiéndose así realizado, auténtico, completo.

La santidad cristiana, descrita en las bienaventuranzas, consiste en vivir nuestro bautismo inmersos en el amor del Padre, en la imitación y en la gracia del Hijo y en la fuerza del Espíritu Santo. A esto estamos llamados cada mañana cuando nos despertamos y en cada momento de nuestra jornada; es algo que está sobre nosotros como gracia y como amor del Padre en el sueño de la noche, para atendernos como abrazo de amor nuevamente al despertar. Ésta es la vida de los santos, éste es el ideal de vida de los cristianos.

Bienes

Hay una unión inseparable entre los bienes presentes y los futuros; y los bienes presentes tienen

que ver con la esperanza cristiana si se ven como signo de la benevolencia de Dios para con el hombre y como anticipo de esa benevolencia que acogerá al hombre, en cuerpo y espíritu, en el gozo de la manifestación definitiva del Reino. Bienestar, salud, trabajo, riqueza, alegría de vivir juntos y de construir una buena sociedad, son para el cristiano manifestaciones de la promesa de Dios, una promesa que, sin embargo, no está ligada a una determinada realización humana, sino que permanece infalible en el gozo y en el dolor, en la luz y en la oscuridad, ya que su fin último no es hacer vanas las sencillas realizaciones temporales, sino incluirlas, trascendiéndolas.

Dios es aquel que promete y mantiene su promesa incluso cuando estamos en la sombra de la cruz. El precio de la esperanza es, por tanto, la decisión del hombre de creer firmemente en la promesa de Dios, y la disponibilidad a interpretar con gratitud y asombro los dones de este mundo como anticipos del don divino que esperamos en plenitud.

Búsqueda

El evangelista Mateo nos describe, mediante unos símbolos evocadores, el fatigoso peregrinar del hombre y de los pueblos en busca de la verdad y del centro de su unidad. Un itinerario tormentoso, que se acaba en el reconocimiento del Rey Mesías, en la adoración y en el ofrecimiento

de lo más preciado que tenemos. En la peregrinación de los Magos, cada uno de nosotros se reconoce a sí mismo, con sus oscuridades y sus momentos de luz.

Buscar el rostro de Dios en los signos de la historia, sobre todo en los signos nada ambiguos que nos dejó Jesús de Nazaret, sigue siendo una vocación digna y posible para todo hombre; y ofrecer los instrumentos para ello es un servicio que se hace a cada ser humano.

¡Ni siquiera Herodes se sustrae a ese mínimo de búsqueda que consiste en consultar a los sacerdotes y escribas, pidiéndoles que le lean las páginas de la Escritura! Si una civilización, como la occidental —que es la que ha recibido en herencia los tesoros de la Biblia—, considera el estudio de los textos sagrados como una ocupación marginal e innecesaria, ignora el anhelo más profundo del corazón humano, que es la búsqueda de la verdad.

En el pasaje de Mateo están descritos los pasos principales de esta búsqueda: preguntar, informarse, leer, escuchar, son momentos de la búsqueda espiritual y religiosa que ya no requieren viajes largos y llenos de aventuras, como los de los Magos, sino que exigen un mínimo de victoria sobre nuestra pereza, un mínimo de esfuerzo para preguntar y reflexionar.

C

Caminar

Más allá de su origen inmediato, el símbolo de caminar tiene un amplísimo significado, tanto para el hombre en sí —es un símbolo antropológico primario— como porque indica un proceso espiritual.

San Ignacio de Loyola, al comienzo de sus *Ejercicios espirituales*, dice que éstos son un caminar, un correr, un ponerse en camino: no son un sentarse, un estar parados. Por tanto, el caminar subraya el dinamismo de la fe, sus etapas, sus momentos sucesivos, su propia dialéctica.

La historia de cada hombre puede contemplarse bajo la imagen del camino, como también la historia de una Iglesia. Recuerdo, al respecto, una famosa carta pastoral del cardenal Pellegrino titulada *Caminar juntos*, que quería expresar un cierto modo de ser de la Iglesia después del Concilio Vaticano II.

Y luego, naturalmente, está toda la simbología de la historia de la salvación: el camino de Dios, «mis caminos no son vuestros caminos». Dios que baja al camino del hombre, que lo acompaña, que viene a su encuentro. Es el símbolo de la encarnación en el que Jesús se pone a caminar con nosotros, es el Dios-con-nosotros, con todas las

consecuencias de humanización de lo divino, de presencia de lo divino en la historia.

La Biblia es riquísima en imágenes del camino: entre los Salmos —además del salmo 1, evidentemente: «Feliz el hombre que no se entretiene en el camino de los pecadores»— está el salmo 118, que describe la observancia de la ley como un camino: «¡Ojalá mis caminos sean firmes en la observancia de tus normas!».

Caridad

El estilo inconfundible de la caridad es el estilo que Jesús nos ha enseñado en la parábola del buen samaritano: estar en presencia de cada hombre con la misma pureza desinteresada e incondicional del amor de Dios; acoger a cada hombre simplemente porque es un hombre; hacerse prójimo de cada hombre, más allá de toda diferencia cultural, racial, psíquica, religiosa; anticiparse a sus deseos; descubrir las necesidades siempre nuevas en las que nadie había pensado todavía; dar preferencia a los más marginados; conferir dignidad y valor al que tiene menos títulos y capacidades.

El reconocimiento de todo hombre como hijo de Dios, inundado por los misteriosos dones de la gracia, nos permite acoger a todo el que sufre como un hermano que da y recibe, según las maravillosas leyes de la comunión de los santos.

La comunión en Cristo es el inesperado y trascendente sello de las distintas formas de comuni-

cación humana; la fuente inagotable de formas de comunicación siempre nuevas; el exigente paradigma en el que la comunidad cristiana tiene que medir su propio comportamiento con los minusválidos y los enfermos, sus formas de acogida: la catequesis, la vida litúrgica, la valoración de los carismas, etc.

La comunión en Cristo es fuente de unidad y garantía de benéfica diversidad. Gracias a ella «ya no hay distinción entre judío o no judío, entre esclavo o libre, entre varón o mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús»; pero, al mismo tiempo, «nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo al quedar unidos a Cristo... tenemos dones diferentes, según la gracia que Dios nos ha confiado».

Ciudad

¿La ciudad es, como tal, un lugar de salvación? La pregunta podría también formularse así: ¿es Nínive la que tiene que ser evangelizada, o son los ninivitas? El libro de Jonás considera estos dos términos como intercambiables: «Vete a Nínive, la gran ciudad, y pronuncia un oráculo contra ella»; «Jonás se levantó y partió para Nínive... los ninivitas creyeron en Dios». «¿Y no voy a tener yo compasión de Nínive, la gran ciudad, en la que hay más de ciento veinte mil personas?»

Por tanto, también una gran ciudad puede tener su importancia teológica, si se considera como

una realidad unitaria de Dios: «Las ciudades tienen su propia vida y su propia autonomía misteriosa y profunda: tienen un rostro característico; por decirlo de alguna manera, tienen su propia alma y su propio destino: no son montones de piedras colocadas al azar, son misteriosas viviendas de hombres y, me atrevería a decir, son de algún modo las misteriosas viviendas de Dios: "gloria Domini in te videbitur"».

En efecto, no podemos olvidar que la ciudad surge para integrar mejor a las personas, para que éstas puedan expresar mejor sus capacidades, enlazándolas con las de los demás, para que sus necesidades encuentren una respuesta mejor y más rápida. La ciudad es, por tanto, un acontecimiento humano, una forma de organizarse que nace de la inteligencia y de la voluntad de búsqueda de un bien común. Es un acontecimiento moral que puede y debe ser iluminado por el evangelio, sostenido por la gracia, animado por la esperanza en la venida del Reino.

Compasión

La actitud interior de paz florece en la compasión. Este término tiene varios significados; en la tradición clásica, retomada del budismo, significa ternura y apertura hacia todas las criaturas. De la paz interior nace esa delicadeza, esa atención, esa disponibilidad —hacia toda forma viviente— que se convierte en una razón de vida, en una costum-

bre adquirida. Es una costumbre de respeto, de cortesía, de escucha.

La compasión tiene una profunda raíz metafísica y religiosa, no es sólo un voluntarismo (queremos ser así). Dicha raíz, que los hindúes expresan a su modo, es la unidad del todo y la presencia de Dios en todo.

Desde el punto de vista cristiano, podemos expresarla de forma más incisiva mediante la centralidad de Cristo que atrae hacia sí y hace suyas, en un diálogo de alianza, a todas las criaturas, a todos los hombres y mujeres de este mundo.

No se trata simplemente de una fraternidad por semejanza, sino de una fraternidad de solidaridad, de una comunión ontológica más fuerte que la comunión física. En efecto, la comunión ontológica que hay entre nosotros en Cristo es más fuerte que la comunión física; y cuando es integrada en la persona, se refleja en actitudes de respeto, de un amor que llega hasta el perdón. Por tanto, la solidaridad cristiana, la sensación de estar todos en comunión con el cuerpo de Cristo, es la raíz última, teológica, de esta actitud.

Comunicación

No hay verdadera comunicación entre las personas fuera de esa realidad de la cual, en la cual y para la cual el hombre y la mujer han sido creados, es decir, el misterio del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, su amor mutuo, su diálogo ininte-

rrumpido. Dios crea al hombre a su imagen y semejanza, y toda criatura humana lleva en sí la impronta de la Trinidad que la ha creado. Dicha impronta se manifiesta también en la capacidad y necesidad de comunicarse con los demás. El relato de la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles y de su consiguiente capacidad de expresarse y de hacerse entender en todos los idiomas, superando así la confusión lingüística de Babel, es uno de los retratos más eficaces del don de la comunicación que Dios otorga a su pueblo. Y el don del Espíritu Santo en Pentecostés suscita así una extraordinaria capacidad comunicativa, vuelve a abrir los canales de comunicación que se habían interrumpido en Babel y restablece la posibilidad de una relación sencilla y auténtica entre los hombres en el nombre de Cristo Jesús.

La comunicación de Dios, que se realiza en la alianza, suscita un pueblo que es el resultado de dicha acción divina. De lo cual se deduce que los agrupamientos humanos envueltos por el flujo comunicativo divino (familia, comunidad, pueblo, comunidad de pueblos, Iglesia) son lugares privilegiados para la comunicación humana y están garantizados y sostenidos por la gracia del misterio de Dios, que los mueve a ser canales de comunicación auténtica entre los hombres.

Comunidad cristiana

Es verdad que como cuerpo de Cristo, como comunidad cristiana, somos un pequeño rebaño,

un grano de mostaza, un puñado de levadura, con respecto a la inmensa incredulidad del mundo y al extraordinario poderío de la pasiones mundanas puestas al servicio de intereses distintos a los del evangelio. Sin embargo, lo importante no es perderse en comparaciones, sino proclamar: Señor, tú reinas en nosotros, somos tu cuerpo, tú vives a través de las distintas realidades que lo configuran. Y la contemplación de esta plenitud de Dios en nosotros nos dará fuerza y serenidad para llevar a cabo nuestro camino y ser instrumentos del evangelio donde y como Dios nos quiera.

Esta realidad viva del cuerpo de Cristo es reveladora del misterio de Dios. Nosotros somos la prolongación en el tiempo de la misión del Hijo, la manifestación del amor con el que el Padre ama al Hijo y el Hijo ama al Padre. En medio de nosotros y a través de nosotros se están produciendo cosas cuyo significado apenas somos capaces de balbucear, porque superan infinitamente nuestra inteligencia: sólo podemos intuir su valor límite que da valor a cualquier otra cosa en la tierra, el valor supremo y absoluto que da sentido a la existencia de todo hombre. Es el misterio trinitario del Padre que ama al Hijo, del Hijo que ama al Padre con ese amor perfecto y personal que es el Espíritu Santo.

Pobres y limitados como somos, podemos mostrar en nuestra vida «el infinito poder del Espíritu Santo que de forma admirable actúa en la Iglesia».

Amados por Dios, indultados y perdonados por él, caminamos juntos, acogiéndonos y perdonándonos: así revelamos al mundo el amor de Dios.

Comunión

La comunión es un don. No se basa en nuestros esfuerzos de colaboración pastoral, ni siquiera en un sincero deseo de amistad. Estas cosas son importantes, y siempre tenemos que volver a proponérnoslas. Pero la comunión de la que hablan los Hechos de los Apóstoles y la Primera carta de san Juan, ese estar juntos tan característico de la primitiva comunidad, es don de Dios, es el nuevo modo de ser que nos viene de lo alto. Es la participación que Dios nos da de su misteriosa «comunión» en la Trinidad. Es la participación, por la gracia, de esa comunión que une a Jesús con sus discípulos, llamados «para estar con él».

Este don se basa, ante todo, en la gracia bautismal. El bautismo nos hace «estar en comunión», en la Iglesia dispersa por el mundo, con el papa y con los obispos sus hermanos, con todos los bautizados, con todos aquellos que Dios llamará. Dios concede a la Iglesia el don de su comunión de vida trinitaria, y en la Iglesia cada uno tiene su propia experiencia de comunión.

La comunión fraterna es fruto de las peticiones «venga a nosotros tu Reino», «danos hoy nuestro pan de cada día», «perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden».

Conciencia

La pequeña y misteriosa palabra «conciencia» ha ido surgiendo poco a poco en la historia de la hu-

manidad. Es sorprendente, por ejemplo, que el Antiguo Testamento no tenga un término concreto para indicar lo que nosotros llamamos «conciencia»; sin embargo, indica esta realidad, conocida desde siempre, con una palabra que nos llama más la atención, la palabra «corazón». De hecho, también nosotros, cuando decimos «mi conciencia», nos ponemos instintivamente la mano sobre el corazón. Es evidente que con esto pretendemos expresar algo que está dentro de nosotros, que es inalienable, precioso, algo a lo que no renunciaríamos por nada del mundo.

La conciencia no es una cosa que nos es dada una vez, como una especie de piedra preciosa que tenemos en el corazón y de la que nos basta con recoger los reflejos.

La conciencia tiene un desarrollo histórico en los individuos y en la humanidad. Empieza a formarse en nosotros desde la más tierna infancia, cuando estamos todavía en los brazos de nuestros padres; se va formando en la escuela, en la catequesis; son los padres y educadores los que forman la conciencia.

No podemos fiarnos de la conciencia como de algo caído del cielo, porque tiene una historia que está hecha de responsabilidades educativas. Es nuestro raciocinio, nuestro conocimiento del bien y del mal, el que se va educando a lo largo de las experiencias buenas y positivas, y que se deseduca cada vez que lo pisoteamos o cada vez que llevamos a cabo voluntariamente experiencias negativas y alienantes.

La conciencia crece y se vuelve cristalina, hasta llegar a lo que dice Jesús: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque verán a Dios». Pero también podemos cegarla o sofocarla, hasta merecer aquella advertencia de Jesús: «¡Ay de vosotros, ciegos y guías de ciegos!».

Conciencia colectiva

No hay ninguna de las acciones que intervienen «objetivamente» sobre las estructuras sociales y políticas, para impedirles prevaricar, que pueda obtener resultados significativos si no es sostenida y acompañada por un incremento «subjetivo», en la conciencia colectiva, de la sensibilidad moral. Los ingleses tal vez lo llamarían *loyalty*, un término genérico para indicar la percepción y adhesión a las exigencias de la convivencia y de la justicia.

La conciencia colectiva —que es el resultado de las vivencias individuales— constituye el fundamento que rige la estructura de la sociedad y que asegura su funcionamiento.

Esto vale sobre todo para las formas democráticas de organización, capaces ciertamente de garantizar una convivencia más justa que resista a las prevaricaciones del poder, con tal de que se pueda contar con un cuerpo político cuyo nivel cultural sea lo suficientemente maduro: es decir, en el que esté medianamente arraigada la preocupación por los derechos que se desprenden de la igual dignidad de todo ser humano.

De ahí la importancia decisiva de la educación o, más en general, del desarrollo cultural. Particularmente comprometida es, entonces, la responsabilidad de quien, por el puesto que ocupa y por la función que desempeña, influye en la formación de las costumbres, de la mentalidad, de la sensibilidad moral de las personas. Éste es un campo en el que cada uno de nosotros, aunque sea en diferentes medidas, somos interpelados, aunque sea porque también somos nuestros propios educadores.

Conversión

Nos preguntamos en qué consiste cambiar de vida, qué es la conversión —en griego *metànoia*—, el cambio de mentalidad o de horizonte.

En síntesis, creo que se puede responder que la conversión incluye tres aspectos, tres realidades: una conversión religiosa, una conversión ética y una conversión intelectual.

1. La *conversión religiosa* es la decisión de poner a Dios por encima de todo. No significa llegar a ser santos en seguida, pero indica la decisión radical de poner a Dios por encima de todo y someternos a él. Se trata de un cambio de horizontes fundamental e importantísimo. Mi vida tiene en cuenta la primacía de Dios y de él dependo en el bien y en el mal, en la enfermedad, en la muerte.

2. La *conversión ética* es la manifestación externa de la conversión religiosa: consiste en la de-

cisión de no servir a los ídolos, de no ser esclavos de ídolos antiguos o paganos o de ídolos permanentes, como son el dinero, el placer, el éxito, el poder. En otras palabras, la conversión moral consiste en subordinar nuestro interés inmediato a la justicia.

Esta conversión es un don, no es fruto únicamente de mi esfuerzo, es don de Dios, es el Espíritu Santo en nosotros, es Cristo que vive en nosotros. Por tanto, la decisión consiste en aceptar la idea de someternos a la guía del Espíritu Santo y de vivir una vida según el Espíritu.

El hombre verdaderamente convertido en el aspecto religioso y en el aspecto moral es el hombre de las bienaventuranzas, entendidas no solamente como las nueve bienaventuranzas de Mateo, sino también como la bienaventuranza de la práctica de la Palabra, la de la fe, y la de Hechos 20,35: «Hay más felicidad en dar que en recibir».

Doce bienaventuranzas —también podrían citarse otras— que forman una unidad, que se condicionan mutuamente, que nos ofrecen el cuadro del hombre que ha aceptado el camino de la conversión.

3. La *conversión intelectual* no es tomada directamente en consideración por las Escrituras, ya que se trata de una actitud, de alguna manera, previa.

Es la sabiduría humana que ha llegado a comprender que el hombre no puede vivir de apariencias inmediatas, sino que tiene que tener la fuerza de razonar según la búsqueda de la evidencia in-

trínseca y de las razones profundas de lo verdadero y de lo falso.

Corazón

¿Cómo podemos saber que nuestra caridad no es una farsa, sino la expresión de la apertura de nuestro corazón? He aquí los siete imperativos que indican la apertura del corazón.

— «Detestad lo malo»; por ejemplo, el horror de estos días, el disgusto de la opinión pública por los escándalos políticos y administrativos, es un hecho positivo. Es un movimiento sincero de caridad aborrecer las tramas inicuas, las asociaciones perversas.

— «Abrazaos a lo bueno», adheríos a ello como en una especie de fusión amorosa; formad una sola cosa con el bien, no os dejéis apartar de él por miedo o por omisión.

— «Amaos de verdad unos a otros como hermanos», como miembros de una sola familia.

— «Rivalizad en la mutua estima.» La exhortación parece obvia, pero no es tan fácil ponerla en práctica, es decir, abrir el corazón, y decirle al otro: tú vales más que yo y me alegro de ello.

— «No seáis perezosos para el esfuerzo.» El celo es aquí el interés solícito por alguien, el preocuparse por el otro: me preocupo por él, no me zafo de él, no paso de él. Este esfuerzo por preocuparnos del otro o cumplir aquello que nos ha sido encomendado, es especificado por el imperativo siguiente.

— «Manteneos fervientes en el espíritu.» Es decir, no seáis tibios, perezosos, aburridos, como quien nunca encuentra el tiempo de comprometerse y siempre busca excusas. Sed ardientes, huid de todo estancamiento espiritual.

— El séptimo imperativo, que concluye esta serie, es el decisivo: «Servid al Señor». Es decir: Pablo nos está dando buenos consejos para regular unas relaciones meramente horizontales, pero quiere que busquemos a aquel que está detrás de todas estas actitudes: Jesús. Jesús que nos repite: «Me lo habéis hecho a mí»; abrázate a lo bueno por mí, rivaliza por mí en la estima del otro, sal por mí de ese torpor, de esa indolencia, que tanto daño te hace.

Corrección

Educar no significa concederlo siempre todo. Hay que tener el valor de hacer que la persona que es educada afronte sufrimientos.

Educar no significa aprobar siempre, hacer la vista gorda, alentar solamente. Hay que tener el valor de decir la verdad, con el debido respeto.

Una educación realista de la persona exige también la corrección, precisamente porque nadie nace perfecto. Todos somos un poco egoístas y ávidos desde que nacemos. El terreno tiene que ser roturado y trabajado, y el administrador, controlado y corregido.

Educar a veces significa también «contrariar».

Permitir o, peor aún, favorecer el crecimiento incondicional de los instintos negativos de la persona, no frenar sus caprichos, su agresividad destructiva y los vicios que la deshumanizan, no corregir los defectos y las pulsiones egoístas, significa renunciar a su educación.

Hay que encontrar la manera adecuada para hacerlo, pero no hay que renunciar a la corrección.

La verdad que no procede del amor no educa, exaspera. Sólo de un gran amor paterno y materno nace también la sabiduría de reprender en el momento adecuado y de la forma correcta.

Corregir no es solamente decir «te has equivocado», sino explicar las razones («confutar», «convencer»). Esto nace de un amor inteligente que piensa y reflexiona antes de reprender, que no pierde de vista la meta que pretende alcanzar, que *recurre a la discreción del diálogo de tú a tú antes* de hacerlo públicamente.

Corrupción

El profeta Amós dice que el sol se pone a mediodía a causa del tráfico ilícito del pueblo.

La corrupción social oscurece la tierra, como en el momento de la muerte de Cristo.

Esta corrupción contamina el aire y oscurece el sol en nuestra ciudad.

¡De cuántas situaciones tenemos que defendernos!

¡Cuántas formas hay que van mermando como

parásitos el tejido social y a menudo engordan con su degradación!

Tenemos el cáncer de la droga: pienso en la desolación que la presencia de un toxicómano causa en las familias, pienso en la lenta extinción de los sentimientos y de la vida que la droga produce en sus víctimas. Y, con más indignación y dolor todavía, pienso en todos aquellos que trafican con la droga y sacan de ella pingües beneficios, superiores a los de cualquier gran empresa productiva, en todos aquellos que en ese inmenso y extendido mercado despachan, incitan, empujan con un cinismo increíble a las personas a entregarse a un modo de vida que ya no es humano.

Resuena la palabra de Jesús: «Más les valdría no haber nacido».

¡Qué vergüenza enterarnos de que esta actividad es una de las mayores actividades comerciales de nuestras regiones!

Luego están los «padrinos de la pornografía» que sacan grandes ganancias de un sucio comercio, que especulan con la vulgaridad.

¿Y qué decir de esas formas de corrupción que constituyen el sindicato del crimen, para raptos o secuestros de personas, extorsiones, chantajes, y que, en ocasiones, se benefician también de una preocupante complicidad del silencio?

No creamos que estamos indemnes de estos males que, como las pestes de antaño, tratan en principio de ocultarse y de hacer que se niegue su existencia.

Finalmente, tenemos la corrupción de guante

blanco, la que se insinúa en la gestión desaprensiva del dinero ajeno, en las incorrecciones administrativas de todo tipo, en la facilidad para el derroche de unos bienes que son de todos, en las distintas formas de corrupción política, de favoritismos o *amiguismos*, de reparto injusto de situaciones de privilegio, de omisión de importantes deberes cívicos.

Cosmos

El cosmos es el primer templo, constituido por el universo entero: «¡Qué grande es la casa de Dios! ¡Qué ancho es el lugar de sus dominios!». El profeta Baruc nos recuerda que Dios se revela ya en la admirable arquitectura del universo. En este marco se lleva a cabo una liturgia a la que están convocados cielo y tierra. «Las estrellas brillan desde sus atalayas y se gozan; él las llama y ellas contestan: "¡Aquí estamos!" y brillan de gozo por su creador.» En el espacio cósmico del universo ilimitado se realiza, por tanto, una especie de sagrada congregación («Iglesia» significa, precisamente, «congregación») en la que Dios llama al ser y a la alabanza a las estrellas, a la luz, a los seres vivos de toda especie.

Sabemos que, por muy amplio, espacioso e inmenso que sea el espléndido edificio que contemplamos, no es más que la partícula de un universo cuyo límite no acaba de revelarse a los científicos. Como dice Baruc: «Es grande y no tiene fin, es

alto y sin medida». Por tanto, somos los pequeños habitantes de un punto del planeta Tierra, que a su vez es un átomo comparado con los horizontes ilimitados, todos ellos con carácter sagrado, todos ellos capaces de cantar, a su modo, las alabanzas del Dios creador.

Creación

El primer capítulo del Génesis nos cuenta, como en una alegoría, que el cielo, la tierra y cuanto contienen proceden de Dios, en una sucesión ideal de una semana de duración. El pasaje, al explicar que todo cuanto existe viene de Dios, que no hay nada que le iguale y que todo está sometido a él, expresa también la gran intención que Dios tuvo desde el principio, es decir, no solamente la de crear el mundo y las cosas, sino la de establecer con la humanidad una alianza eterna y definitiva por la cual Dios y el hombre llegaran a ser una sola cosa. Dicha alianza queda definitivamente sellada en la resurrección de Jesús, en la que humanidad y divinidad viven unidas para siempre en la gloria, porque en la humanidad de Jesús todos los hombres están llamados a participar de la vida divina.

El pasaje del Génesis expresa el conocimiento de que la alianza de Dios empezó desde el primerísimo instante en que existieron el mundo y el hombre. Todo lo creado es obra del Dios de la alianza y, en el vértice de lo creado, está el hombre hecho a imagen y semejanza de Dios, es de-

cir, capaz de entrar en diálogo con él, de ser su pareja, la segunda parte contratante.

El Nuevo Testamento interpreta la primera página del Génesis a la luz de la alianza definitiva y la evoca muchas veces. San Juan, por ejemplo, nos dice que todo ha sido creado por medio de la Palabra, que la Palabra es la vida y la luz del mundo. La creación se ha producido teniendo como referencia fundamental la Palabra hecha carne, Jesús; «todo fue hecho por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto llegó a existir», todo tiene sentido únicamente por él.

Creer

Jesús quiere entrar en nuestros hogares para ayudarnos a comprender nuestros problemas, pero nosotros no le acogemos porque aún no hemos dado el paso de la simpatía humana por él al contacto directo con su persona. ¿Cómo superar las desconfianzas que nos impiden mantener un coloquio personal con Jesús, Hijo de Dios?, ¿cómo llegar a tener con él una relación que poco a poco vaya transformando nuestra existencia? Si no tenemos una verdadera relación con él, difícilmente romperemos la línea que nos separa de los demás y que nos está bloqueando en la comunicación y en la solidaridad.

El paso del conocimiento histórico de Jesús al encuentro directo con él se llama creer. Creer quiere decir dar este salto, ir más allá, superar esta

barrera. Pero yo no sé deciros cómo se produce este paso porque nadie puede darlo por nosotros: cada uno tiene que hacerlo por sí mismo y es don de la gracia. Es Dios el que nos atrae, el que nos hace dar el paso tan fundamental para la existencia humana. Y si no logramos comprender en todo su significado existencial la palabra «creer», podemos hablar de fiarnos: fiarnos de Dios que se ha manifestado así en Jesús, abandonarnos a él.

Cristiano

Conviene que nos preguntemos: ¿quién es el cristiano normal y corriente?, ¿cuál es su función real dentro de la Iglesia?

El problema no es pequeño. Por supuesto, por cristiano normal y corriente no me refiero al «mediocre», que evidentemente se traiciona a sí mismo, sino a aquel que, mediante la fe y el bautismo, lleva sobre sí la responsabilidad del sacerdocio de Cristo, sin que ésta esté encuadrada dentro del marco de una determinada institución eclesial, de tipo sacramental, canónico, pastoral u organizativo.

Podríamos decir que se trata de una categoría un tanto abstracta, a partir del momento en que el *cristiano normal y corriente, si no es mediocre*, tiende a hacerse disponible para servicios reconocidos, empujado por la caridad. Sin embargo, considero útil que nos preguntemos cuál es su situación cuando, por cualquier circunstancia (enfermedad, situación social o cultural precaria, perse-

cuciones, etc.), no pueda estar oficialmente en una posición relevante.

Creo que el cristiano normal y corriente es el cristiano descrito en la Carta de Pedro y en la Carta a los Romanos de Pablo: su acercamiento a Dios y el servicio que hace a los hermanos no consiste en un poder sagrado, sino que vive su bautismo en las situaciones de su vida diaria en obediencia al Padre, en el nombre de Cristo, animado por el Espíritu Santo.

Todo cuanto hace (menos el pecado) es culto y sacrificio de la Iglesia, oblación ofrecida a Dios para el bien de los hombres, ofrenda grata a Dios.

Cruz

Tanto para los paganos como para los griegos, la cruz significaba en general la necedad, la incomprensible pretensión de Cristo de ser Mesías, de ser hombre de Dios. Las cualidades del Crucificado no pueden ser de ningún modo —a los ojos de paganos y griegos— las cualidades de Dios. El Crucificado no tiene nada de la fuerza, potencia, superioridad que parecen características de la divinidad: demuestra, más bien, sumisión, inferioridad, debilidad. En el Crucificado no se ve ni a un Dios ni a un héroe, y su clase de muerte ni siquiera se puede comparar con la de un sabio, como Sócrates, que muere en la calma y la nobleza de su decisión.

En el caso de Jesús, hay dramáticos sobresaltos, sangre, oscuridad, crueldad.

Tanto menos divina aparece la muerte de cruz de Cristo cuanto más sublime es la idea que se tiene de lo divino: Dios como alguien incapaz de participar en el mundo, incapaz de sentir misericordia por quienes están por debajo de él.

Por lo tanto, la cruz rompe totalmente los esquemas según los cuales son concebidos tanto lo divino como lo humano. Sólo conseguiremos superar esta contradicción cuando, a la luz de la resurrección de Cristo, tengamos el valor de mirar con los ojos de la fe al crucificado Jesús de Nazaret y de ver que precisamente allí, en esa cruz, él es para nosotros poder y sabiduría de Dios, justicia, santificación y redención. En la cruz y desde la cruz, Jesús nos revela al Padre.

Cuaresma

El evangelio describe las tres grandes tentaciones que Jesús venció por nosotros. Ellas son el símbolo de todas las tentaciones humanas y de todo cuanto se opone a la misión mesiánica, salvadora, de Jesús.

Jesús contesta a Satanás de tres maneras.

— Ante todo, apoyándose en la palabra de Dios: «No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios».

— En segundo lugar, rechazando el camino fácil de los milagros espectaculares y entrando, en cambio, en el camino de la humildad, en el camino escondido y sencillo del deber cotidiano.

— Finalmente, rechazando todo poder terrenal, todo triunfo mundano, para proclamar la absoluta primacía de Dios. Porque la primacía de Dios es la raíz de todo lo que es justo y recto, mientras que la negación de dicha primacía es la raíz marchita de una cultura incapaz de defender los valores más sustanciales de la honradez, y de promover la vida precisamente donde está más amenazada.

Por tanto, Jesús nos enseña a vivir la cuaresma apoyándonos en la Palabra de Dios, meditada a diario en las lecturas de la liturgia; viviendo nuestra vida con serenidad y humildad, sin buscar cosas espectaculares ni extraordinarias, sino escondiéndonos en el servicio y en el amor que el Señor nos pone delante; proclamando siempre y en todas partes la primacía de Dios, del Dios sumamente amado, del Dios que está por encima de todo: «Adorarás al Señor, y a él sólo servirás».

Culto espiritual

«Os pido, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, que os ofrezcáis como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios. Éste ha de ser vuestro auténtico culto. No os acomodéis a los criterios de este mundo; al contrario, transformaos, renovad vuestro interior, para que podáis descubrir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto.»

El cuerpo es el lugar, el instrumento de los en-

cuentros y de las relaciones de nuestro yo más profundo.

El ofrecimiento de este cuerpo consiste, según Pablo, en no acomodarse a los criterios de este mundo, en dejarse transformar mediante la renovación de la mente, para poder descubrir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto.

Sin embargo, no se trata del simple ofrecimiento que un cristiano puede hacer cada mañana a Dios («¡te ofrezco mi jornada!»). Se trata más bien de saber decir —de la mañana a la noche y de la noche a la mañana— que «no» al tiempo presente, con sus pretensiones idólatras y mundanas. El cuchillo que va a realizar semejante sacrificio espiritual será el discernimiento, para descubrir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto.

Pero aún hay más. Para estar en la voluntad de Dios, no basta con conocer la ley y aplicarla, hay que saber tomar las decisiones correctas: «... tratad de descubrir cuál es la voluntad del Señor»; «... que vuestro amor crezca más y más en conocimiento y sensibilidad para todo. Así sabréis discernir lo que más convenga».

Vivamos «el culto espiritual» de manera responsable a lo largo de nuestra existencia diaria, en conformidad con la conciencia de Cristo Jesús, obedeciéndole igual que él obedeció al Padre, buscando lo que agrada a Dios y no conformándonos con la aplicación material de la ley. El culto verdadero sólo podemos hacerlo mediante el culto hecho a Dios por el Hijo.

¿Qué es la cultura? Ante todo es un conjunto de tradiciones, de modos de hablar y de pensar, de situaciones ambientales y sociales, en las que vivimos. Aprendiendo y asimilando estas cosas, llegamos a pertenecer consciente y activamente a nuestra sociedad, nos «socializamos». Pero, para llegar a esto, la cultura no tiene que pasar por encima de las personas. Más bien tiene que estimular su inteligencia y respetar y promover su libertad. La cultura tiene que tender a formar personas capaces de pensar por sí mismas.

Una cultura auténtica no uniforma a las personas dentro de la sociedad sino que ayuda a cada uno a insertarse en ella con sus propios recursos originales, para que seamos capaces de criticar, mejorar y hacer progresar a la cultura y a la misma sociedad.

Esta forma dinámica y creativa de entender la cultura debería caracterizar a todas y cada una de las relaciones de la sociedad con las personas concretas. Sin embargo, creo que el lugar más adecuado en el que esto se produce debería ser precisamente la escuela. En la escuela, el alumno aprende la cultura y se instruye. Mediante los conocimientos, es decir, mediante el aprendizaje razonado y crítico de los hechos que componen su cultura, al alumno se le ayuda progresivamente a comprender el significado de los acontecimientos y, por tanto, recibe una luz preciosa para cultivar su inteligencia y orientar su libertad, a fin de que

pueda tomar decisiones libres y creativas incluso en situaciones de cambio y de transición cultural.

Cura

El cura es la imagen actual del Señor Jesús, sacerdote, maestro y pastor bueno, que da la vida por su rebaño, que funda y edifica la Iglesia. Cristo resucitado se propone como sujeto de un diálogo de amor sobreabundante («Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?») precisamente para aquel al que llama y envía a apacentar el rebaño, imitando la disponibilidad del maestro hasta la entrega de la vida: «"Será otro quien te ceñirá y te conducirá a donde no quieras ir". Esto dijo para indicar con qué muerte iba a dar gloria a Dios».

Hacer visible y eficaz para los hombres de hoy el amor pastoral y edificante de Cristo muerto y resucitado, mediante una edificación cada vez más profunda con su entrega incondicional de sí mismo por amor al Padre y a los hermanos: éste es, a la vez, el fin último y el sentido profundo de nuestra pobreza.

Tal fue el estilo de la pobreza apostólica de Pablo: se trata de que «Cristo sea todo en todos». No estamos ante una afirmación teórica. El apóstol de las gentes tuvo experiencia de ello, una experiencia única, y abierta al mismo tiempo a todos aquellos que ya no retienen nada en sí ni para sí.

Es el momento en que se deja crucificar con Cristo hasta exclamar: «Ya no vivo yo, sino que es

Cristo quien vive en mí. Ahora, en mi vida mortal, vivo creyendo en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí».

«Ya no vivo yo sino que es Cristo quien vive en mí»: es el colmo de la pobreza humana en la total expropiación de nuestro ser y de nuestro operar. Es el colmo de la riqueza y del sentido cristiano de la vida.

Una vida entregada a Dios y a los hermanos en el amor. Sin cálculos ni miedos, sin reivindicaciones ni limitaciones, sin infidelidades ni compensaciones. Un amor gratuito y lleno de alegría, siempre nuevo y rebosante de vitalidad, atento y discreto, fuerte y delicado.

D

Delicadeza

La delicadeza es una actitud vigilante hacia los demás, una mirada transparente, una rapidez en observar signos de sufrimiento a nuestro alrededor, en entregarnos.

La delicadeza es un trémulo sobresalto del corazón cada vez que faltamos al respeto, al cuidado que hay que tener con los demás. La delicadeza es, por ejemplo, cuando vamos en coche o en moto, pararnos antes de llegar al paso de cebra si un peatón quiere cruzar, y no dar vueltas a su alrededor como si fuera un bolo.

La delicadeza es abstenerse de fumar cuando a los demás les molesta. Es saber tomar la distancia correcta de uno mismo y de los acontecimientos, *para entender lo que objetivamente ocurre.*

Por tanto, la delicadeza es amor verdadero, tierno, desinteresado, precavido.

La delicadeza es también lo que siente una madre hacia la criatura que se está formando en su vientre; es la actitud de un padre hacia un niño que juega en el patio de al lado; es la atención de un anfitrión cortés y solícito, pero no entrometido.

La delicadeza es una cualidad humana necesaria y previa al camino espiritual.

Cada uno encontrará, seguramente, en su ex-

periencia, la ayuda necesaria para entrar en este estado de gracia de la existencia en el que se pueden hacer cosas magníficas. Es el mismo estado de gracia del que habla Jesús cuando dice: Tú te sorprendes de estas cosas, pues has de ver —e incluso hacer— cosas mucho mayores.

Desapego

Tenemos que hacer un esfuerzo por distanciarnos de lo que ocurre y poder así evaluarlo. Está claro que dicho distanciamiento es una actitud mental: no es que no tengamos que atender a las necesidades cotidianas, lo que tenemos que hacer, al realizarlas, es ensanchar nuestra mirada. Es significativa, a este respecto, la imagen del escalador que, evidentemente, mientras va subiendo por la pared de la montaña, procura —agarradero tras agarradero, hendidura tras hendidura— no descuidar nada de lo que hace falta para mantenerse y continuar en pared; sin embargo, de vez en cuando mira hacia arriba y hacia abajo, para ver hasta dónde conduce el camino, si éste es bueno, si el tiempo está cambiando, etcétera.

Podemos hablar de una actitud de desapego contemplativo —que en ocasiones nos falta— que nos ayudaría a afrontar los problemas sin ansiedad, sin la prisa de hallar «inmediatamente» una salida.

Ser Iglesia en el desierto significa, ante todo, que la Iglesia busca el desierto y se alimenta del mismo. Si tuviéramos tiempo de explorar estos valles, descubriríamos numerosas grutas de ermitaños; numerosas celdas de monjes que a lo largo de los siglos han vivido aquí. Miles y miles de personas procedentes de toda la cristiandad han venido al desierto para alimentarse de Dios y alimentar a su Iglesia.

Y aún hoy la vida monástica continúa en este desierto: el del Sinaí, los de Egipto y las regiones del monte Athos; cada monasterio pretende retomar la experiencia de la Iglesia en el desierto. También cada uno de nosotros está llamado a alimentarse de momentos de desierto en su propia vida.

Ser Iglesia en el desierto significa, además, preocuparnos de todos aquellos que, en el desierto de nuestra sociedad, están tirados en el arcén: pobres, marginados, excluidos, gente que sufre, gente olvidada.

Estar en el desierto significa darnos cuenta de aquel que, al margen del camino, está más desesperado que nosotros, más solo que nosotros; significa hacernos prójimos. De hecho, en el desierto, la proximidad parece más inmediata, porque se comprende la necesidad del que está más solo que nosotros. Por tanto, el desierto es Iglesia que se hace prójimo.

Finalmente, ser Iglesia en el desierto significa afrontar incluso la persecución, la crítica, el fraca-

so, la impotencia, la debilidad. La Iglesia vive su tentación de soledad, de pobreza, en el desierto de la vida, con la confianza puesta en el pastor que no permite que las ovejas se dispersen y se mueran de hambre.

La Iglesia vive en el desierto, con la confianza total en su pastor Jesús que la está conduciendo por los desiertos de la modernidad.

Diablo

Etimológicamente, «diablo» significa división, aquel que separa, que divide; como consecuencia, el término ha pasado a significar acusador, calumniador, maldiciente. La Biblia lo emplea para designar todo adversario del Reino de Dios, empezando por el primer adversario, e indica la actitud de todo aquello que es enemigo de lo verdadero y del hombre.

El adversario manifiesta su enemistad lanzando las semillas de la división con falsas acusaciones y calumnias; podemos observar claramente hasta qué punto esta fuerza de división —mediante acusaciones, calumnias, falsas interpretaciones, malentendidos inflados como globos— está funcionando continuamente en la comunidad humana y en la comunidad cristiana. ¡Pensemos en cuántas divisiones y cuánto malestar hay en la comunidad, y en cuánto daño acarrean, haciendo así el juego del enemigo de Dios!

Si después nos cuestionamos en un ámbito más

personal, podremos descubrir, en la historia de cada uno de nosotros, que es enemiga del Reino de Dios toda realidad que tiende a crear división en el interior del hombre. Todo aquello que nos divide interiormente, por ejemplo con falsas autoacusaciones y remordimientos, o calumnias sobre Dios —insinuándonos la idea de que tal vez Dios se ha olvidado de nosotros, que no nos ama como pensamos, que nos ha abandonado, que no vamos a conseguirlo, que no tendremos la fuerza para superar tal o cual dificultad—: todo esto es lo que el enemigo arroja en nuestro interior para dividirnos y abatirnos.

Otras veces, por el contrario, el diablo nos inocula el veneno de la presunción, como intentó hacer con Jesús, invitándole a abusar de su poder, de sus cualidades y capacidades.

Dios

Aquel al que nosotros llamamos Dios, ese ser misterioso e indefinible porque está por encima de toda palabra humana, es el que encierra el secreto, la raíz, la fuerza, la causa, el significado de todas las cosas. Es el que ha escudriñado todo el camino de la sabiduría y se la ha otorgado a su siervo Jacob... Por eso la sabiduría «ha aparecido en la tierra y ha vivido entre los hombres».

Cuando leemos estas palabras proféticas. escritas cientos de años antes de Cristo, en seguida nos inclinamos a ver en ellas una predicción de la

encarnación de Jesús. En efecto, ¿cuál es esta sabiduría que ha aparecido en la tierra y ha vivido entre los hombres? Es Jesús de Nazaret, sabiduría eterna, que ha vivido en medio de nosotros. Por eso, muchos Padres de la Iglesia y muchos exegetas han interpretado este versículo como una profecía directa de la encarnación.

Sin embargo, puede que aquí no se hable sólo de la encarnación de Jesús, sino de todas esas formas de la revelación de Dios que culminan en Jesús, y que constituyen auténticas presencias de la sabiduría y de la verdad de Dios en las realidades y estructuras humanas, por tanto en la ley de Israel (realidad histórica escrita en libros, escrita por hombres, pero en la que resplandece la sabiduría de Dios) y en las estructuras históricas de este pueblo.

La sabiduría de Dios —que en Jesús se ha manifestado de manera plena, definitiva, absoluta, luminosa— sigue extendiéndose en las estructuras, en las realidades, en los organismos históricos de los pueblos.

Esto significa que el hombre puede buscar esta sabiduría y hacerla suya; y toda la investigación científica e histórica, todo el progreso cultural, todo el anhelo hacia la verdad, es búsqueda y acogida de esta sabiduría.

Discernimiento

El «discernimiento espiritual», una palabra muy conocida para la Biblia y la tradición espiritual cris-

tiana, es el esfuerzo por evaluar, distinguir, localizar, entre las distintas actitudes humanas, las que proceden y las que no proceden de un movimiento interior del Espíritu Santo.

Todo aquello que de auténtico se hace en la Iglesia emana de la escucha del Espíritu. Por cada gesto genuinamente eclesial se puede repetir el estribillo que marca las siete cartas dirigidas a las Iglesias, recogidas en los primeros capítulos del Apocalipsis: «El que tenga oídos, que escuche lo que el Espíritu dice a las Iglesias». Pero hay distintas formas de escucha. A veces la escucha es un «reconocimiento», cuando consiste en ver, acoger y proclamar las fundamentales realidades cristianas que componen la esencia misma de la vida eclesial, es la actitud de escucha frente a realidades como la Palabra, la eucaristía, la comunidad, el ministerio pastoral: en estos casos, «escuchar» significa reconocer la voz del pastor, según Juan. Otras veces, en cambio, la escucha adquiere más específicamente la forma de un «discernimiento»: en este caso, el objeto inmediato ya no es simplemente una realidad divina que hay que reconocer como normativa para la propia vida, sino un comportamiento humano, un fenómeno histórico, una decisión comunitaria, de la que uno se pregunta si, cómo, hasta qué punto, en qué condiciones y con qué consecuencias se realizan en la historia los perennes valores que Cristo ha confiado a la Iglesia.

Discípulo

¿Quién es el discípulo, quién es el cristiano —hombre y mujer— que madura en un camino espiritual?

Podemos contestar que es aquel que no pretende ir más allá de sus posibilidades, sino que hace cuanto puede con todo su ser, con originalidad, con entrega, con desinterés, identificándose con Jesús pero sin pensar demasiado en ello, ya que es el propio Señor quien lo arrastra en su vórtice espiritual.

¿Y quién es un mal discípulo? Aquel que no entiende estos valores, que los critica, que se inclina hacia gestos grandilocuentes y cosas rimbombantes.

Son malos discípulos aquellos que no comprenden la importancia de los gestos sencillos, esas obras hermosas que ve el Padre celestial y que ven los hombres sensibles al encanto del aroma de las bienaventuranzas evangélicas, esas obras que alaban al Padre porque son genuinas, mientras que de todas las demás obras siempre cabe pensar que pueden tener una segunda intención, un motivo inconfesable.

Las buenas obras de las bienaventuranzas son las obras cristianas sencillas, que no se ponen en evidencia.

Discreción

Discreción es renunciar a ciertas actitudes que consisten en deplorar y censurar los males actua-

les: esas actitudes por las que el cristiano podría sentirse tentado, unas actitudes, por así decirlo, de chantaje. Esas actitudes que nos hacen decir: «No, si ya te lo decía yo, que si hacías eso, te iba a pasar lo otro...». Hay que renunciar a todo esto, que nace de la desconfianza y del desaliento.

Lo que hay que hacer frente al mal es volver a buscar el camino del bien. La Sagrada Escritura nos invita a «vencer el mal a fuerza de bien» y san Pablo luchó durante toda su vida por proclamar que no son la justicia externa o la fuerza de la condena las que hacen mejor al hombre, sino el amor de Dios derramado en su corazón. El amor de Dios es el Espíritu, el dinamismo del entusiasmo, de la alegría que transforma al hombre y lo hace capaz de vencer el mal.

La pedagogía cristiana nos enseña ciertamente a ser cautos contra el mal, lo desenmascara, lo denuncia, pero en la certeza de que Cristo resucitado está presente en el mundo, que su Espíritu triunfa venciendo el mal: por eso nos invita a acercarnos al que hace el mal para ayudarle a cambiar, para decirle que su destino es otro, que él está hecho para grandes cosas y que puede encontrar la fuerza para hacerlas.

«Un estilo de discreción» es la crítica cordial, acompañada por una sosegada participación en la actual búsqueda, en la inmensa explosión del deseo del hombre que, en el fondo, aunque él no lo sepa, es deseo de Dios. Por tanto, es un estilo acogedor que busca espacios de amistad, de comunicación, de comprensión, que se libera de pre-

juicios, que estimula el acercamiento a los casos dolorosos, a los casos difíciles.

El obispo y la Iglesia tienen que superar esa actitud de quedarse esperando a que la gente venga: tienen que ir ellos en busca de los necesitados, para ofrecerles la esperanza.

Así, el estilo de la discreción es el estilo de la originalidad, en el sentido de que es una interpretación rigurosamente cristológica —imposible de reducir a ningún canon humano— de los procesos antropológicos que animan el mundo.

E

Educar

No es algo que deba hacerse «en el tiempo libre», una tarea que haya que añadir a las otras. Es una tarea fundamental, una batalla que hay que vencer, que necesita incesantemente la energía y el esfuerzo conjuntos de la familia y los educadores. Muchas veces tengo la impresión de que desarrollamos en una mínima parte nuestras energías educativas: hay algunos padres que —tal vez porque prefieren delegar su responsabilidad, o por un sentimiento de falsa impotencia, o por una excesiva reserva— desarrollan el diez o el veinte por ciento de su capacidad educativa y no se manifiestan a sus hijos hasta los años de la vejez, es decir, cuando la comunicación se vuelve fácil y suelta. Si se dieran cuenta de todo lo que pueden dar, tendrían, en cambio, una fuerza educativa formidable, sobre todo si se sitúan en el ambiente adecuado, con todos los «aliados» educativos posibles (escuelas católicas, catequesis, comunidad eclesial, etc.).

Entonces el influjo educativo puede llegar a ser enorme. Se ha hablado justamente de «educación basada en el ejemplo»: y puesto que, en realidad, hay muchos ejemplos negativos, la actividad educativa parece condenada al fracaso. No obstante,

convendría recordar otra verdad: el mundo del niño y del adolescente es un mundo singular, en cuya perspectiva hay figuras que totalizan la experiencia humana, mientras que hay otras que para él son «secundarias». Lo importante es que tenga unos ejemplos que, aunque sean muy pocos, tengan tal importancia para él que lleguen a ser, de alguna manera, irrefutables en la medida en que la experiencia del muchacho pueda asimilarlos.

Elección

La palabra «elección» expresa el conocimiento de una libertad que se mide ante Dios y ante la historia frente a un arco de opciones cristiana, teológica y pastoralmente posibles, significativas y válidas. No se trata simplemente de un dramático dilema entre el bien y el mal, sino de una progresión constante y de una inquietud por todos los bienes y todas las realidades, extendidas en el mundo por la fuerza del Espíritu, con vistas a una opción orientada hacia la edificación y construcción plena de la sociedad.

El esfuerzo por elegir, que es sustancial, pone en evidencia una libertad responsable, y no una arbitrariedad aislada y sin ningún criterio de referencia. Los criterios de referencia característicos de los discípulos de Jesucristo y de todo el pueblo de Dios, que «tiene como condición la dignidad y la libertad de los hijos de Dios, en cuyo corazón el Espíritu Santo habita como en un templo», son los

múltiples signos del Espíritu Santo, desde los más espontáneos hasta aquellos que son jerárquicamente mediatos, desde los más sagrados hasta los llamados «signos de los tiempos», que Juan XXIII y posteriormente el Concilio nos han enseñado a mirar sin superficialidad ni suficiencia.

Encuentro

Hay que recuperar la dimensión del encuentro. En efecto, el encuentro con pueblos de otra cultura, que tienen una mentalidad profundamente distinta, y unas actitudes diferentes a las nuestras ante los acontecimientos de la vida, no se produce sólo en el campo de la tecnología o del simple trabajo en común, aunque éste sea fraterno. El encuentro auténtico y verdadero se realiza en lo más hondo, en las raíces de la persona, en lo que ella es y no solamente en lo que hace o produce.

La escucha atenta y paciente de culturas distintas, la capacidad de intuir sus potencialidades para poder caminar juntos, la rara cualidad de estar con otros sin imponernos, son todos dones de Dios que sólo una búsqueda de lo esencial puede granjearnos. Como el Señor Jesús, que al amanecer se iba solo al monte, el hombre comprometido sabe hallar el espacio necesario para esta dimensión, que nos hace percibir la presencia de aquel que nunca está ausente de la verdadera vida, y la vanidad de las cosas desarraigadas del proyecto de Dios: la dinámica de la conciencia y de la presencia.

La única manera de vivir la enfermedad —y no simplemente soportarla como un tiempo muerto de la existencia — es la de buscarle un sentido, una orientación positiva para el camino del espíritu, aun en medio de la paralización de los miembros, de la pasión y la humillación de la carne. Reconocerle un sentido a la enfermedad es posible, pero a condición de que volvamos a cuestionarnos el sentido de la vida humana.

Para reconocer que también las cosas que se padecen —y sobre todo ellas mismas— alimentan la libertad del hombre, primero hay que reconocer que toda libertad humana empieza con el signo de la obediencia.

Cuando el hombre aprende a superar una visión posesiva y pagada de sí de los bienes terrenos, entonces también aprende a creer y a esperar más allá de la pérdida de esos bienes.

La pérdida de la salud no conduce a la humillante conclusión de que la vida ya no es posible, conduce más bien a invocar y a esperar una salud o una salvación que alcanza al hombre cuando éste ha juntado ya sus manos inoperantes.

La pasión extrema de la enfermedad mortal es la experiencia humana en la que misteriosamente se experimenta la suprema libertad: la libertad de la fe, y no la de las obras.

En esta lucha suprema, los hermanos, que quedan al margen y tampoco saben qué hacer ni qué decir, también participan, pero en la misma actitud

del agonizante, es decir, juntando sus manos, en la fe y en la invocación.

Su constancia y su valor al permanecer junto al hermano que sufre, aunque no puedan hacer nada por él, es la única forma de participar y comunicarse más allá de toda palabra.

Escucha

«Sentada a los pies de Jesús, escuchaba su palabra.» Sentarse a los pies de alguien es la actitud del discípulo respecto al maestro. En el libro de los Hechos de los Apóstoles, por ejemplo, cuando Pablo cuenta su vida, dice: «Yo de joven me sentaba a los pies de Gamaliel en Jerusalén», era discípulo suyo, él era mi maestro. Es interesante la actitud de María (la hermana de Marta), porque en el evangelio sólo vemos a los hombres como discípulos: los apóstoles. Aquí aparece una mujer como discípula que escucha las palabras del Maestro. Nos viene a la mente una expresión de Jesús: «Dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica». María vive la bienaventuranza evangélica, la de la escucha de la Palabra. Es la imagen perfecta del discípulo, de la humanidad que escucha la Palabra de Dios, y es la imagen que inmediatamente evoca la figura de la perfecta discípula, María, la madre de Jesús, que dice: «Que me suceda según dices». De la hermana de Marta se puede decir lo que está escrito de María, la madre de Jesús: «Guardaba todos estos recuerdos y los meditaba en su corazón».

María de Nazaret y María de Betania son el modelo de la escucha, del discípulo que interioriza la Palabra, que sabe recibirla; el modelo de la contemplación, la imagen de la Iglesia que escucha poniendo como prioridad la Palabra de Dios, la escucha del Señor.

Espera

El que, creyendo en la promesa de Dios revelada en la Pascua, espera la vuelta del Señor y se esfuerza por vivir en el horizonte de la esperanza que no defrauda, experimenta la alegría de sentirse amado, envuelto y custodiado por la Trinidad santa. Como las vírgenes prudentes de la parábola, espera al Esposo, alimentando el aceite de la esperanza y de la fe con el alimento sólido de la Palabra, del pan de vida y del Espíritu Santo que se nos da en la Palabra y en el pan.

Vivir la espiritualidad de la espera significa experimentar la dimensión contemplativa en la profunda conciencia de la absoluta primacía de Dios sobre la vida y sobre la historia. Por eso la actitud espiritual de la vigilancia es un constante remitir, al Señor que viene, nuestra vida y la historia humana, en la luz de la fe que nos hace caminar como peregrinos hacia la patria y nos permite orientar hacia ella todas nuestras acciones.

La total orientación del corazón a Dios colma a la persona de la alegría y de la paz propias del que vive las bienaventuranzas. Naturalmente no se

experimenta la bienaventuranza del que ya ha llegado, sino aquella otra, humilde y confiada, de quien, en la pobreza y en el sufrimiento, en la mansedumbre y en la sed de justicia, en la custodia del corazón y en la construcción de relaciones de paz, se sabe sostenido por el amor del Señor que ha venido, viene y volverá en el último día.

La espiritualidad de la espera exige, por tanto, una pobreza de corazón para estar abiertos a las sorpresas de Dios, la escucha perseverante de su Palabra y de su silencio para dejarnos guiar por él, docilidad y solidaridad con los compañeros de viaje y los testigos de la fe que Dios nos pone al lado en el camino hacia la meta prometida.

Esperanza

Nos preguntamos: ¿Qué es la esperanza? Empezaremos por decir, ayudados por san Pablo, que lo que vemos no es objeto de esperanza, que eso no es la esperanza. Por ejemplo, no es esperanza el simple optimismo que nos hace decir: «Después de todo, la vida no me va tan mal, más o menos me apaño, consigo salir adelante». Ésta es, en todo caso, la valoración de una situación feliz que el Señor nos ha concedido.

Lo que san Pablo considera esperanza es algo que crece en la caducidad, allí donde no hay ningún sentido, donde está el desierto, donde hay un mundo que se sabe condenado a morir. La esperanza no es cerrar los ojos ante un final inelu-

dible, conformándome con lo poco que tengo; no es no querer mirar una historia que se va degradando, pensando que, en el fondo, tampoco estoy tan mal.

La esperanza —siempre según las palabras de Pablo— es aguardar la revelación de los hijos de Dios, es decir, la gloria futura. Es, ante todo, dirigir la mirada hacia esa vida que nos viene de Cristo, que está más allá y por encima de todo aquello que nos defrauda y se nos escapa de las manos.

En este sentido, la esperanza es un don gratuito de Dios, es aceptación de este don, es mirar hacia el futuro incluso cuando estamos inmersos en la oscuridad; no depende, pues, de condiciones externas más o menos favorables. Depende de saber levantar la mirada hacia lo alto, contemplando la gloria que inunda a Cristo y a nosotros en él.

La esperanza es fijar nuestros ojos en Cristo resucitado, que está más allá de toda corrupción y mortalidad.

A partir de aquí, la esperanza es también abrir los ojos para ver hasta qué punto esta fuerza —que está por encima de la historia— actúa en ella y la atrae hacia sí.

Cuando tenemos esperanza, somos capaces de mirar a nuestro alrededor y ver los signos de Cristo resucitado en medio de nosotros.

Espiritualidad

¿Qué es lo que se entiende por espiritualidad? Para contestar a esta pregunta, me dejaré guiar

por un pasaje de la Carta de Pablo a los Romanos, donde se habla de «una vida según el Espíritu».

En principio, podemos entender por «espíritu» la superación humana, el deseo de autenticidad, ese algo que hay dentro de mí, que me empuja a ir más allá, cada vez más allá.

«Una vida según el Espíritu» es, por tanto, una vida que obedece, según los casos, al impulso de la observación, de querer comprender, de dejar espacio a la imaginación, a la inteligencia, a la creatividad, a la inquietud, a la superación moral, a la pasión política, artística o amorosa, al arrebato místico.

Podemos afirmar que la espiritualidad humana obedece a cuatro preceptos fundamentales: procura estar atento, sé inteligente, responsable, capaz de comprometerte cuando es preciso. Sin este cuádruple camino, no hay un esfuerzo de autenticidad, ni espiritualidad; hay una vida mediocre, perdida o degradada.

Cuando se recorren las cuatro etapas del camino, entonces florecen varios ámbitos de la espiritualidad humana: cultural, social, artístico, religioso.

¿Qué es la espiritualidad cristiana? La definición no varía: es la «vida según el Espíritu», pero aquí no se entiende ya el espíritu en sentido universal y genérico, sino determinado y concreto, es decir, el Espíritu de Jesucristo.

Para el cristiano, vivir «según el Espíritu» significa dejarse mover, inspirar y conducir por ese Espíritu que ha movido, inspirado y conducido a Jesucristo.

Por tanto, la espiritualidad cristiana tiene como punto de referencia principal y concreto a Cristo, tal y como nos lo presentan los cuatro evangelios (me refiero a las bienaventuranzas y a las parábolas).

En segundo lugar, tiene como puntos de referencia concretos las figuras históricas a las que, a lo largo de los siglos, se les ha reconocido el carácter de «quinto evangelio», como diría Pomilio, es decir, de presentación auténtica, cada una en su época, de la vida según el Espíritu o de la espiritualidad que estaba en Jesucristo.

Espíritu Santo

El Espíritu actúa en nosotros introduciéndonos profundamente en el misterio pascual, en el misterio de la cruz, locura y escándalo para los hombres, pero sabiduría y poder de Dios. El Espíritu no crea en nosotros una consonancia externa, artificial o con carácter de voluntariedad (a pesar de que esto es necesario, para que la acción resulte más eficaz), sino que echa los cimientos profundos de una conversión al misterio de la cruz.

El Espíritu fomenta la colaboración y la unidad dentro de la comunidad, mediante la humildad de quien sabe que tiene un don (viene bien aquí la misma denominación de carisma, es decir, don gratuito), pero que ha de subordinarlo a la utilidad común.

La acción del Espíritu culmina en una caridad

que no es proyecto del hombre, sino un compartir la actitud de paciencia, de disponibilidad, de *hésèd*, de ternura amorosa, que son propios de Dios y del Cristo histórico.

Puede ser interesante analizar la lista de calificaciones que han sido dadas a la caridad, preguntándonos cuáles son los modelos bíblicos y las referencias cristológicas que están implicados en estas denominaciones.

Eternidad

Con la resurrección de Jesús, la eternidad ya está aquí, la vida nueva y definitiva ya ha entrado en mi experiencia. La vida nueva nace de mi abandono en Jesús muerto y resucitado, de mi abandono en el Padre, como Jesús se abandonó en él. Así, la eternidad de Jesús que ha vencido a la muerte entra en mí y desde ahora forma parte de mi vida. El pensamiento de la muerte física no desaparece, sino que es sublimado y transfigurado por la certeza de que la eternidad forma parte de mi experiencia actual, de que yo estoy en la eternidad de Jesús, en su vida gloriosa y definitiva, de que él está en mí y de que yo estoy con el Padre que desde siempre ha vivido y vivirá.

Experimento todo esto cada vez que realizo un acto de fe y de amor; cada vez que recibo la eucaristía u otro sacramento; cada vez que tomo una decisión seria, buena, importante desde el punto de vista ético. Experimento ya la eternidad, la he

interiorizado gracias a Jesús resucitado que está en mí.

La experiencia de eternidad está implícita, por la gracia del Resucitado, en cada acto moral verdaderamente gratuito, en cada acción que realizamos no por utilidad, sino porque es justa y verdadera, aunque vaya en contra de nuestro interés.

Cada vez que uno de nosotros hace un acto éticamente bueno, participa del don que Dios nos hace de su ser eterno, de su ser de Dios eternamente verdadero y justo, absolutamente bueno, que se ha mostrado así en la verdad, en la fidelidad, en el amor, en la justicia de Jesús.

Así, la resurrección está cerca de nosotros, la eternidad entra en nosotros y Jesús nos vivifica, el Espíritu Santo habita en nosotros, el Padre nos grita que somos sus hijos y nosotros podemos invocarle como Padre.

Eucaristía

La eucaristía, con toda la economía sacramental que encierra, es el «signo» querido por el mismo Cristo y por él continuamente repetido, nada menos que con una presencia personal y real, para mediar entre el «signo» definitivo e inagotable del amor de Dios que es la pascua, y el signo de su Iglesia. Ésta es, en efecto, la comunidad de aquellos que «se acuerdan» de Jesucristo y de su misterio pascual, y que en virtud del propio Cristo, que se hace presente entre ellos mediante la eucaristía,

se aman como él los ama y, dando testimonio del amor hacia todos, intentan introducir a todos en esta comunión de amor que viene de Dios.

Por eso conviene superar un concepto un tanto impersonal y mecánico de la relación entre eucaristía e Iglesia, como si la Iglesia, hecha por la eucaristía, fuera una entidad separada de la libertad, de la inteligencia, de la correspondencia de los bautizados. No hay verdadera y plena eucaristía sin la participación personal del creyente...

La eucaristía es verdaderamente entendida y acogida no sólo cuando se hacen determinadas cosas respecto a ella (cuando la celebramos, cuando la adoramos, cuando la recibimos con las debidas disposiciones, etc.), o cuando se hacen determinadas cosas a partir de ella (cuando nos queremos, cuando luchamos por la justicia, etc.), sino también y, sobre todo, cuando se convierte en el «modo», la fuente y el modelo operativo que da su impronta a la vida comunitaria y personal de los creyentes. En la eucaristía se hace presente y operante en la Iglesia el Cristo del misterio pascual. Es el Hijo que escucha obediente la palabra del Padre. Es el Hijo que en el momento de dar su vida por amor, encuentra en la dramática y dulce plegaria que dirige a su «Abbá», el valor, la medida, la norma de su comportamiento hacia los hombres. Por tanto, la celebración eucarística se realiza a sí misma cuando consigue que los creyentes den «su cuerpo y su sangre», como Cristo, por los hermanos, y, puestos de rodillas, en actitud de escucha y acogida, reconozcan que todo esto es don del Padre.

Eutanasia

Actualmente, la máxima aspiración del hombre frente a la muerte es la de no sufrir, ni por el dolor propio ni por el dolor ajeno. Puede ocurrir, en consecuencia, que el esfuerzo humanitario hacia el moribundo corra el riesgo de tender siempre y únicamente a aliviar el sufrimiento, tanto físico como psicológico. Cuando nos situamos en esta perspectiva, podemos llegar a justificar la misma eutanasia, entendida en la acepción estricta de una aceleración de la muerte de otro para poner fin, en él y en nosotros, a un sufrimiento inevitable.

En este sentido, la eutanasia es el síntoma de que se ha perdido la esperanza. En efecto, para el sufrimiento que el hombre puede soportar no existe más medida que la que marca la esperanza que lo sostiene. Lo que hay que buscar entonces, frente a la experiencia suprema de la vida, es aumentar la esperanza al tiempo que nos esforzamos por aliviar el sufrimiento.

Si darle a la muerte una palabra y un rostro más familiares parece tarea ardua, y hasta imposible, para muchos de nuestros contemporáneos, esto se debe quizá a nuestra mala costumbre de querer solamente tiempos cortos o palabras clamorosas. Nos resulta difícil pronunciar palabras y realizar gestos cuyo resultado no podamos apreciar de inmediato en el rostro y en la respuesta de nuestros interlocutores.

En cambio, las palabras y los gestos capaces de articular los sentimientos y el sentido de las cosas, y por tanto el mismo sentido de la muerte,

sólo pueden ser palabras y gestos pacientes, lanzados como la semilla en la tierra: no con amargura, sino sabiendo que darán fruto más tarde.

Evangelio

El evangelio es la realidad más profunda de la que todo procede: es decir, la iniciativa divina que nos salva, viene a nuestro encuentro y se nos da a conocer. Esta iniciativa salvífica de Dios es la raíz de todo, el origen de todo, el punto de referencia de todo, la realidad en cuya luz todo ha de verse y juzgarse.

Es la buena noticia —como decía el profeta Isaías— que cambia la vida y llena de gozo; es corona en lugar de ceniza, aceite de alegría en lugar de traje de luto, canto de alabanza en lugar de corazón triste. Es la perla preciosa a cambio de la cual, llenos de gozo, sin pensarlo, se vende todo; es el tesoro escondido en el campo por el cual se hacen locuras con tal de poder adquirirlo.

La buena noticia del evangelio es el centro, el corazón, la fundamental y única preocupación del ministerio del obispo, de la acción de la Iglesia. Es la primera ortodoxia de la que el obispo se preocupa, a fin de que sea auténticamente proclamada y se refleje en cada acción, estructura y movimiento de la Iglesia.

Aun antes de asegurarse que el mensaje sea anunciado con las palabras correctas, el obispo pone mucho cuidado en que el mensaje mismo en su realidad sea resplandeciente y visible.

Todo esto es muy importante. De hecho significa que en todos los ámbitos de la Iglesia —desde la proclamación de la Palabra hasta los actos de servicio, desde la catequesis hasta las últimas determinaciones de la disciplina y del culto, desde la formulación de la vivencia cristiana hasta las estructuras administrativas, económicas y jurídicas— lo que importa es preguntarse si aquello que se hace expresa el evangelio.

Evangelización

Llamo evangelización tanto al primer anuncio del evangelio a los no creyentes, como a ese ulterior anuncio que siempre está relacionado con todo gesto de volver a proponer el mensaje evangélico (homilías, catequesis, liturgias).

La evangelización de las personas va acompañada también por una evangelización de las culturas, que consiste en la impronta positiva y crítica que una vida vivida según el evangelio marca en la mentalidad y en los modos de vida de la gente. La evangelización se puede hacer de forma explícita (anuncio, explicación verbal, celebración, etc.) o de forma implícita, con el testimonio de una vida seriamente transformada por el evangelio (por ejemplo, con el testimonio de la caridad).

Evangelizar no significa necesariamente hacer cristiano a todo el mundo ni hacer volver a la Iglesia a todos los bautizados, y en particular aquellos que iban y han dejado de ir. Jesús también evan-

gelizó a Nazaret, Corazin o Betsaida, donde su palabra no fue acogida. Evangelizar significa, ante todo, proclamar la buena noticia con hechos y palabras, y llevar a cabo el anuncio de manera que cualquiera que tenga buena voluntad pueda comprender la buena noticia en sus formas más genuinas y auténticas, y posteriormente ahondar en ella y, si lo decide, acogerla.

Extranjeros

A menudo nuestras ciudades presentan un rostro cansado, manifiestan el malestar de una convivencia desordenada, la opresión de una creciente degradación ambiental, el hastío por las cuestiones políticas, la falta de interés por la vida; todo esto afecta, sobre todo, a los enfermos, a los débiles, a los ancianos. Existe también una especie de saturación frente a un «exceso» de propuestas, de evasiones, de diversiones.

Ante todos estos problemas, la colectividad y los individuos tienden a encerrarse en sí mismos, descargando tal vez sobre el «distinto», sobre el extranjero, la irritación, la insatisfacción por una realidad que no consiguen afrontar.

Sin embargo, los extranjeros que invaden nuestras ciudades son un precioso signo de los tiempos, que nos sacude y nos cuestiona. No son una presencia fastidiosa e inoportuna, y mucho menos la causa de una decadencia que nos prepara un futuro amenazador. En definitiva, no son una mal-

dición: representan una *chance*, que influye también en la renovación de nuestra vida.

A nosotros nos toca elegir si esta invasión será pacífica o conflictiva, si nuestra incompetencia o nuestra falta de tolerancia desencadenará una intolerancia social, política o religiosa, aún más terrible.

A nosotros nos toca decidir si queremos que un trabajo de generaciones —el patrimonio cultural y moral de nuestra tradición occidental— se convierta en objeto de rapiña y destrucción, o si queremos preparar, en la generosidad y en la acogida, un camino de solidaridad con el pobre y el distinto, hacia un futuro común.

A nosotros nos corresponde, en la gracia del Espíritu Santo, hacer que la utopía de las naciones que se juntan en el valle de Josafat acompañe la realización de la nueva Jerusalén.

F

Familia

¿Qué significa «hacerse prójimo» en una familia? Es algo que no se refiere inmediatamente al «hacer», sino al «ser», es decir, penetra en ese profundo misterio de la proximidad que es el sentido y el fundamento de toda la existencia familiar, y de donde nace justamente el compromiso de «hacer».

La primera misión de la familia cristiana —custodia de la proximidad de Dios— es la de ofrecer a todos los hermanos de fe y al mundo en general —aunque éste no lo entienda— el testimonio de Dios como don, como alguien que se ha expropiado para poder habitar en el hombre, que ha querido tener al hombre en una comunión indisoluble consigo mismo.

Ésta no parece ser tarea fácil. En los tiempos actuales, y a partir de las más variadas provocaciones, se inventan y se proponen formas de vida familiar que se parecen demasiado a una convivencia provisional, a un contrato de trabajo, a una comunión de vida que podemos iniciar e interrumpir a nuestro arbitrio. El testimonio limpio, fuerte, valiente de lo que es una familia según el proyecto de Dios, se convierte no tanto en nuestro modo de «hacernos prójimo» como en el único, exclusivo, insustituible esfuerzo por mantener viva una proxi-

midad que nos ha sido dada y de la que somos testigos.

Evidentemente todo esto se tiene que traducir en obras: «Brille de tal modo vuestra luz delante de los hombres que, al ver vuestras buenas obras, den gloria a vuestro Padre que está en los cielos».

«Hacerse prójimo» quiere decir todo esto, pero todo ha de depender de «ser prójimo». Y, tanto la custodia del «ser prójimo» en virtud de la proximidad de Dios, como la iniciativa de «hacerse prójimo» para el servicio de los hermanos, dependen de ese momento misterioso —quizá difícil de encontrar en medio de los agotadores ritmos de la jornada, pero a la vez precioso e insustituible— de la oración familiar.

Fe

El acto de fe es el acto fundamental del creyente, ese acto que nos convierte en creyentes y que rige toda nuestra existencia cristiana: un acto razonable en sus premisas, pero que no es sólo la conclusión de unas premisas, no es una simple deducción lógica.

Nosotros podemos analizar las premisas, ver cómo se van acumulando, pero de repente salta el don del Espíritu, por el cual el hombre se abandona al Espíritu de Dios y lanza ese grito, esa palabra dicha con pasión: «¡Es el Señor!». No es simplemente una palabra que brota, es toda la persona que se mueve: sale de sí misma y se funde en el abrazo del otro al que ha reconocido.

Y el hombre que es capaz de salirse de sí mismo, que sabe tener tanta pasión y tanto entusiasmo, no lo hace por un fantasma, obra de su imaginación, sino por la persona de Dios que lo atrae con su dulzura y con su presencia: es el don de la fe, raíz de toda oración, de toda catequesis, de todo apostolado, de toda pastoral, de todo testimonio.

Cuando decimos que queremos ser testigos —testigos creíbles— tenemos que pensar que la raíz de todo esto es ese grito que nos sale del corazón: «¡Es el Señor!».

Fidelidad

La fidelidad —que es coherencia con uno mismo, con sus propias promesas, y fidelidad al otro, sea éste un ser humano o sea el Señor Jesucristo— es tan importante que no hay que temer algún que otro automatismo. Conservar la fidelidad durante toda la vida bien vale el riesgo de la rutina. Además, hay automatismos y automatismos. Está el automatismo razonable y el irracional. El razonable es bueno, porque nos lleva a realizar unos gestos con espontaneidad, con inmediatez, casi de forma instintiva, porque son gestos derivados de opciones racionales y auténticas. En cambio, el automatismo irracional no lo es tanto, ya que persevera gracias a unos condicionantes meramente externos y simula una realidad que no existe; se hacen unos gestos (como, por ejemplo, un detalle

para un cumpleaños) porque la situación lo exige y no por amor ni por cariño.

Por tanto, el automatismo en sí no es ni bueno ni malo.

La fidelidad es la virtud que genera automatismos buenos. No debemos tener miedo de ahondar las raíces de nuestra fidelidad, incluso en los gestos instintivos o repetitivos, porque así éstos serán siempre verdaderos. Por ejemplo, siempre podremos y deberemos reforzar la raíz mediante la oración, la gracia, el recurso a la misericordia de Dios, la meditación, pero no nos asustemos si algunos gestos los realizamos a lo mejor sin sentir nada en ese momento, porque el sentimiento está ya en la raíz, en lo hondo.

Fiesta

¿Qué es la fiesta bíblica? No es simplemente una conmemoración en la que el pueblo recuerda acontecimientos gloriosos del pasado.

Ni siquiera es un motivo cualquiera para «estar juntos», disfrutar juntos, un simple momento de reunión, de encuentro.

La fiesta bíblica es la experiencia actual del poder de Dios sobre nosotros, y la experimentamos en el culto, en la oración y en la alegría, tal y como la experimenta el pueblo de la pascua.

Por tanto, la fiesta bíblica nos vuelve a conectar con el tema de la alternancia y de la relación correcta «trabajo-descanso»: un tema fundamental de

la criatura y de la creación, que sin embargo exige, en la economía histórica actual, ser redimido.

Este tema «trabajo-descanso» podría, en efecto, convertirse en otra forma de alienación, si descansáramos para trabajar más, para rendir más: el descanso se convertiría incluso en motivo de explotación...

Por el contrario, la fiesta significa verdaderamente «salir» de este ritmo del tiempo y acoger en nosotros la salvación de Dios, como algo nuevo y distinto; y es una salvación que experimentamos juntos, en una dimensión que es vivida como experiencia fundamental de salvación.

Para el cristiano es la experiencia de la fe en la resurrección de Jesús, del renacimiento bautismal, de la eucaristía vivida juntos como atmósfera de fiesta, de gozo y de salvación recibida.

Filiación

La misión de los creyentes no es la de ser protagonistas sino testigos. Requiere de los creyentes unas decisiones valientes y una actividad incansable, pero no para lucirse ellos, sino para servir a Jesús. Lucas narra la parábola de los siervos que, después de trabajar todo el día en los campos, no pueden descansar porque tienen que preparar la cena del amo. Y encima se les invita a declararse «siervos inútiles». Por un lado, el trabajo que hay que realizar se hace enorme; por el otro, no existe la menor posibilidad de gratificante complacencia por el servicio prestado.

Todo esto puede hacer sospechar una dureza de alma por parte del amo. Sin embargo, es precisamente este reconocimiento de la inutilidad del servicio lo que permite a los siervos cambiar de mentalidad y entrar en una nueva dimensión espiritual, donde lo que cuenta no es tanto la ejecución puntual y perfecta del trabajo (la «justicia de los escribas y fariseos» de la que habla Mateo, que en la práctica se revela como carente de amor), sino la relación de amor, de gratitud, de humildad, de familiaridad con el amo.

El amo se convierte en padre, los siervos en hijos, conscientes de que todo lo que hacen no es nada comparado con el inmenso amor que han recibido. Entonces seguirán trabajando y sirviendo, pero no con la pretensión de hacer algo importante y resolutivo, sino con la intención de manifestar signos auténticos con los que expresar su gratitud y su voluntad de compartir la amorosa solicitud del amo ausente. Esta solicitud no tiene límites, y este amor de los siervos convertidos en hijos tiene la insaciabilidad y el dinamismo incansable propios de la caridad.

G

Gozo

«Os he dicho todo esto para que participéis en mi gozo, y vuestro gozo sea completo.» El Señor no habla de un gozo cualquiera, de una alegría efímera, pasajera, ligada a unas realidades que se desvanecen. Habla de su gozo, por tanto, se trata de algo que le pertenece profundamente. Y nos vienen a la mente otras dos expresiones: «Os dejo la paz, os doy mi propia paz»; «Yo les he dado a ellos la gloria que tú me diste a mí».

Un gozo que está en Jesús por su misterio trinitario, porque es el Hijo, porque ama al Padre y es infinitamente amado por él.

Este gozo del que Jesús dice «esté en vosotros» no es un elemento más de la vida cristiana.

Sin este gozo no hay verdadera vida cristiana.

Es el gozo de la perla preciosa, del tesoro escondido; el que da vitalidad a la Iglesia, que sostiene en el esfuerzo diario, que caracteriza de una manera singular las comunidades cristianas.

Jesús no se conforma con que el gozo exista, sino que añade: «Para que vuestro gozo sea pleno», o sea, abundante, sobreabundante, rebosante.

¿Cómo puede ocurrir esto? Los Hechos de los Apóstoles nos muestran que en la primitiva co-

munidad cristiana el gozo iba en aumento conforme aquélla iba conociendo el misterio de la cruz. Los apóstoles se marcharon del Sanedrín llenos de gozo, porque habían sido ultrajados a causa del nombre de Jesús. Tras la sublevación de Antioquía contra Pablo, mientras él se veía obligado a huir en medio de la humillación, los fieles estaban llenos de gozo y del Espíritu Santo.

Por tanto, si queremos entrar en el secreto de la plenitud de este gozo, debemos tener el valor de fijar nuestra mirada en el Crucificado.

Entonces podremos colaborar en el gozo de los demás, porque en cada uno de nosotros el gozo del evangelio brota de la escucha de la Palabra de Dios, recibida en el corazón y madurada, como la semilla evangélica, en las dificultades y en las contrariedades tanto pequeñas como grandes. Éstas son las que, chocando una con otra como piedras, hacen saltar las chispas del gozo.

H

Hijos

El hijo que nace es un don. Al don no se le rechaza, se le acoge con gozo. Esta sencilla consideración da lugar evidentemente a una abierta condena de las prácticas que rechazan, niegan o eliminan un don tan preciado como éste.

El don nunca es un derecho, y se le acepta tal y como es. De ello se desprende que ciertas maneras de hablar de «derecho al hijo», como si se tratara de algo que nos es debido a la fuerza, corren el riesgo de hacer del niño una cosa, un objeto, y de no reconocerle ya propiamente como persona y como don. Asimismo, si el hijo es un don, tenemos que aceptarlo tal y como viene, sin predeterminarlo con modalidades que no respetan el significado humano del acto creativo. Esta argumentación podría servirnos como punto de partida para ulteriores reflexiones críticas sobre las distintas operaciones de manipulación genética, en las que no queremos ahondar aquí, pero que actualmente son muy importantes para la moral familiar, social, civil y política.

Historia

¿Qué significa «historia» a la luz de la fe? Para contestar a esta pregunta, conviene partir de un texto bíblico.

Voy a elegir un pasaje del sermón de la montaña, donde Jesús habla de las buenas obras, concretamente de la limosna, la oración y el ayuno. Jesús opone dos clases de obras, podríamos decir también dos clases de historia, o sea, dos historias.

Una es la historia de la limosna hecha «tocando la trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados por los hombres». Es historia porque se puede documentar, porque hace escena, opinión pública: la opinión humana se fija en un determinado modo de actuar y lo reconoce como relevante, capaz precisamente de hacer historia.

Sin embargo, hay un segundo modo de actuar: ese de «que no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha», el que queda secreto, oculto y, por tanto, no constituye historia en el sentido corriente, porque nadie lo sabe, casi ni siquiera la persona que lo practica. Por tanto no es *doxa*, no hace opinión, no tiene peso, no es relevante. Pero «tu Padre ve en lo secreto» esta segunda forma de hacer limosna.

Con la oración ocurre lo mismo. Está la oración pública del que se pone derecho en las sinagogas y en las esquinas de las plazas; una oración que se puede fotografiar, documentar, someter a análisis sociológicos, y que por ello hace historia. Y

está la oración que uno hace en su habitación, después de cerrar la puerta; una oración que nadie puede conocer, que no está documentada, que no aparece en los diarios espirituales. Sólo el Padre la ve, pero Jesús afirma que ésta es historia, que tiene un peso, que es relevante.

Está el ayuno delante de los hombres: un ayuno admirado, que hace historia, en los templos sagrados. Y está el ayuno en secreto, el que Dios aprueba, que para Jesús «hace gloria».

Podemos decir entonces que la historia, en su sentido positivo y denso, es aquello de lo que Dios tiene una buena opinión, no aquello que los hombres ven, aquello de lo que toman nota y que consideran relevante. La historia es lo que Dios aprueba, mientras que todo lo demás no le interesa, lo ignora y pasa de ello.

Hombre

«Oh Dios, Creador y Padre nuestro, te alabamos y te bendecimos porque eres grande y porque nos comunicas la vida. Te damos gracias porque nos has hecho como un prodigio, porque nos has tejido en lo profundo. Eres tú el que has creado nuestras entrañas y nos has tejido en el seno materno. Tus obras son maravillosas y tú nos conoces hasta el fondo.»

La actitud más espontánea del hombre, ante su vida, es la de sorprenderse y maravillarse. Y nuestro canto de alabanza, cuyas motivaciones profun-

das están tan bien expresadas en el salmo 138, es un canto a la misteriosa acción de Dios que «teje» y «amasa» a la criatura humana en el seno de la madre.

Dios conoce al hombre desde sus orígenes más recónditos; conoce al feto que ningún ojo puede distinguir porque él es desde el principio el Señor de las entrañas del hombre, es decir, de todo lo más oculto que hay en él. El hombre, por tanto, pertenece a Dios desde el seno materno, y en esto reside el fundamento último de su grandeza y de la grandeza de su vida.

La mirada del Señor no se limita a percibir un ser invisible a toda mirada humana; también entrevé, en aquello que aún es informe, al adulto del mañana, cuyos días ya están escritos en su libro. En esta perspectiva, el hombre es el prodigio, el milagro más grande de Dios, es una de las acciones gloriosas y reveladoras del mismo Dios. El embrión humano es ya un signo del amor creativo de Dios, una manifestación de su imaginación creadora, de su esplendor; es la prefiguración de un proyecto, la introducción a una de las páginas del «libro de la vida», el comienzo de una vocación. El misterio del hombre creado por Dios es verdaderamente grande.

Homilía

Como su mismo nombre indica, la homilía es una «conversación»; en un estilo discursivo, propio

de la comunicación familiar, la fe es declarada y propuesta a los hermanos. Subrayo este aspecto no solamente para insistir en la oportunidad de que la predicación tenga un estilo sencillo y familiar; lo hago también porque estoy convencido de que la homilía es, por su naturaleza, dialogada.

El que cree en la Palabra y se adhiere a ella, comparte su fe proponiéndosela a otros, para favorecer en ellos el desarrollo de una verdadera capacidad de acogida del don de Dios.

Estoy seguro de que interpretar de este modo la homilía significa también manifestar continuamente —a nosotros mismos y a los demás— una manera profunda y rica de vivir el ministerio del presbítero. Nos sentimos hermanos entre los hermanos; comprometidos con todas nuestras fuerzas en hacer circular ese «lenguaje familiar» basado en la acogida de los criterios y de la sensibilidad comunicada por la Palabra de Dios. El que aprende a predicar con este espíritu, igualmente aprende a vivir con idéntico estilo las múltiples relaciones con los hermanos y las hermanas de la comunidad que preside. Del mismo modo, el que percibe su ministerio de presbítero como un servicio a los hermanos —servicio que les ayude a vivir con fe las diferentes situaciones de la vida diaria— tendrá la sabiduría de valorar y amar profundamente el momento de la homilía, en el que esta actitud de vida se convierte también públicamente en «función» dentro de la gran asamblea dominical.

Honradez intelectual

La primera virtud que se necesita para afrontar seriamente el mundo futuro es la honradez intelectual puesta por encima de la emotividad; la honradez del que quiere conocer a fondo las cosas. Una honradez intelectual acerca de todos los problemas que hay planteados; una honradez intelectual que luego tiene que convertirse en método de vida, de investigación, de expresión cultural.

Es indudable que todavía estamos lejos de esa honradez que tiene que caracterizar la investigación, la palabra, el lenguaje. Es, por tanto, un deber gravísimo alcanzar una honradez intelectual sobre el problema de la guerra y de la paz, de los armamentos y del desarme, sobre la búsqueda de las condiciones necesarias para el bienestar, para el desarrollo, el trabajo, para resolver el paro, para un mayor rigor moral, para una reestructuración económica.

Se impone la honradez intelectual en el lenguaje político, en las propuestas y en los programas, en la ciencia y en la divulgación de los descubrimientos. También se impone en el lenguaje religioso, porque demasiadas veces el hombre se inclina hacia conclusiones rápidas, hacia atajos intelectuales no siempre legítimos, con tal de afirmar algo que le interesa, con tal de buscar la aprobación o de crear una determinada opinión a favor de alguien. Si no se educa en la honradez intelectual, el hombre no puede estar en condiciones de afrontar los desafíos del tiempo presente en una sociedad compleja como la nuestra.

De ahí también la importancia de la escuela y la de todo lenguaje —desde la comunicación pública hasta el lenguaje periodístico y televisivo— para educar en el respeto a la verdad, en el espíritu crítico, en la capacidad de moderar el uso de las palabras —y yo diría que de los adjetivos y los adverbios—, en la capacidad de considerar las situaciones desde un punto de vista objetivo.

Hospitalidad

Este símbolo primario de la acogida es antiquísimo en la historia de la salvación: Abrahán, que acoge a los tres ángeles diciendo «quedaos junto a mí, os lo ruego, si he hallado gracia a vuestros ojos», es el símbolo del hombre que supera el instintivo temor del otro, la desconfianza que puede tener hacia el caminante, que podría ser un espía. Y este temor se va derritiendo lentamente hasta convertirse en fraternidad: ven a mi casa, sé mi invitado.

Cuando Pablo predica en Filipos, tenemos el episodio de Lidia, que dice: «Si he hallado gracia junto al Señor, venid, os lo ruego, quedaos en mi casa, sed mis invitados». Y la hospitalidad permitía a los discípulos llevar a cabo su ministerio itinerante: es el modo con el que el hombre, convertido en hermano para el hermano, acoge el misterio de Dios. Es, por tanto, uno de los mayores símbolos de la amistad. Sabemos que en Oriente la hospitalidad es uno de los pilares fundamentales de las

costumbres, la forma de mostrarse caballerosos, hombres verdaderos: saber acoger a cualquiera, a cualquier hora, en cualquier tiempo, sin irritarse nunca, preparándolo todo enseguida y con alegría (¡aunque luego a lo mejor la esposa se queje un poco!), es una obligación concreta del oriental.

Humildad

La humildad es una palabra que no nos cansamos de repetir, pero cuyas implicaciones no siempre es fácil comprender. En general, podríamos decir que la humildad es lo contrario de la soberbia que describe el magníficat: «Dispersa a los soberbios de corazón». Los soberbios son los que creen ser alguien, los que tienen un concepto tan alto de sí mismos que llegan a hacer de él una razón de vida, creen que los demás tienen que ponerse a su servicio, y que ni siquiera hay que darles las gracias porque lo que hacen es su obligación. Es la actitud que Pablo estigmatiza otras veces en sus cartas. Por ejemplo, cuando escribe a los Romanos, dice así: «No seáis altivos, antes bien poneos al nivel de los sencillos. Y no seáis autosuficientes». La actitud humilde es la de aquel que no se hincha ni se engríe.

Es importante reflexionar sobre la actitud del «no saber»: siempre es útil, pero en la relación con Dios es indispensable. De hecho, «nosotros no sabemos orar como es debido».

Muchas veces no conseguimos orar bien porque

empezamos por la presunción de saber orar, en cambio, deberíamos empezar siempre confesando: «Señor, no sé orar; sé que no soy capaz». Ésta es ya una oración porque deja sitio al Espíritu al que tenemos que invocar.

La dimensión social de la humildad es ausencia de pretensiones y atención a los demás. «He procurado estar entre vosotros sin pretensiones, sin exigir nada especial para mí, sino preocupándome por cada uno de vosotros», diría Pablo.

La humildad es ser sociables sin pretensiones, ser afectuosos, solícitos, llenos de atenciones por los demás. La humildad como virtud social significa también ser distinguidos, correctos, discretos, profundamente educados, tener una delicadeza que conquista el corazón porque se nota que no es ostentación. No hay nada que conmueva más a aquellas personas que saben que no cuentan mucho dentro de la sociedad, que verse tratadas con sumo respeto y sentirse reconocidas.

Humor

Conviene conservar un cierto sentido del humor para poder interpretar serenamente los hechos. Tratemos de interpretar la realidad de manera desenfadada, sin poner de antemano la razón o la sinrazón en un solo lado, sin dejarnos llevar instintivamente a ponernos de parte de los que condenan o de parte de los que absuelven, de parte de un partido o de parte de otro.

Si conservamos el sentido del humor y una mirada desenfadada sobre las cosas, podremos ver los hechos con más claridad y sencillez. Tenemos que estar dispuestos a reconocer que no habíamos entendido bien las cosas, y que se podían entender mejor.

Todo esto es simple sabiduría cotidiana, pero es una sabiduría importante porque nos mantiene alejados de los errores de interpretación más graves, que —como dice Jesús— no se perdonarán jamás. El temor a equivocarnos de parte a parte a la hora de interpretar las situaciones, de tachar esto o aquello de justo y de erróneo, de bueno y de malo, nos hará ser humildes y prudentes, nos ayudará a adquirir la sabiduría que nos permita reconocer la verdad, aun en medio de situaciones complicadas, y sobre todo reconocer, para aceptarlo y no para rechazarlo, el misterio de Dios que se nos manifiesta como misterio de amor y de perdón.

I

Idolatría

No podemos dejar de seguir a alguien, no podemos dejar de ir hacia alguien.

Para expresarlo de una manera más amplia que sintetiza el drama del hombre contemporáneo, podemos decir que en realidad no hay creyentes e incrédulos —es decir, personas que se apoyan en alguien y personas que no se apoyan en nadie—, lo que hay son adoradores de Dios y adoradores de ídolos.

No hay creyentes e incrédulos: hay creyentes e idólatras. Es el gran dilema de la Escritura. La oposición no está entre fe y ateísmo, sino entre fe e idolatría. Estamos muy equivocados si creemos que el problema es el ateísmo. Es más, hacer que llamemos ateísmo a la idolatría es un típico engaño de Satanás, una confusión de discernimiento espiritual.

La Escritura nos enseña que hay falsos dioses, no ateísmo. No es verdad que lo sagrado ha desaparecido, lo que ocurre es que ha habido una transmigración de lo sagrado hacia otras cosas.

Son muchos los ídolos que por todas partes nos asedian: el ídolo de la opinión pública, el de la popularidad, el del nombre y, en ocasiones, hasta el ídolo de nuestra propia identidad. En efecto,

cuando echamos al Señor, al final nos convertimos en nuestro propio ídolo. La vieja polémica contra los ídolos, que encontramos en todo el Antiguo Testamento, es de perenne actualidad, y nuestro crecimiento en Jesús consiste en pasar de un conocimiento imperfecto del Dios vivo, al conocimiento de Dios Padre, tal y como Jesús lo conoce, con él y en él.

«¿A quién iremos?» Tenemos que seguir a alguien, y si no seguimos al Señor, seguiremos a los ídolos o haremos un ídolo de nosotros mismos. Si no seguimos al Señor, nos perderemos frente a algo que en teoría debería salvarnos, pero que nos destruye.

Iglesia

La red de pescar de Simón Pedro, la Iglesia de Pedro, no es una red hecha para un grupito, para una minoría espiritual; es la red para una Iglesia popular, universal, capaz de abarcar a todas las gentes y a todas las categorías de personas.

Esta enseñanza siempre ha sido muy necesaria en la historia de la Iglesia. Hallándose ante unos preceptos evangélicos tan sublimes, no pocos cristianos han tenido la tentación de reconstruir una Iglesia de pequeños grupos, de minorías, de hombres y mujeres muy selectos, casi una Iglesia que se distinguiera de la gran masa por una particular santidad, iluminación sobre los misterios de Dios y elevación de vida.

Se trata de un deseo que puede tener detrás una sincera voluntad de expresar la altura de la Iglesia de Cristo.

Sin embargo, en la imagen de la red de pescar, nos damos cuenta de que no se nos propone simplemente una Iglesia de minorías, sino una Iglesia que, sin quitar nada a las exigencias de los dones del evangelio, está abierta a los humildes, a los pequeños, a los sencillos, a los pobres, a los enfermos, a los que no cuentan, a todos aquellos que de alguna manera pueden encender la llamita de la fe y abrirse al candil de la caridad.

Una Iglesia, por tanto, que requiere en sus pastores, en sus responsables, un gran corazón, una gran comprensión, una capacidad de misericordia, una mirada clarividente para proponer un camino educativo capaz de ayudar a todos, incluidos los más débiles, los más desposeídos, a dar pasos sinceros hacia esta plenitud de la red de Pedro.

Infancia espiritual

El lenguaje bíblico, sin emplear necesariamente el término «libertad», nos describe su actitud interior. Recordemos, por ejemplo, estas expresiones recurrentes del Antiguo Testamento: «Buscad al Señor, humildes todos de la tierra, vosotros que ejecutáis sus órdenes... Buscad la justicia... Buscad la humildad». Quien se siente externamente marginado y oprimido, pone toda su confianza en Dios y, en su pobreza, sencillez y pequeñez, se

abandona totalmente al Padre, le entrega sus proyectos, y por eso es profundamente libre. A través de la fuerza de estas palabras, podemos llegar a comprender el camino de la libertad cristiana.

Observemos la afinidad de lenguaje entre los versículos del Antiguo Testamento y el sermón de la montaña, las bienaventuranzas: «Dichosos los pobres en el espíritu, porque suyo es el reino de los cielos»; ellos poseen la libertad plena y perfecta del Reino porque están totalmente disponibles para el Padre. La pobreza equivale a la infancia espiritual, necesaria para entrar en el Reino. Precisamente en la renuncia a la posesión, al poder que siempre esclaviza al hombre a través de los ídolos, se experimenta la libertad del hijo, es decir, de aquel que, al confiar, sabe que recibirá todo aquello que necesita, por tanto, se mueve con libertad en su propio ambiente, también en el campo cultural, social y político. No nos encogemos, no nos apartamos, sino que, habiendo superado, en la gracia del Espíritu Santo, el miedo a los privilegios y al éxito, la tensión ansiosa por los juicios ajenos, nos movemos con libertad, con humildad, con una evangélica actitud filial.

Inteligencia

Cuando el muchacho —a través de una acción educativa que utiliza todos los medios a su disposición— toma conciencia de que tiene la libertad de poder dar una respuesta personal y distinta de

lo que la mentalidad corriente propone, entonces se vuelve extraordinariamente fuerte. Es una elección que él ha tomado a pesar del ambiente y de las circunstancias difíciles. No basta educar simplemente para la fe, la oración, la santidad; hoy es necesaria, más que nunca, una «santidad de la inteligencia».

El adolescente tiene que poder «desarmar» los mecanismos culturales que le rodean y saber captar su superficialidad: hace falta una escuela que enseñe a razonar y a pensar. Aquí la escuela católica tiene una tarea formidable, porque, si no consigue educar en el sentido crítico de la realidad, los chicos se dejarán llevar por mil cosas. Cuando el esfuerzo educativo de la escuela se une al esfuerzo de la comunidad cristiana, de la comunidad parroquial, de la catequesis, entonces la educación se hace posible y produce unos magníficos resultados. Actualmente tenemos un número considerable de jóvenes que ha hecho suya una realidad de Iglesia y de vida mucho mejor que las generaciones anteriores. Todo esto debe llenarnos de esperanza.

Intercesión

Interceder no quiere decir simplemente «rezar por alguien», como casi siempre pensamos. Etimológicamente significa «dar un paso al medio», o sea, dar un paso para ponernos en medio de una situación.

Interceder significa entonces ponerse allí donde se produce el conflicto, ponerse entre las dos partes del conflicto.

Por tanto, no se trata sólo de presentar una necesidad ante Dios (¡Señor, danos la paz!), manteniéndonos al margen. Interceder es una actitud mucho más seria, grave y comprometida, es algo mucho más arriesgado. Interceder es estar allí, sin moverse, sin huir, tratando de poner la mano sobre el hombro de ambas partes, aceptando el riesgo de esta postura.

En la Biblia hay una página muy esclarecedora al respecto. Cuando Job se encuentra, casi desesperado, ante Dios, que en ese momento le parece un adversario irreconciliable, grita: «¿Quién se pondrá entre mi juez y yo? ¿Quién posará su mano sobre su hombro y el mío?».

Por tanto, no se trata de alguien que desde lejos exhorta a la paz o reza enérgicamente por la paz, sino de alguien que se pone en medio, que entra en el corazón de la situación, que extiende sus brazos a derecha e izquierda para unir y pacificar.

Es el gesto de Jesucristo en la cruz.

Con esto nos damos cuenta de que una verdadera intercesión cristiana es difícil; sólo se puede hacer en el Espíritu Santo y sabemos que no todos la comprenderán.

Pero si hay un deseo que suscita es éste: el de estar en este momento en los lugares de conflicto, en las calles donde ciudadanos indefensos son amenazados y asesinados. Estar allí de forma meramente pasiva, sin ninguna acción política, sin

ningún clamor, sólo con la fuerza de la intercesión. Estar allí, como María al pie de la cruz, sin maldecir ni juzgar a nadie, sin gritarle a la injusticia, sin insultar.

Interioridad

Actuar según Dios no es el esfuerzo de aceptar una regla externa, es el agua de la vida que salpica en el corazón del cristiano. El cristiano actúa porque es inundado por la gracia, y mediante el discernimiento del Espíritu Santo intuye cómo tiene que actuar, decidir, hacer.

La belleza y la grandeza de la vida cristiana están en una moral que nace desde dentro.

Entre los grandes doctores de la Iglesia, san Agustín es el que mejor ha sabido captar el principio de la interioridad: la vida cristiana tiene su propia fuente originaria, que es obra del Espíritu Santo, pero que nace de la interioridad del hombre y se expresa en santidad y justicia. Es, en otras palabras, la ley del Nuevo Testamento. Santo Tomás, resumiendo esta característica del hombre evangélico, escribe: *Lex Novi Testamenti principaliter consistit in Spiritu Sancto*, esto es, la ley del Nuevo Testamento consiste principalmente en el Espíritu Santo, fuerza interior que permite al hombre actuar según los *mores* divinos.

J

Jesús

Jesús es el don definitivo de Dios, es la plena revelación del misterio. Don y revelación que emanan de que él no es sólo un signo de Dios, un bien que brota de la infinita ternura de su amor, sino la comunicación del mismo Dios, tal y como es. Su ser profundo es propiamente divino y plenamente humano. Su historia pertenece personalmente a Dios y a la vez tiene ritmos, tiempos, momentos realmente humanos. El clímax de esta singular historia de Jesús —la «hora», como la llama el cuarto evangelio— es la pascua: en ella el amor del Padre no sólo se comunica plenamente al hombre mediante la donación total del Hijo y la efusión del Espíritu, sino que también vence y destruye, mediante el sufrimiento amoroso de Cristo y su poderosa glorificación, el pecaminoso rechazo que el hombre opone al amor de Dios.

Por tanto, celebrar el misterio de Dios, hallando en él plenitud de vida y de salvación, para el hombre significa unirse a Cristo, acoger su vida, celebrar su pascua.

Justicia

En la Biblia, la palabra no indica simplemente la justicia legal o social, sino la justicia evangélica:

«Buscad ante todo el Reino de Dios y lo que es propio de él, y Dios os dará lo demás». Es la justicia por la cual a Abrahán se le llama el justo. José es hombre justo. Jesús es llamado el justo y el santo.

¿Qué es entonces la justicia del Reino, entendida como cualidad suprema del cristiano? El aspecto que más destaca la Escritura es que esta perfecta justicia o santidad (podríamos también decir vida de caridad) consiste en vivir según Dios. Una vida que se remite a Dios como regla de conducta, como causa interior y motor de toda acción.

Una vida que tiene a Dios por regla es una vida hecha a imitación de Dios. La realidad última a la que tenemos que tender, los *mores* cristianos, la moral cristiana, está en la imitación de Dios. Lo leemos claramente, por ejemplo, en el sermón de la montaña, cuando Jesús, después de ofrecer varios ejemplos de comportamientos del discípulo, dice: «Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto».

Y el apóstol, en la Carta a los Efesios, describe algunas actitudes típicas de la moralidad cristiana, concluyendo: «Haceos, pues, imitadores de Dios como hijos muy queridos».

L

Laicado

Es importante actuar partiendo de valores cristianos, pero esforzándose por llegar a gestos que, sin perder nada de la fuerza evangélica, alcancen al hombre en esos valores profundos que son previos a cualquier confesionalidad y comunes a todos los hombres. Hay que manifestar concretamente la carga de humanidad que radica en la fe en Cristo, cuyo origen no podríamos negar sin negarnos a nosotros mismos y sin presumir de algo que no es nuestro, ya que se trata de un mero don de Dios que estamos llamados a comunicar a cada hombre de diferentes maneras y a través de distintas formas culturales.

El discípulo del evangelio también es llamado a guardar la «diferencia», o sea, a saber manifestar el desbordamiento de la caridad evangélica, su fuerza escatológica, y no solamente su dimensión histórico-social.

Precisamente porque viene del misterio, la caridad de la Iglesia está en condiciones de conferir a los programas humanos una dirección, una orientación, una reserva de energías; también la crítica, cuando haga falta. A fin de que esta aportación no parezca superficial o abstracta, necesitamos la inteligente mediación de competencias y

habilidades, técnicas y políticas, con vistas a plasmar las estructuras de una sociedad compleja, conscientes de sus múltiples interdependencias.

En el plano institucional, la diferencia peculiar de la fe se traduce en una participación solidaria de los cristianos, y a la vez en una riqueza de ideales de vida con respecto a la justicia meramente legal, lo cual es señal y anticipación de unas relaciones humanas éticamente más densas y abiertas a un horizonte trascendente.

Laicos

¿Cómo revelan nuestros gestos su valor cristiano?

a) Nuestros gestos —cualesquiera que sean— son cristianos cuando acogen al Señor de una manera personal y original. Cuando son un «sí» al proyecto de Jesús sobre mí, cuando le acogemos con todo el corazón, no sólo externamente.

Es esta acogida la que da valor a cada gesto del hombre, por pequeño e insignificante que sea.

Acogida personal —hecha por nosotros con lo que somos— y original —por ser un poco imprevisible—. Es aquí donde se capta la espiritualidad del gesto: es tan imprevisible como el Espíritu, que sopla como quiere y no sabes de dónde viene ni adónde va.

El cristiano que responde —de manera personal y original— a las exigencias de Jesús en su existencia histórica, demuestra que está haciendo un camino espiritual, que es movido por el Espíritu.

b) Una segunda característica de los gestos cristianos es que son desinteresados y gratuitos, son totales, son gestos en los que damos todo lo que tenemos.

El laico cristiano es aquel que lo hace todo en serio. Puede que en ocasiones se equivoque, desde el punto de vista de la eficacia o de la relación instrumentos-resultados, pero se entrega de verdad, se ofrece; en una palabra, se la juega.

Es la forma oblativa del gesto lo que cuenta de verdad, no importa tanto el tipo de gesto. Podrá ser el compromiso político, el estudio, la familia, el trabajo: lo que hace falta es que el cristiano se esfuerce seriamente en su existencia histórica.

c) Nuestros gestos, si son cristianos, son proféticos.

El discípulo sencillo, que actúa en la fe de la Iglesia, no siempre capta el valor profético. Pero es profético cuando es evangélico, cuando está en el espíritu de las bienaventuranzas; y proclama la muerte y la resurrección del Señor, lo hace presente, lo encuentra en las distintas situaciones.

«Quien os acoge a vosotros, a mí me acoge», pero no sabe que me acoge a mí.

Lectio divina

La lectura personal y comunitaria de la Escritura como Palabra de Dios (*lectio divina*) es uno de los medios más eficaces que cada fiel tiene para coger los frutos de la escucha de la Palabra en la liturgia y prolongar sus efectos.

Consiste en la lectura de una página de la Biblia a fin de que se convierta en oración y transforme la vida.

Se puede realizar siguiendo dos itinerarios distintos.

El primer itinerario, el clásico, parte del texto para llegar a la transformación del corazón y de la vida según el esquema lectura-meditación-oración-contemplación.

El segundo itinerario parte de los acontecimientos de la vida para comprender su significado y su mensaje a la luz de la Palabra de Dios. Sus momentos pueden ser expresados en las siguientes preguntas: ¿cómo se revela la presencia de Dios en este acontecimiento?, ¿cuál es la invitación que el Señor me dirige a mí a través del mismo? Y la autenticidad de nuestras respuestas la comprobaremos remitiéndonos a los ejemplos o a las palabras de Jesús en el evangelio o a otras situaciones o palabras de la Escritura.

Una variante de este método es el trinomio ver-juzgar-actuar, donde juzgar significa comprender el acontecimiento a la luz de la Palabra de Dios, y la acción se tiene que confrontar con los imperativos del evangelio.

El primer método se adapta mejor a la lectura personal; el segundo, a un encuentro de grupo (revisión de vida).

Pero los dos métodos se integran mutuamente, y se corrigen en lo que tienen de unilateral.

Ley

¿Qué representa y qué significa la ley en el lenguaje bíblico?

Materialmente puede indicar el contenido general del Antiguo Testamento, las Escrituras de los judíos. Por ejemplo, Jesús dice: «¿No está escrito en vuestra ley: *Yo os digo: vosotros sois dioses?*». La expresión es del salmo 82; por tanto, a pesar de que los Salmos no pertenecen al Pentateuco, también se llaman ley.

Sin embargo, la «ley» indica, por lo general (y precisamente en el texto de Lucas), los cinco primeros libros de la Biblia —es decir, la *Torah*, la enseñanza, la doctrina— o cualquiera de ellos. Concretamente, en nuestro contexto, la ley se refiere a los libros del Éxodo y del Levítico.

Dicho de manera más sencilla, y prescindiendo por tanto de los libros, «ley» significa la revelación que Dios comunica a Israel, para ajustar su conducta a Dios (éste es el sentido más profundo de la palabra *Torah*); la ley, entendida así, nunca se puede separar de Dios.

Al respecto, Xavier Léon Dufour, en su *Diccionario Neotestamentario,* para definir la ley en su necesaria relación con Dios, emplea casi un juego de palabras: «Si el decálogo no se convierte en diálogo, no es más que un simple catálogo».

Libertad

El manifiesto de la libertad interior son las bienaventuranzas, es decir, la profunda actitud de de-

sapego de lo que poseemos (dinero, éxito, poder, proyectos, pretensión de gestionar nuestra propia vida). Por la pretensión de gestionar nuestra vida y la de los demás, sin dejar ningún espacio de desapego en lo profundo, nos hacemos esclavos de las cosas, de los compromisos, de las expectativas de los otros, de la imagen que los demás tienen de nosotros.

La libertad de las bienaventuranzas es la de los hijos que no se preocupan del mañana, porque confían en el Padre celestial.

Esta libertad es progresiva: hacen falta muchos años, mucho esfuerzo, muchas tribulaciones para adquirirla; no se nos da en seguida.

Por tanto, estamos en camino hacia la verdadera libertad con la que Cristo nos ha librado, y cuando recibimos la eucaristía, cuando quedamos absueltos de nuestros pecados, damos un paso hacia adelante. Se trata de un camino que involucra toda nuestra existencia; es un camino doble, y la espiritualidad cristiana siempre lo ha calificado de purificación «activa» y «pasiva».

La purificación activa consiste —empleando un término moderno— en saber escoger y, por tanto, también en saber renunciar, cuando es preciso, con vistas a un bien superior.

Con la purificación activa jamás llegaremos a la libertad total, por eso interviene la acción purificadora del propio Dios. Es extremadamente importante descubrir la mano purificadora de Dios en nuestra vida: en la oración, en las amistades, en las relaciones públicas y privadas, en los negocios,

en las enfermedades, en los cansancios, en las decepciones.

Dios nos purifica por medio de mil acontecimientos, mil situaciones, y nosotros debemos serenamente abandonarnos a su acción, dejándonos, por así decirlo, descarnar, seguros de que él nos ama y que su mano es más sabia que la nuestra.

Limosna

Tenemos que redescubrir el valor de la limosna, de la intervención inmediata, que no pretende resolverlo todo pero hace lo que puede en ese momento. Puede ser un gesto ambiguo. Puede fomentar la pereza y la mentira en quien lo recibe, y en quien lo realiza puede suscitar la idea de sentirse a gusto consigo mismo, sin molestarse en buscar la raíz de los problemas. Por tanto, a la hora de dar una limosna, hace falta un gran realismo, y sobre todo hay que procurar evitar que ésta se convierta en el sucedáneo de otras intervenciones más completas y eficaces. A pesar de todos estos riesgos, la limosna posee muchos valores.

En primer lugar, es un gesto realista. En nuestra civilización sigue habiendo situaciones de pobreza que son difíciles de localizar y subsanar en el ámbito social. Es más, son precisamente algunos de los mecanismos de nuestra civilización del progreso y del bienestar los que suelen producir personas inadaptadas, marginadas, antisociales. Por su-

puesto, hay que luchar para que los mecanismos sean correctos, para que no produzcan efectos negativos; o para que, una vez que estos efectos se hayan producido, se encuentren remedios de tipo social. Pero mientras tanto, hay que hacer algo. La caridad sugiere aquello que se puede hacer en cada caso.

Y precisamente en este hacer algo, sabiendo que se debería hacer mucho más, se va perfilando un segundo valor de la limosna. La limosna es un gesto profético y educativo. Proclama que ninguna civilización de este mundo, por muy perfecta que sea, puede resolver todos los problemas: sólo Dios, con la llegada final de su Reino, enjugará todas las lágrimas y hará cesar el luto, el llanto y el dolor. En esta luz, la limosna nos educa a acercarnos a los hermanos con mucha humildad, sin sentirnos superiores a ellos, sino disculpándonos por hacer tan poco por ellos. Además, nos ayuda a comprender el verdadero valor de la caridad: la caridad vale por sí misma, no solamente o sobre todo por los frutos que produce.

Liturgia

En la tierra de nuestro peregrinar, hay un «lugar» donde la palabra salvadora resuena con una eficacia excepcional: la sagrada liturgia.

Ella es verdaderamente un diálogo ininterrumpido entre la Palabra y el hombre, llamado a ser un eco de la divina Palabra. En efecto, la sagrada li-

turgia es el encuentro salvífico del Padre que está en los cielos, que viene a conversar con mucho cariño con sus hijos; es el coloquio entre el esposo, el Señor Jesús, y su amada esposa, la Iglesia, hecha partícipe del eterno canto de alabanza que el Verbo encarnado ha introducido en este exilio terrenal.

La sagrada liturgia, por tanto, se alimenta abundantemente de la mesa de la Palabra de Dios: toma de la Biblia sus lecturas, canta los salmos, se inspira en la Escritura al componer himnos, plegarias, exclamaciones e invocaciones. En su desarrollo concreto, manifiesta una estructura dialogada, que expresa la vida misma de la Iglesia. En efecto, así como en el Antiguo Testamento la asamblea de Yavé es llamada, en primer lugar, a escuchar a Dios que habla: «Ojalá escuchéis hoy su voz», del mismo modo, la asamblea litúrgica, el verdadero pueblo de Dios, se reúne ante todo para escuchar la Palabra, Cristo Señor, y para unirse a él, guiada por su Espíritu, en la alabanza y en la súplica al Padre.

Por tanto, la palabra de la Escritura, cuando resuena en las celebraciones litúrgicas, constituye una de las formas de la verdadera, misteriosa, indefectible presencia de Cristo entre los suyos, tal y como nos enseña el Concilio Vaticano II: «Está presente en su Palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla».

Cuando Dios habla, solicita una respuesta. Nosotros respondemos al Dios que habla y nos recuerda el acontecimiento de nuestra salvación y el

misterio de su amor, mediante la celebración de la eucaristía —la gran plegaria de acción de gracias, memorial perenne de la pasión redentora, ofrecida junto con la víctima inmolada de nuestra propia vida— y las otras celebraciones litúrgicas, que están íntimamente relacionadas con la eucaristía.

Liturgia de las Horas

En la Liturgia de las Horas, Dios, que continuamente nos habla, escucha nuestra respuesta y nos sugiere incluso la palabra con la que tenemos que contestar.

Toda la creación, que tiene su cabeza en Jesús crucificado y resucitado, y su cuerpo en todos aquellos que están relacionados con él de una manera vital, responde a su Creador cantando con la alabanza y la súplica, yo diría que sobre la misma respiración del universo, es decir, sobre el fluir del tiempo y sobre el milagro perenne y siempre nuevo de la luz.

Cada ser, de alguna forma, se une a esta plegaria cósmica que se eleva a Dios, sobre todo en los dos momentos claves del atardecer y del amanecer. La misma Palabra de Dios pone en nuestros labios el canto de respuesta, proponiéndonos el rezo de los Salmos, que son, como todas las páginas de la Biblia, inspiración divina, y a la vez verdadera y apasionada plegaria del hombre. Y así se cumple de un modo significativo lo que dice san Pablo: «Nosotros no sabemos orar como es

debido, y es el mismo Espíritu el que intercede por nosotros con gemidos inefables». Por tanto, el Espíritu Santo, «que habló por los profetas» y es el autor principal de los Salmos, reza con nuestra voz y así asegura que nuestra súplica sea del agrado del Padre. El mismo Señor Jesús en su vida terrena oró con los Salmos, y sigue orando con nosotros. Con los Salmos oró la Virgen María, con los Salmos han orado todas las generaciones cristianas. Las dificultades que el hombre actual puede encontrar en la comprensión de los Salmos se superan fácilmente si recordamos y acogemos en fe las normas de su interpretación, tal y como nos las enseñan los antiguos Padres, y en particular san Ambrosio y san Agustín. Todos los Salmos, en su sentido más profundo y pleno, hablan de Cristo (que sufre en su pasión, y es salvado y glorificado por el Padre en la resurrección), o de la Iglesia (que es peregrina en la tierra y se alegra en el Reino), o de los redimidos (atribulados y perseguidos, pero a la vez en serena espera del gozo eterno); o bien, en ellos habla Cristo, o la Iglesia, o el cristiano.

M

Madurez cristiana

Cualquiera que sea la imagen del cristiano maduro, tiene al menos tres características fundamentales.

La primera es la de ser positivo.

Tiene que ser una persona que intenta continuamente tender puentes, remediar situaciones difíciles, mirar hacia adelante. Si pensamos en el himno de la caridad de san Pablo: «... todo lo cree, todo lo disculpa, todo lo espera», debemos decir que en el cristiano adulto no puede haber depresión, desaliento, malhumor, tristeza, desconfianza. Ni siquiera una cierta animadversión concuerda con la imagen del cristiano maduro en la fe, en el que cabe más bien la energía, el valor, la generosidad total.

La segunda característica, que no debemos olvidar, es su conflictividad.

¿De dónde nace esta imagen? San Pablo lo dice claramente en el contexto de la Carta a los Gálatas: «En cambio, los frutos del Espíritu son...».

«En cambio», referido a los versículos anteriores, está en contraste con las obras de la carne: «Fornicación, impureza, desenfreno, idolatría, hechicería, enemistades, discordias, rivalidad, ira, egoís-

mo, disensiones, cismas, envidias, borracheras, orgías y cosas semejantes».

La figura del cristiano no nace, de manera idílica, de un desarrollo tranquilo de la persona, sino, de manera conflictiva, de una franca separación, oposición y condena de todo aquello que en el hombre, en la comunidad y en la sociedad, tiende a desarrollar de otro modo la personalidad cristiana.

Por tanto, es una figura que, a pesar de ser totalmente positiva, es absolutamente conflictiva, consciente en todo momento de la necesidad que tiene de separarse de las obras de las tinieblas.

La tercera característica es una profunda unidad. Aunque fragmentada en múltiples actitudes, la unidad profunda de esta personalidad aparece incluso en el nivel filológico, porque Pablo habla de «fruto del Espíritu». Es el único fruto, social y ético, del crecimiento cristiano.

Magníficat

Quisiera destacar la intensidad de este verbo: *magnifica*. La expresión es casi paradójica: ¿cómo se puede magnificar al Señor, haciéndolo más grande de lo que ya es? A menudo decimos: oh Dios, alabo tu grandeza; pero el verbo que emplea María revela un afecto muy profundo, una intensa emoción. Es querer que Dios sea lo más grande posible, como una mamá que quiere tanto a su niño que le gustaría que fuera el más hermoso, el más feliz, el más grande de la tierra.

María ama a Dios con todas sus fuerzas, lo ama locamente, con un amor estático que le hace salirse de sí misma.

¿Y qué significa «exultar»? «Exultar» significa saltar, bailar. La misma palabra (en el texto original griego la relación es más evidente) es utilizada para el niño que se pone a saltar en el seno de Isabel.

Ambas acciones son análogas: exultar es cuando uno se pone a saltar de gozo. Es la expresión instintiva, por ejemplo, de una mamá cuyo niño, tras una larga enfermedad, se cura: ¡entonces la madre lo coge en brazos y se pone a bailar en la habitación por la alegría, gritando que su pequeño está curado!

Ésta es la alegría de María, su gozo: Dios es su Interlocutor, aquel hacia el cual siente una intimidad y una familiaridad profundas.

Mansedumbre

Nos preguntamos en qué consiste esta actitud de la que el Nuevo Testamento nos habla con tanta insistencia y que nos parece, a primera vista, tan poco popular, tan poco actual. Quizá nos resulte más familiar en su versión de no-violencia. Hay una traducción moderna del pasaje de Mateo que nos ofrece esta versión: «Bienaventurados los que no son violentos porque Dios les da la tierra prometida».

En cambio, en su acepción de «blandura» o

«mansedumbre», esta palabra tiene escasa aceptación en nuestros tiempos, y se confunde a menudo con debilidad, una fácil condescendencia, por tanto, una virtud únicamente negativa o pasiva, no apta para el combate moral del hombre en una sociedad dura y difícil como la nuestra.

Se puede confundir, incluso, con el carácter jovial, pacífico, con la ataraxia, la imperturbabilidad del que sabe controlarse siempre, tal vez por cálculo, por diplomacia.

Al contrario, la mansedumbre de Cristo —y la de los santos— es el respeto, la verdad de la actitud humana ante la esfera del espíritu; es la capacidad de distinguir el mundo de la materia —donde actúa la fuerza— del mundo del espíritu —donde se manifiestan la persuasión y la verdad—. La mansedumbre es la capacidad de reconocer que en las relaciones personales —las que constituyen el nivel propiamente humano de la existencia— la coacción o la prepotencia no sirven, que es más eficaz la persuasión, el calor del amor.

La mansedumbre es la capacidad de creer en la fuerza transformadora de la amistad.

Por tanto, el hombre manso según el evangelio es aquel que, a pesar del ardor de sus sentimientos, es dúctil y flexible, no es posesivo; es interiormente libre, siempre sumamente respetuoso con el misterio de la libertad, imitando en esto a Dios, que todo lo hace respetando exquisitamente al hombre, al que mueve a la obediencia y al amor, sin forzarle nunca.

María resume en sí, de forma ejemplar, el misterio del pueblo, el de la Iglesia y cada uno de los cristianos que, a su vez, reviven la actitud de María.

Las coordinadas dentro de las cuales tenemos que considerar la vida, la función y los privilegios de la Virgen Inmaculada son tres:

— en primer lugar, su inserción en el proyecto del amor de Dios;

— después, la ejemplar realización en ella del misterio de la Iglesia;

— finalmente, su misión de esperanza para todo hombre pecador.

Los privilegios de la Virgen María son ciertamente un don singularísimo que a ella sola atañen, pero son también un espejo en el que la Iglesia encuentra realizados, de manera sublime, los valores fundamentales de toda vida cristiana.

San Ambrosio sintió de manera muy fuerte la continuidad entre María y la Iglesia, entre ella y el alma cristiana. En el comentario al evangelio de Lucas escribe: *Secundum carnem una mater est Christi, secundum fidem tamen omnium fructus est Christus*, esto es, según la carne, una sola es la madre de Cristo, pero según la fe todos engendran a Cristo.

Estos grandes valores cristianos aparecen ante nosotros en toda su plenitud cuando celebramos la solemnidad de la Inmaculada Concepción.

Y si nos preguntamos cuál es, en nuestra his-

toria personal, el valor cristiano que más responde a lo que es para María su concepción inmaculada, nos daremos cuenta en seguida de que es el bautismo.

La plena victoria sobre el pecado, la pertenencia a Dios que ha distinguido toda la existencia de María, el abrazo amoroso del Padre, se realiza para nosotros, que nacemos pecadores, mediante el bautismo.

Martirio

El martirio es un testimonio pacífico, ofrecido a Cristo con la propia vida, en situaciones de polémica y de ruptura insalvables.

Un testimonio pacífico, es decir, hecho con amor, sin violencia. No es mártir el que muere con las armas en la mano, aunque fuera por una causa que él considera justa. La Iglesia nunca ha honrado como mártires a los cruzados.

Testimonio ofrecido a Cristo con la propia vida en situaciones de ruptura, el martirio se produce cuando el diálogo cesa. Eso fue lo que ocurrió con el primer mártir, Esteban, como narran los Hechos de los Apóstoles. Esteban está hablando, y de repente es interrumpido: «Dando grandes gritos, se taparon los oídos y se arrojaron a una sobre él». Esteban ya no consigue hablar: sus interlocutores no quieren seguir escuchando y actúan contra él violentamente.

Por otra parte, también el martirio se funda en

la primacía del amor que, cuando se transforma en amor supremo, ofrece el sacrificio de la vida. El martirio expresa la coherencia de la fe, que exige no desmentir nunca, por ningún motivo, al Señor Jesús ante los hombres. Pero los hombres a menudo sucumben al poder de las tinieblas y tienden a apagar la luz. Por tanto, el martirio está potencialmente contenido en la confesión cristiana, en el bautismo y en la confirmación, aunque tal vez no nos demos cuenta de ello.

La bienaventuranza que en el evangelio de Mateo resume todas las demás, casi interpretándolas, dice así: «Dichosos seréis cuando os injurien y os persigan, y digan contra vosotros toda clase de calumnias por causa mía. Alegraos y regocijaos».

El martirio está expresado aquí como símbolo del hombre nuevo, y no solamente un símbolo abstracto, sino concreto. En efecto, el mismo evangelista dice más adelante: «Tened cuidado, porque os entregarán a los tribunales y os azotarán en las sinagogas. Seréis llevados por mi causa ante los gobernadores y reyes, para que deis testimonio, ante ellos y ante los paganos. Todos os odiarán por causa mía, pero el que persevere hasta el fin, ése se salvará».

Jesús prevé todo esto para su Iglesia, y la historia nos dice hasta qué punto tenía razón.

Matrimonio

El matrimonio constituye una innata e irremediable vocación a la unidad de pareja y de familia,

una unidad que hay que ir construyendo día a día. Por eso, las palabras de Jesús valen para todas las familias: «Te pido que todos sean uno, Padre, lo mismo que tú estás en mí y yo en ti, de tal manera que puedan ser uno, como lo somos nosotros».

La experiencia de los primeros años de matrimonio es precisamente aquella en la que se busca con ahínco construir esta unidad, con el entusiasmo, la alegría de ver que estamos hechos el uno para el otro, pero también con la dificultad que supone descubrir que no somos lo que pensábamos, y que, por tanto, nos espera un largo camino de integración, de ascesis, de perdón, de paciencia. Porque la unidad no es obvia; que dos personas vivan juntas durante mucho tiempo sin cansarse la una de la otra, sino reconociendo cada vez más el don de Dios, es un milagro, es un don que Dios nos da, es una gracia.

Llevarse bien en familia no es obvio, ni natural; lo natural es lo contrario. Es la gracia del sacramento del matrimonio la que nos compromete a vivir «en dos» y «a dos» un camino único, llevando a cabo todas las acciones de la jornada no ya con la mirada de la persona sola, libre de elegir y hacer lo que le da la gana exigiendo que la otra la respete; por el contrario, es preciso que todo, directa o indirectamente, se haga «en dos» y «a dos», o al menos en función el uno del otro.

Esto es muy difícil: hay personas que, incluso después de años de matrimonio, siguen sin entenderlo; se quejan de que tienen problemas, no se

sienten comprendidos, y lo que ocurre es que no han entendido esta regla fundamental.

Medios de comunicación

Desde que Dios ha hablado por medio de palabras y acontecimientos humanos, sabemos que las palabras y los acontecimientos de este mundo pueden convertirse en vehículo de su comunicación, capaces de manifestar su amor, su verdad y su vida en los pobres términos y en los gestos limitados de nuestra experiencia. Los medios de comunicación, en la variedad de los lenguajes que utilizan (palabras, imágenes, sonidos, gestos y emociones, etc.), son «tiendas» potenciales en las que el Verbo no se niega a habitar, bordes de su manto a través de los cuales puede pasar su fuerza salvadora.

Sin embargo, no debemos ocultar las posibles ambigüedades: el lenguaje humano, por mucho que quiera ser vehículo del mensaje y del don divinos, no los agota.

Dios sigue siendo más grande que las palabras y los gestos del hombre; los medios de comunicación —aunque se utilicen en el mejor sentido— no dejan de tener una capacidad relativa y limitada.

Hay una sobreabundancia del misterio divino que jamás debemos olvidar, y que tiene que hacernos estar permanentemente vigilantes y atentos a todo cuanto trasciende lo que la «noticia» comunica.

El borde del manto no es más que un trozo del manto, y éste nos remite a la persona que lo lleva y que puede deshacerse de él cuando quiera.

Los medios de comunicación son medios y no fines, realidades instrumentales, penúltimas y no últimas, que podrían esconder e impedir el acceso a la verdad, pero, aun en el caso de que estuvieran abiertos a ella, no la agotarían del todo.

Memoria

Se tiene la impresión, errónea, de que la Iglesia exhorta a olvidar las ofensas y las injusticias recibidas, a no hurgar en el pasado ni siquiera en aquellos casos en los que hubieran sido cometidas las más graves injusticias, en los que la vida de alguien hubiera sido sometida a la violencia. Desde luego, no es de sabios —como ya decía Pascal al amigo que lloraba la muerte de un familiar— prolongar indefinidamente los gritos del llanto y del luto: pero eso no significa que haya que olvidar, que no se puedan sentir las heridas del corazón, que no se pueda sufrir amargamente, sobre todo por quien ha sido víctima de una grave injusticia.

Es más, la Iglesia nos invita muchas veces a recordar, a hacer memoria, y a hacer memoria ante todo de una de las muertes más crueles y violentas —y sin duda la más injusta de todas—: la de Jesús de Nazaret.

De esta muerte la Iglesia hace memoria cada día en la misa, nos la pone delante en la imagen del

crucifijo: al contemplar el crucifijo, vemos conmemoradas en él todas las víctimas de la violencia humana, desde Abel hasta los hornos crematorios, desde las masacres de Shabra y Shatila hasta las víctimas del terrorismo.

La Iglesia no invita a olvidar, a hacer como si todo esto no hubiera ocurrido: al contrario, exhorta a cultivar una lúcida conciencia histórica del pasado próximo y remoto, a dar testimonio de todo lo que ha ocurrido, de todo lo que se ha sufrido, a extraer de ello lecciones permanentes para la resistencia a toda forma de violencia, mal y mentira, y a expresar este testimonio en el recuerdo de los caídos, en la atención a los inválidos, en el respeto y en el amor por las familias y por los hijos de las víctimas. Esta memoria no es vengativa sino constructiva, estudia las causas y las razones profundas de las aberraciones de la violencia y la injusticia, para prevenirlas, desenmascararlas en esas manifestaciones que aún están presentes en medio de nosotros, a fin de impregnarlo todo —hasta los acontecimientos más trágicos— de un dinamismo serio de paz y oposición al mal.

Miedo

Si miramos a nuestro alrededor y observamos el mal que actualmente padece hoy la sociedad europea, nos daremos cuenta de que es el miedo y la angustia: miedo a perder la patria, en esas naciones que luchan de manera sangrienta, con una

crueldad feroz, para independizarse de otros, o para oprimir a otros (recordemos, por ejemplo, el terrible drama de la ex Yugoslavia); miedo a ser privados de nuestro bienestar (recordemos los desórdenes raciales en Alemania, contra los inmigrantes); en nuestro país tenemos miedo a perder el bienestar económico, porque la barca del Estado hace agua.

¿A qué se debe este miedo que nos alcanza a todos, antes o después?

Es un miedo que no podemos quitarnos de encima del todo porque tiene que ver con la libertad. Cuando la libertad se concibe como algo absoluto, ya no existe ni el antes ni el después, todo es incierto, oscuro, se me viene el mundo encima, todo me aplasta, ya no puedo fiarme de nadie. Es la exasperación de la libertad convertida en algo absoluto, sin fundamento y sin referencias.

San Ignacio enseña que, en cambio, cuando busco la libertad con fundamento, empiezo a mirar a la cara mi miedo, a superarlo, comienzo a exorcizar la angustia, porque me doy cuenta de que el fundamento de mi libertad es Dios, y que él me ama, que me ha creado, que me conoce. Es él quien me libera, quien me indica el camino. Y si miro al futuro de mi libertad, sé que está en las manos de Dios, que es siempre Dios el que me llama, el que me guía. Si miro al presente, es Dios quien sostiene y promueve mi libertad; es, por así decirlo, un aficionado mío, desea que yo triunfe. De este modo, mi libertad se sitúa en el lugar que le corresponde, y mis sentimientos negativos de

angustia, de miedo, pueden seguir existiendo allí en el fondo, puesto que la vida es dura y ardua para todos, pero están en otra dimensión. Yo sé en quién puedo confiar, sé de quién me puedo fiar, sé en quién puedo apoyarme.

Misericordia

Jonás echa en cara a Dios su clemencia, su longanimidad y su gran amor, le reprocha que se deje mover a compasión. Dios tiene casi que defenderse de esta acusación, porque su misericordia es algo incomprensible, visceral, envolvente, absoluto; es el fundamento mismo de nuestra vida y de nuestra libertad.

En efecto, uno puede vivir y amar sólo si se siente aceptado tal y como es, sin condiciones: entonces es cuando se siente libre.

Dios nos ama así. La única medida de su amor desmesurado es la necesidad de la persona amada; el pobre, el infeliz, el pecador, el perdido, son amados incluso más que los otros.

Como una madre ama al hijo porque es su hijo, y si es desgraciado lo ama todavía más, sabiendo que podrá llegar a ser más bueno en la medida en que se sienta amado.

Dios, que para nosotros es más padre que nuestro padre y más madre que nuestra madre, que nos ha tejido en el vientre materno, hace de la misericordia la realidad que nos contiene, de arriba abajo, de oriente a occidente. En su mise-

ricordia, somos lo que somos, y nuestra misma miseria se convierte en el recipiente y la medida en la que derrama su misericordia.

Misión

La misión es la incontenible irradiación de la energía, de la autoridad, de la plenitud vital que emana del evangelio, como buena nueva de Jesús, Hijo de Dios venido a salvarnos, muerto y resucitado por nosotros, principio, norma y juez de la historia humana.

La autoridad de Jesús, su fuerza salvífica, su autenticidad humana, presentan aspectos distintos, estrechamente relacionados entre sí.

— Hay una autoridad fundamental que está en la base de todo, y consiste en que la historia humana de Jesús, al ser la historia del mismo Hijo de Dios, es Palabra de Dios para todo hombre, revela el plan de Dios, es verdad, vida y esperanza para la humanidad.

— Esta autoridad se expresa y ejerce en la autoridad personal con la que Jesús actúa en la historia, toma decisiones, llama a las personas, instituye unos instrumentos concretos para hacer llegar a todo hombre su mensaje y su fuerza de vida.

— Y llegamos así a la autoridad histórico-cultural, con la que Jesús llega efectivamente a los hombres en su concreción histórica, en las circunstancias más diversas en las que cada uno vive, en las cambiantes condiciones culturales que

acompañan la evolución de los hombres, de los pueblos y de la humanidad entera.

Muerte

Cada ser humano va al encuentro de su propia muerte, y lo sabe. Ésta es la gran diferencia con respecto al fin de los animales; el hombre conoce, con absoluta certeza, su propia muerte y se defiende contra esta realidad. Puede que decida no querer pensar en ello, lo cual es también una manera de defenderse.

Por lo tanto, sólo el hombre está —siempre e inevitablemente— puesto ante su propio fin, o, mejor dicho, ante la totalidad de su existencia. Porque es precisamente en la muerte cuando se produce la plenitud de la existencia humana; es la muerte —y el hecho de caminar hacia ella— lo que nos recuerda el sentido definitivo de nuestras acciones, lo que nos empuja a no aplazar indefinidamente nuestras opciones.

En un período de tiempo determinado, el hombre tiene que tomar decisiones.

La existencia humana es definitiva, por consiguiente se impone un imperativo ético: el hombre se ve obligado a considerar su vida como algo limitado a un cierto espacio de tiempo que concluye con la muerte.

En esta visión existencial, filosófica —¡no biológica, por supuesto!—, la muerte es una realidad que domina toda la vida y en la que el hombre

está llamado a disponer de sí mismo en su totalidad, a pesar de que eso conlleva aceptar que hay algo en su existencia que no procede de él.

De hecho, el hombre puede negarse a tomar una postura, puede blasfemar; o puede acoger para sí la realidad de la muerte.

El sentido de la muerte es el de colocarnos, de manera definitiva y decisiva, frente a nuestra existencia vista como totalidad, aunque sustraída a una disponibilidad exclusiva.

N

Navidad

Los textos antiguos no nos dan ningún dato sobre el nacimiento de Jesús, excepto el hecho de que se produjo en los alrededores de Belén, y que el niño fue depositado en un pesebre que se utilizaba para los animales. Este detalle se repite tres veces en el relato del evangelista Lucas, y constituye probablemente una modesta, pero significativa clave de lectura de todo el episodio.

Este niño que ha nacido es, en cierto sentido, un niño como los demás. Sería inútil buscar en él algún signo que indique su origen divino. Pero la extraordinaria precariedad de su primera situación, inaceptable incluso para los pobres pastores beduinos que tenían al menos el orgullo de poseer una tienda propia, llama la atención de todos los que pasan por ahí o se sienten llamados hacia ese lugar por una voz que viene de lo alto.

Para cualquier hombre, hasta para el que no cree, el malestar de esta joven familia sin techo es una invitación a abrir el corazón.

Para el que se acerca con los ojos de la fe, constituye, además —incluso en los días de mayor bienestar—, un signo inolvidable de lo que tiene valor y de lo que no cuenta a los ojos de Dios.

Hay muchos de entre nosotros que carecen de

casa, de trabajo, de seguridad; y hay muchos más para quienes el hogar ya no es un hogar, porque el cariño ha muerto o languidece.

Y hay muchos —o, mejor dicho, somos muchos— que dicen creer en Cristo, que proclaman que el Niño del pesebre es el Maestro y el Señor, pero que a la hora de la verdad prefieren con mucho el tener al ser.

No es pecado el tener: también Jesús algún día tendrá su casa, su trabajo y una vida digna, como la gente laboriosa de su pueblo. Lo que es pecado es anteponer el tener a los valores más importantes de la existencia.

No hay ninguna realidad, ni personal, ni social, ni política, ni eclesiástica, que no haya de someterse a este principio.

No-violencia

Si nos situamos en el contexto de la cultura y de la religión hindú, conviene afirmar que la no-violencia hunde sus raíces en una situación interna del espíritu que es anhelada por encima de todo, y que nosotros llamaríamos paz de la mente y del corazón.

No se trata, pues, de una realidad que hay que alcanzar porque es buena en sí misma o porque es políticamente útil al conjunto de los hombres, sino de una actitud interior preexistente a un compromiso determinado. Naturalmente el camino es muy largo, es un camino ascético difícil. Tenemos

que descubrir en nosotros todas las raíces de la violencia, percibirlas en nuestros gestos instintivos, en las reacciones emotivas, en las tensiones o antipatías que surgen en nosotros, en ciertos favoritismos que hacemos. Todas esas cosas que, a lo mejor, de modo consciente, sabemos disimular con nuestro comportamiento civilizado, y que, sin embargo, permanecen en nosotros con fuertes raíces de una violenta emotividad. Por tanto, las relaciones familiares y las relaciones personales se tienen que ver en la perspectiva de lo que nos involucran emocionalmente con sentimientos de repulsa, de no aceptación, de contraposición, de venganza, de revancha, de resentimiento.

O

Obediencia

La relación de Jesús con el Padre es la fuente de luz que ilumina su vida, su pasión y su muerte. No se trata sólo de decir que Jesús elige valientemente entre la vida y la muerte, entre la alegría y el dolor, que escoge el camino estrecho y difícil como camino testimonial.

Él elige, como Hijo, entre la continuación de una vida sin el Padre y la aceptación de la muerte con el Padre; y opta por la obediencia, la voluntad del Padre, elige estar con él hasta el fondo.

El intenso y apasionado conocimiento que Jesús tiene del rostro del Padre, al que contempla constantemente, le hace comprender que si elige estar de parte del Padre, aunque eso conlleve dolor y muerte, para ser totalmente solidario con nosotros, hombres pecadores, su elección le llevará, a través del amor, a la plenitud de la resurrección.

En esta perspectiva es como debemos interpretar cada una de nuestras opciones. Cuando el cristiano decide dar su vida —poniéndola al servicio de los demás, tomando su cruz, lavando los pies a los hermanos, aceptando las exigencias de una vida transformada por el evangelio en la familia, en la sociedad, en la escuela, en el trabajo, aceptando también los sufrimientos que eso conlleva, par-

ticipando incluso, a causa de su elección, en la soledad de Cristo en su pasión—, no lo hace porque le guste sufrir, sino porque ha descubierto el rostro del Padre y ha comprendido que la fuente de la vida está en la voluntad del Padre, aunque ésta indique un camino de sacrificio y entrega hasta la muerte.

Obispo

El obispo es aquel que está llamado a reconducir continuamente a la unidad y a la autenticidad las múltiples situaciones históricas en las que los creyentes, los bautizados, viven su sacerdocio bautismal: su vida es una referencia a Cristo y un servicio a los fieles, interpretando el camino que el Espíritu les hace cumplir a cada uno. El obispo tiene que saber comprender las realidades con los ojos de la fe y con los del corazón, tiene que sentirlas con el mismo afecto de Cristo, el afecto que Dios tiene a cada criatura. Tiene que percibir la integración entre el dinamismo del espíritu bautismal de cada uno y las realidades familiares y sociales en el mismo momento en que se producen: tiene que percibir la alegría, el sufrimiento, la creatividad, el esfuerzo en la edificación del mundo. El obispo está llamado a interpretar el profundo dinamismo del creyente que se mueve dentro del clima espiritual del mundo contemporáneo, poniendo en él signos de perfecta justicia, libertad, alabanza a Dios.

Ésta es la función y el punto de vista del obispo. Esto es lo que le estimula, lo que unifica todos sus esfuerzos. No tiene por qué coincidir necesariamente con ningún otro punto de vista: ni político, ni social, ni económico, ni cultural. Más bien, los integra a todos en un análisis contemplativo de fe, por el cual considera las cosas y lo que hay tras ellas, considera a las personas y las profundas capacidades de bien que se esconden en todas ellas.

Ojos

Abrir los ojos es el comienzo del encuentro fraternal: es pasar de la enemistad y la desconfianza al reconocimiento del hombre, del amigo.

Un típico ejemplo de encuentro fraternal —interesante también desde el punto de vista antropológico— lo tenemos en el Génesis: es el reconocimiento de José, que se revela a sus hermanos. Aquel a quien antes temían y a quien no reconocían —porque estaban atenazados por el miedo, porque su esplendor casi faraónico les daba pánico—, llega un momento en que es reconocido como hermano. La renovada fraternidad humana está simbolizada aquí por la apertura de los ojos: es la situación del hombre que en determinadas circunstancias ha vivido como si estuviera ciego y un buen día abre los ojos.

Pasando del aspecto antropológico al histórico-salvífico, el símbolo se ensancha tanto en sentido como en referencias.

Los ojos se abren por la salvación: la Escritura utiliza mucho esta imagen. El hombre se abre a los tesoros de los mandamientos, de la ley: es la misma apertura de las Escrituras.

San Pablo, en la Segunda Carta a los Corintios, nos dice que los ojos de los judíos que leen las Escrituras están velados, pero que cuando llega Cristo, el velo se cae y sus ojos se abren.

Las mismas Escrituras se pueden leer con los ojos vendados (es decir, sin comprender su significado) y con los ojos abiertos. Sin embargo, la apertura de los ojos es una gracia, un don, porque es el Espíritu el que nos abre los ojos, el Espíritu que nos da el Resucitado.

Opción bautismal

Esta opción es expresada, de manera plena, por la palabra del centurión ante la muerte de Jesucristo en la cruz. «Y el centurión que estaba frente a Jesús, al ver que había expirado de aquella manera, dijo: "Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios"».

El centurión nos es presentado por Marcos, en este momento crucial de todo el camino de Jesús, como la imagen de aquel que, frente a la cruz, al ver morir a Jesús, ha dado el salto de la religión utilitaria pagana, que ponía a Dios al servicio de su propio triunfo y de su éxito en la vida, a una religiosidad de entrega, al descubrimiento del Dios de Jesucristo.

Aparentemente, Dios abandona a Jesús en la cruz, no le asegura el éxito en este mundo, pero, a pesar de eso, Jesús se muestra lleno de amor, de confianza, de entrega ejemplar. La opción por el Dios de Jesucristo es también un cambio de orientación de la personalidad, que pasa del concepto de un Dios utilitario que me sirve para mi camino en la vida, a una actitud bautismal en la que pongo a disposición del Dios de Jesucristo mi vida y mi muerte con una confianza total, y al hacer esto me identifico con las actitudes de disponibilidad, de abandono, de entrega de la vida, que son propias de Jesús, el Hijo de Dios.

Oración

La oración es, de alguna manera, el mismo ser del hombre que se pone en transparencia a la luz de Dios, se reconoce por lo que es y, al reconocerse, reconoce la grandeza de Dios, su santidad, su amor, su voluntad de misericordia, en definitiva, toda la realidad divina y el plan divino de salvación, tal y como se han revelado en el Señor Jesús muerto y crucificado.

Aún antes que palabra, que pensamiento formulado, la oración es percepción de la realidad que inmediatamente florece en la alabanza, en la adoración, en la acción de gracias, en la petición de piedad a aquel que es la fuente del ser.

En esta experiencia global, sintética, espiritualmente concreta, emergen y se configuran estos contenidos fundamentales:

— la percepción de la vanidad de las cosas que han sido arrancadas del proyecto de Dios, percepción que se transforma en súplica, para que nosotros mismos seamos salvados de la insidia de la insignificancia y del vacío;

— la percepción de la presencia de aquel que es plenitud y que nunca está ausente y alejado allá donde hay algo que verdaderamente existe;

— la percepción del Cristo vivo en el que todo el proyecto divino está resumido y personalizado (*Ubi Christus, ibi regnum* dice san Ambrosio), que funda el reconocimiento y la realidad de la relación de comunión con aquel que es el único Señor y Salvador;

— la percepción, en Cristo, de la voluntad del Padre como norma absoluta de vida, de forma que la oración ya no es un intento por hacer que la voluntad divina se identifique con la nuestra, sino la intención siempre renovada de conformar nuestra voluntad con la del Padre;

— la percepción de la realidad del Espíritu, fuente de toda la vida eclesial, que reza en nosotros, de forma que la oración nos invita a salir de la soledad y del encerramiento del individualismo y a abrirnos al Reino de Dios que se va instaurando en los corazones y entre los hombres, es decir, en la Iglesia;

— la percepción de la cruz como victoria sobre el mal que hay en nosotros y fuera de nosotros, que hace de la oración una actitud de protesta contra el pecado, contra la injusticia, contra el «mundo», la nostalgia de la Jerusalén celeste donde todo es santo.

P

Padre nuestro

Es una oración en la que nunca acabaremos de meditar y, cuando no sepamos rezar, nos bastará con retomar despacito, palabra por palabra, el padre nuestro.

La estructura fundamental de esta oración está formada por tres momentos: el primero es como la base de un surtidor; el segundo es como un chorro que sube hacia arriba; el tercero es el chorro que baja regando todo lo que está a su alrededor.

1. La base del surtidor es la palabra «Padre», y es, para el que reza, el espíritu de filiación. A partir del momento en que vivir como hijos significa vivir el bautismo, en la oración nosotros vivimos al máximo nuestro bautismo.

El espíritu filial es la raíz de toda plegaria, es la actitud más importante, ya que la vida eterna consiste en la manifestación de nuestro ser hijos de Dios. Observemos que en el padre nuestro podríamos repetir la palabra «Padre» en cada invocación: Padre, venga a nosotros tu Reino; Padre, hágase tu voluntad; Padre, perdona nuestras ofensas; Padre, no nos dejes caer en la tentación.

2. El segundo momento está formado precisamente por las invocaciones que suben hacia arri-

ba, como un chorro, que se dirigen a Dios con el pronombre en segunda persona: «Santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu Reino». En la fuerza del Espíritu Santo, el alma redimida, bautizada, se eleva hacia el Padre.

3. El tercer momento es la recaída sobre la tierra de esta fuente espiritual, de este poderoso chorro del Espíritu Santo que nos empuja hacia lo alto. Recaída sobre la tierra, es decir, sobre nosotros que estamos hambrientos y necesitados de perdón, que debemos perdonarnos mutuamente, que somos tentados por ser débiles y frágiles.

Así, la oración nos implica en la verdad de nuestro ser: Señor, no me dejes caer en la tentación. Ya ves que me siento tentado, que estoy cansado, hastiado, que soy perezoso; líbrame de todo aquello que me impide tener confianza en ti, contemplarte y amarte como Padre.

Padres

La responsabilidad educativa requiere la puesta en juego de la libertad humana y exige preparación, formación, confrontación, esfuerzo. Si es verdad que nos convertimos en padres en el momento del nacimiento de los hijos, también lo es que nos hacemos verdaderamente padres día a día; es más, empezamos a ser padres aun antes del nacimiento de los hijos, de alguna manera aun antes del matrimonio. Ya en el período del noviazgo, podemos y debemos prepararnos para la tarea edu-

cativa y el conocimiento de las opciones que eso conlleva. Esta formación tiene que continuar luego permanentemente mediante la escucha, la confrontación con la experiencia de otros, la profundización en algunos temas educativos muy concretos —en los casos difíciles, también el recurso a consultas especializadas en nuestros consultorios y centros de asistencia a la familia—, participando incluso en «escuelas para padres».

Por tanto, nos vamos haciendo padres del mismo modo que nos vamos haciendo cada vez más conscientes y competentes en todas las demás responsabilidades de la vida.

También los obispos se convierten en obispos el día de su ordenación, pero luego tienen que aprender cada día a ser obispos, por eso es importante el intercambio de experiencias, la confrontación de iniciativas, etc.

Por tanto, esto es algo que ocurre a todos los niveles de responsabilidad, y es muy hermoso que se produzca ante todo en esa primera célula de responsabilidad social que es la familia, en la que la confrontación, y también una especie de escuela para padres, puede alentar y consolar, puede abrir los horizontes, quitar la ansiedad de ciertos callejones sin salida, de caminos demasiado oscuros, devolver la serenidad y la confianza.

Palabra

En la palabra se manifiesta nuestro ser profundo; es el momento en que nuestra libertad des-

pliega sus capacidades operativas; nuestra humanidad sale a buscar la humanidad de los demás, busca un contacto con ellos, genera consensos, construye comunidades humanas, interviene en las cosas del mundo. La vida, la esperanza, la alegría, el compromiso, la actividad, el amor, la luz de la verdad, están misteriosamente depositados en el frágil envoltorio de la palabra.

Pero la palabra humana es también pobre. ¡Cuántas veces balbucea impotente ante misterios que no consigue penetrar! ¡Cuántas veces es incapaz de comunicar el sentido que encierra! ¡Cuántas veces no alcanza los objetivos que se propone! ¡Cuántas veces, en lugar de manifestar el amor de la vida, la luz de la verdad, la comunión entre las personas, produce odio, mentira y discordia!

En la pobreza de la palabra se revela la pobreza de nuestro ser. Nosotros no estamos totalmente identificados con la vida, el gozo, el amor, la luz de la verdad. Estos bienes están presentes en nosotros, pero también están lejos de nosotros. Los buscamos como bienes ausentes, impulsados por esas formas parciales de presencia que tienen en nosotros.

Cuando no reconocemos esta presencia-ausencia de la vida, de la verdad, del amor, y pretendemos ser nosotros mismos, de manera total y absoluta, la vida, la verdad, el amor, nos estamos engañando, y nuestras palabras producen la muerte, la mentira y la discordia.

La Biblia, por el simple hecho de existir como Palabra de Dios, aun antes que por los contenidos que nos propone, se convierte en un consolador viático para todos los momentos de la vida. Pero también los contenidos encienden luces de esperanza. El ejemplo de los creyentes que se han entregado a Dios, sobre todo el de Jesús, que se adhiere al Padre hasta la muerte, nos inspira un sentido profundo de Dios, que es más grande que los bienes que nosotros anhelamos.

Además, la Palabra de Dios nos muestra que, mientras que hay algunos bienes que no se nos conceden o que nos son dolorosamente sustraídos, se nos ofrecen otros más importantes: el valor, una solidaridad humana más profunda, un sentido más humilde de nuestra fragilidad, una mayor vigilancia sobre nuestros deseos superficiales, una entrega más fiel a nuestro deber, por encima de fáciles gratificaciones, etc.

En definitiva, la Palabra de Dios enciende en nosotros la esperanza en esos bienes misteriosos, pero reales y admirables, que el Padre está preparando en el mundo nuevo para aquellos que, unidos a Jesucristo, se han abandonado totalmente a Su amor.

La Palabra debería tener la primacía. Sin embargo, no la tiene. Nuestra vida está muy lejos de ser alimentada y dirigida por la Palabra. Nos orientamos, incluso en el bien, sobre la base de algunas buenas costumbres, de ciertos principios de sentido común; nos remitimos a un contexto tra-

dicional de creencias religiosas y de normas morales recibidas. En nuestros mejores momentos, sentimos un poco más que Dios significa algo para nosotros, que Jesús representa un ideal y una ayuda.

Pero aparte de esto, solemos experimentar bien poco hasta qué punto la Palabra de Dios puede convertirse en nuestro verdadero apoyo y consuelo, puede iluminarnos acerca del «verdadero Dios», cuya manifestación nos llenaría el corazón de gozo. Es muy difícil que hagamos la experiencia de cómo el Jesús de los evangelios, que hemos conocido a través de la escucha y la meditación de las páginas bíblicas, puede convertirse realmente en «buena noticia» para nosotros —ahora, para mí en este momento concreto de mi historia—, puede hacerme ver —en una perspectiva nueva y apasionante- mi lugar y mi misión en esta sociedad, puede dar un vuelco a la idea mezquina y triste que me había hecho de mí mismo y de mi destino.

Palabras

«En el día del juicio tendréis que dar cuenta de las palabras vacías que hayáis dicho. Por tus palabras serás absuelto, y por tus palabras serás condenado.»

Jesús nos enseña que las palabras, a pesar de que pueden ser reveladoras de un sentido más elevado, pueden también ser envilecidas, derrochadas, pueden ser devaluadas y distorsionadas.

Hay algunos ámbitos de palabras que tienen una necesidad urgente de ser revisados, y hay que localizarlos para someter su opacidad a una especie de rayos X. Me refiero a las palabras que se emplean en el ámbito cultural, sociopolítico o eclesiástico, y que constituyen el horizonte verbal de una época determinada. Nos corresponde a nosotros pasarlas por el cedazo, discernir en cuáles de ellas resuena la única Palabra que salva.

— Me refiero, por ejemplo, a ciertos términos muy frecuentes en el ámbito civil: «justicia, paz, medio ambiente». Inicialmente tienen un significado concreto, relativo a situaciones determinadas, pero luego se convierten en eslóganes que a veces se repiten sin comprender toda su seriedad, y por tanto se envilecen.

— En el ámbito eclesiástico, me refiero a los términos: «proyecto, identidad, presencia, mediación, discernimiento», que son portadores de un mensaje, porque son densos de significado. Reconozco que yo mismo he contribuido, al menos en parte, a promover algunos. Pero a veces tengo una sensación de profundo malestar al darme cuenta del uso generalizado y banal que se hace de ellos, fuera del contexto eclesial y teológico concreto en el que constituían precisamente no sólo un concepto, sino también un mensaje.

¿Cuál es el propósito que tenemos que hacer respecto a estos y otros términos parecidos? No utilizarlos nunca de balde, como para rellenar el discurso; reconducirlos mentalmente a las situaciones originarias que los han motivado, para ver si

les estamos dando otro sentido y, sobre todo, para sumergirlos en un baño contemplativo que los refresque y los devuelva a su fuente, para mirarlos en la luz de Dios y del plan de salvación.

Parábolas

¿Por qué Jesús ha hablado en parábolas? Sabemos que se dan muchas razones. Una de ellas es de carácter histórico-político: para que su enseñanza no fuera confundida con la de un jefe o un reformador político.

La gente tenía que ir comprendiendo, poco a poco, la diferencia y a la vez el carácter «revolucionario» de su enseñanza, sin confundirla con las doctrinas políticas o pseudo-mesiánicas de la época.

Junto con esta razón histórico-política, hay otra más profunda: la histórico-salvífica, llamada también el secreto mesiánico, la revelación del misterio del Reino, hecha de forma que sea comprendida poco a poco, estimulando a una apertura del corazón hacia un misterio más amplio.

A los motivos histórico-políticos e histórico-salvíficos del lenguaje en parábolas, se añade un motivo profundamente humano. La parábola, y todo cuanto pertenece al género parabólico, enigmático y alusivo, permite moderar la fuerza de los sentimientos que a veces no pueden ser expresados de manera directa y agresiva. En el marco de la parábola, éstos son dirigidos, suavizados y con-

ducidos hacia una reflexión más serena y prolongada por parte del que escucha. El lenguaje parabólico invita a hacer un camino; por tanto, es el más adecuado para tratar de expresar un misterio inefable.

Paraíso

El paraíso es estar eternamente con el Señor, en la bienaventuranza del amor sin fin; «Hoy estarás conmigo en el paraíso». La palabra que el Crucificado le dice al ladrón arrepentido es la revelación de lo que es el paraíso: un «estar con Cristo», un vivir eternamente con él en el diálogo del amor con el Padre en el Espíritu Santo. Esta relación con el Señor, de una riqueza inimaginable para nosotros, es el principio esencial, el fundamento mismo de toda bienaventuranza del existir. La vigilancia se ejerce en la anticipación del gozo del encuentro con el Señor y en la alegría de la comunión fraterna, vivida con todos los que comparten su deseo.

La imagen de esta anticipación es tan profunda y delicada que nos hace comprender la importancia de la vida contemplativa, aunque la sustancia de la anticipación pertenece a toda vida de fe, invitada a convertirse en experiencia vivida en la confianza con el Señor y en la seguridad de que nos cuida tiernamente. La espiritualidad del Cantar de los Cantares —como enseña una tradición espiritual constante y siempre renovada del cristianis-

mo— es, por tanto, una dimensión vital de nuestra relación diaria con Dios; es el tiempo del enamoramiento, destinado a consumarse en la exuberancia del amor; un enamoramiento que debemos cultivar, guardar y valorizar en la intimidad de un diálogo que alcanza las fibras más sensibles de nuestro ser.

Pascua

La luz de la resurrección no hace desaparecer la cruz, sino que ayuda al creyente a comprender el misterio de la vida y del amor que se desprende de ella.

Si olvidamos esta conexión que es la estructura íntima del misterio pascual, nos exponemos a decepciones a veces dramáticas. La alegría pascual, en efecto, y el deseo pascual, tienen que contar con la realidad en la que, desde el punto de vista histórico del desarrollo de los acontecimientos en su materialidad, parece que nada ha cambiado: siguen subsistiendo a nuestro alrededor la enfermedad, la muerte, el odio, las agitaciones sociales.

La pascua no quita estas realidades de inmediato, pero nos dice que, si Cristo vive en la gloria de Dios, si Cristo vive en la Iglesia y en la historia, si está vivo, por tanto, en nosotros, todo esto no solamente no nos impide amar, sino que nos permite esperar y amar cada vez más.

Para el que ha entendido algo de la vida y del amor, ésta es una palabra que lo dice todo; Cristo

nos asegura que si uno vive con amor incluso el sufrimiento y la muerte, Dios no le abandona, sino que le acoge, le ama, le conduce hacia la plenitud de la vida y del gozo. El que ama recibe la vida de Cristo, que le hace capaz de transmitir vida a su alrededor. El gozo pascual, por tanto, no es superficial ni desaprensivo, no es la alegría de un instante, sino el gozo capaz de recordar seriamente la cruz de Cristo: de este modo nos ayuda a encontrar los caminos a través de los cuales podemos anunciar a los hermanos la verdadera esperanza.

Pascua judía

¿Qué es exactamente la pascua? Es una fiesta familiar: algo muy sencillo que se opone a la dramática situación de la amargura y pesadez del trabajo.

Es un banquete celebrado en familia, en el que se come como en los días de fiesta. Todo se prepara con esmero. Es un momento en el que se olvidan todas las preocupaciones. Es un banquete cuyas ceremonias se tienen que observar como algo sagrado; pero todo se realiza en el seno de la familia, en una gran intimidad y sencillez.

¿Qué significa concretamente, para el judío de todos los tiempos, esta fiesta? Significa dejar a un lado las preocupaciones, las tensiones de la vida, y vivir un momento de liberación ideal y real de todo lo que es el esfuerzo cotidiano.

En la celebración de la pascua pervive, sobre todo, el recuerdo de los momentos de persecución y dificultad. Estos momentos están presentes, pero no oprimen el espíritu. La pascua se vive como una pausa en la historia.

Cuando Israel celebra la primera *pascua*, no ha salido aún de Egipto y está todavía bajo la amenaza de la opresión y, sin embargo, ya está viviendo un momento de liberación. Puestas a un lado las preocupaciones, y a pesar de la hostilidad del mundo que le rodea, celebra esta victoria sobre las angustias de la vida, en la confianza de que Dios es el libertador.

Es una celebración religiosa, en la que se proclama la fuerza victoriosa de Dios a pesar de las circunstancias adversas, y por tanto se vive ya realmente la liberación. Con la celebración, ésta se hace presente.

El israelita, al celebrar la pascua, recuerda siempre: «Dios nos está liberando ahora, éste es el momento de nuestra salvación».

Pasión de Cristo

La mirada del creyente sabe reconocer la pasión de Cristo, fruto del pecado, que continúa en toda persona que está siendo rebajada en su dignidad, menoscabada en sus derechos, reprimida en sus ímpetus. Nadie en este mundo tiene una vocación más elevada que el hombre y, sin embargo, a veces, da la impresión de que es precisamente a

nuestros semejantes a quienes negamos las cosas más esenciales.

Nuestro mundo ha aprendido a lanzar hombres al espacio con la mayor tranquilidad, ha sabido hacer cosas maravillosas para arrancar al ser humano de su secular indigencia y liberarlo de la lucha contra la escasez, pero al mismo tiempo ha dejado que surgieran continuamente nuevas formas de sufrimiento y de pasión, en las que podemos reconocer ese mismo misterio de mal y de pecado que opera en la historia, y del que Cristo ha venido a librarnos.

La pasión de Cristo, por tanto, actualmente se manifiesta en los hogares de mucha gente que sufre: de los parados, de los que no tienen futuro, de los secuestrados que están siendo esperados con ansiedad y aflicción, de quienes han sido víctimas de una violencia absurda y despiadada. También está en los hogares de los ancianos, que ya no pueden producir y son dejados a un lado —¡y cuántos de ellos se quejan de esta soledad!—; y está en los hogares de quienes esperan justicia sin conseguirla, de quienes, por el motivo que sea, han tenido que abandonar su patria sin lograr encontrar una nueva y sin sentirse acogidos, que a lo mejor ni siquiera tienen una casa, y que pueden estar cerca de nosotros.

El misterio de la cruz se renueva en todos aquellos que se sienten excluidos por la sociedad, como los minusválidos o quienes se dejan llevar por caminos de muerte: los drogadictos, los inadaptados, los presos.

Con el tema de la paz tocamos la relación entre los hombres, entre los seres humanos y la naturaleza; entramos en el lugar de la aceptación y del rechazo, en el de las pasiones más fuertes que llevamos dentro, las que unifican y las que disgregan. Tocamos la raíz de la conflictividad.

Todos estamos de acuerdo en decir que la paz no es objeto de debate sino un bien que hay que pedir, un camino que hay que recorrer, un bien que hay que perseguir poniendo las premisas necesarias para que esto sea posible; o, al menos, para que nos acerquemos a este bien de forma que, si no logramos ser plenamente constructores de la paz, al menos no seamos destructores de la misma. Y es aquí donde empieza el mayor sufrimiento. En efecto, decimos que queremos poner las premisas para la paz: ¿pero estamos seguros de conocerlas realmente en la actualidad, de estar de acuerdo con estas premisas? ¿Estamos seguros, una vez que estuviéramos todos de acuerdo, de estar dispuestos a ponerlas en práctica?

Ante estas preguntas, algunos dicen que tal vez podamos poner solamente unos signos, sin lograr afrontar el problema de manera global y satisfactoria. En todo caso, nos asalta el temor de que las premisas de la paz, aclaradas a fondo y acordadas entre todos, sean impracticables en un mundo como el de hoy. Si somos coherentes, nos preguntaremos cómo es posible poner signos de paz en un mundo que ofrece la posibilidad de cambiar sólo en pocas cosas.

Nos encontramos, en definitiva, ante unos caminos que parecen inviables, utópicos y, al mismo tiempo, percibimos que la paz es una necesidad inexorable, una cuestión de vida o muerte.

Pedir

Es desagradable insistir, así como es desagradable seguir pidiéndole al Señor. Cuando nuestra plegaria queda aparentemente sin respuesta, nos imaginamos que Dios está un poco sordo y vivimos en la incertidumbre del que se queda fuera, esperando que el otro reaccione y le abra la puerta. Conforme pasa el tiempo, vamos perdiendo la confianza en Dios.

Sin embargo, Jesús nos repite: sigue pidiendo, porque el pedir ya es una gracia, el pedir te convierte en hijo, en la petición está la concesión; si no descuidas esta plegaria, aunque pueda parecer material, pobre y repetitiva, te convertirás misteriosamente en hijo y recibirás incluso el pan para alimentar a otros, aunque tú estés cansado, aunque seas árido y pobre.

No se trata de una oración fácil, tranquila, gozosa, provechosa, sino de una oración sufrida. Sin embargo, es a través de ella como Dios nos concede el verdadero pan, es decir, la conciencia de nuestra condición filial, el don de vivir abandonados al Padre, seguros de que él nunca nos dejará solos.

En seguida surge la pregunta: ¿cómo es que

Dios necesita nuestra insistencia? ¿Acaso no sabe, antes que nosotros, aquello que necesitamos?

En realidad somos nosotros quienes, al pedir con insistencia, nos purificamos y, pasando por la humildad de reconocer que no sabemos orar, nos convertimos en hijos.

Pentecostés

Esta fiesta antiquísima, que se celebraba cincuenta días después de la pascua, en un principio era la fiesta de la cosecha, pero posteriormente se convirtió en la fiesta de la renovación de la alianza; evocaba, por tanto, el don de la *ley* en el monte Sinaí.

Un fragor como de viento y fuego evoca la aparición de Dios, la gran teofanía del Antiguo Testamento; el viento que irrumpe es, en particular, el signo de la irrupción de Dios en el mundo, de un Dios que toma posesión de la criatura humana, así como tomó posesión de Jesús y como toma posesión de todo creyente. Es el signo de la nueva humanidad en el Espíritu. El fuego, por medio del cual el Espíritu se comunica a cada uno en forma de lengua, sella esta relación personal y única con la Trinidad; es signo del Dios que entra en cada uno como fuego que ilumina y devora, y después se convierte en palabra en la Iglesia.

Del viento y del fuego nace el don de lenguas. Mientras en Babel la multitud de lenguas había puesto en evidencia la ruptura y la confusión de la

humanidad, ahora la multiplicidad de las lenguas que se entienden es el inicio de la universalidad de la Iglesia, del único cuerpo de Cristo que anuncia con una única lengua las grandezas de Dios.

Pentecostés no es, por tanto, simplemente la fiesta del Espíritu Santo. La fiesta del Espíritu Santo se celebra cada domingo, en cada liturgia, en cada sacramento. En Pentecostés celebramos más bien la fiesta histórica del comienzo de la Iglesia en la fuerza del Espíritu.

Es la fiesta de la Iglesia de Jesús que vive de su Espíritu.

Perdón

En la alegría de ser perdonados y de perdonar empieza a hacerse presente la novedad del evangelio, que es el gozoso anuncio de la misericordia del Padre para nosotros, pecadores.

Cuando el perdón derrite la dureza de nuestro corazón y nos abre a la alegría evangélica, empezamos a ver las cosas con ojos nuevos. Los cinco panes y los dos peces, una vez que los discípulos abandonaron el imposible proyecto de resolver por sus propios medios el problema del hambre de la gente, dejaron de ser la prueba de su impotente pobreza y empezaron a mostrarse como el humilde ofrecimiento humano en el que iba a revelarse la prodigiosa riqueza de Dios.

Así también las tensiones de la comunidad, los fatigosos intentos misioneros, nuestros y de los

hermanos, unas iniciativas que tal vez dejen mucho que desear y necesiten ser revisadas, empiezan a parecernos —purificadas por la humildad y el perdón— el signo inicial, el germen de una presencia de Dios que siempre está actuando. El camino que nos acerca a Dios se hace oración. Celebramos, adoramos, damos gracias a Dios por su presencia multiforme en medio de nosotros, y lo invocamos para que nuestros pobres panes y peces —las incertidumbres, las pobrezas, las limitaciones de nuestras personas y de nuestras comunidades— no sean un obstáculo para su presencia, sino que se dejen atravesar y transformar por ella. Empezamos a morar en el misterio de Dios, en el mundo espiritual de Jesús, en la riqueza inagotable del evangelio.

Perseverancia

Felipe dice a Jesús: «Señor, muéstranos al Padre y nos basta». Siempre me pareció una petición muy hermosa y no entendía el reproche de Jesús a Felipe. Me hubiera parecido obvio que Jesús contestara: Me alegro de que por fin Felipe haya pedido lo más importante: ¡Muéstranos al Padre y nos basta!

Esta petición evoca muchas otras que se han hecho famosas en la tradición eclesial: Dame tu amor y tu gracia, y esto me basta; muéstrame tu rostro, etc.

Ciertamente Felipe alcanzó aquí una tensión es-

piritual elevadísima, sin embargo Jesús le contesta: «Hace tanto tiempo que estoy con vosotros y tú no me has conocido, Felipe». Estamos ante una interpretación un tanto inédita del tema de la perseverancia, y notamos que estas palabras van dirigidas a cada uno de nosotros.

Observemos que la palabra «me has conocido», traducida al lenguaje neotestamentario, está en la misma línea de la palabra que Jesús le dice a Pablo: «¿Por qué me persigues?». Este «me has conocido», «me persigues», «¿me amas tú?», es el yo de Cristo y de la Iglesia, en el que el hombre contempla ese rostro del Padre que desea contemplar y para el que está hecho; y su corazón está inquieto hasta que no lo contempla.

He aquí el don de la perseverancia: no se trata simplemente de aguantar, sino de contemplar cada día en la comunidad, en la eucaristía, en la Palabra, en la Iglesia, en la presencia misteriosa de Jesús, en la actualidad del Espíritu Santo, el rostro del Padre, y vivir entonces como si ya hubiéramos llegado al final, ya que este final nos es dado en cada momento del camino.

Persona humana

El hombre es el sujeto, la pareja del diálogo con Dios. Cada uno tiene la dignidad de este diálogo personal y por eso cada persona merece el máximo respeto. Cualquiera que sea la situación moral o legal de un hombre o de una mujer, Dios le

busca y le invita a un diálogo personal, el Espíritu le mueve en su interior para que se dirija a Dios como Padre.

El respeto por el hombre significa también respeto por su misterio, que nunca podremos penetrar a fondo, que no podemos programar sino acoger, acompañar, con todos los estímulos externos ligados al dinamismo de la Palabra que nos es transmitida a través de los profetas, incluido el estímulo eclesial de la predicación, y también el legal y legislativo. Sin embargo, siempre hay que tener presente que el misterio de la persona sólo Dios lo conoce, y lo que no ocurre hoy ocurrirá mañana.

Dios tiene su tiempo, el hombre siembra y no sabe cuándo recoge; en la acción pastoral, nosotros sembramos y no sabemos cuándo y cómo recogeremos, cuál será la respuesta. Sería vano irritarnos o amargarnos o sentirnos decepcionados, porque será el misterio de Dios el que tal vez recoja, en momentos que nosotros ignoramos, lo que hemos sembrado entre lágrimas.

¿La experiencia de Mónica con Agustín no es precisamente la experiencia del respeto hacia el misterio? Oró, lloró, pero acompañó amistosamente al hijo, esperando el tiempo de Dios.

Pobreza

El verdadero valor de la pobreza no es su situación en sí, ni la lucha por salir de ella, sino el potencial de amor que puede desarrollarse al vivirla

o al salir de ella. Y es la sabiduría de la fe, dentro de la caridad, la que nos va diciendo cada vez cuándo y cómo tenemos que vivirla y cuándo y cómo tenemos que salir de ella.

O cuándo y cómo tenemos que elegir libremente convertirnos en los últimos, a ejemplo de Jesús, «el cual, siendo de condición divina, no consideró como presa codiciable el ser igual a Dios. Al contrario, se despojó de su grandeza, tomó la condición de esclavo, y se hizo semejante a los hombres. Y en su condición de hombre, se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz».

Pobreza cristiana

La pobreza cristiana no está determinada por los gestos, sino por los valores del Reino que se propone expresar. El criterio de discernimiento de nuestra pobreza es, por tanto, la vida de Cristo, su «austeridad y sencillez dignas» en el ministerio público, su disponibilidad ante los acontecimientos supremos y definitivos de su vida.

La nuestra es una sociedad contradictoria. Por una parte, produce cada vez nuevos pobres: gente marginada, decepcionada, inadaptada, a veces incluso abandonada y desesperada. En este caso, nuestra pobreza está llamada a ser signo de solidaridad y de ayuda hacia estos hermanos nuestros.

Por otra parte, vivimos también en una sociedad

que de alguna manera se puede llamar opulenta, que está amenazada por los peligros del bienestar, y que está expuesta a los riesgos y a las atracciones del consumismo. Nuestra pobreza, en este caso, tiene que ser algo distinto, una realidad no homogénea, una crítica del mundo que nos rodea, algo que sea signo de una distinta valoración de las personas y de los bienes.

La experiencia de un camino de pobreza es camino de liberación, de alegría y de entusiasmo, porque nos une íntimamente a Cristo y nos hace gustar de una manera imprevista la fuerza de la cruz, su capacidad de renovar incluso las situaciones más estancadas, y más irritantes precisamente por su inmovilismo.

Un poco de gusto, de atención, de esfuerzo por un mayor ejercicio de austeridad, de pobreza, de penitencia, de renuncia, es para todos el momento del descubrimiento de las páginas del evangelio. Sin este esfuerzo, estas páginas se quedan como mudas; pero cuando hemos dado algún paso, aunque sea sencillo, en este sentido, entonces las palabras de Jesús se vuelven actuales y sonoras, adquieren relieve, y nos parece estar viviendo algo de la alegría y del entusiasmo que tenían los Doce cuando caminaban por las calles de Palestina detrás de Jesús y le decían: «Mira, Maestro, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido».

Poder

Conviene evitar un reparto desequilibrado del poder, cuya concentración hace crecer proporcio-

nalmente la tentación de utilizarlo para intereses particulares, o bien hay que estructurar el poder a fin de reducir los riesgos de que quien lo detenta pueda abusar del mismo.

En este sentido se puede entender la función de la institución política y la historia de su transformación de un estado absolutista a un estado de «derecho» y constitucional, el estado democrático con sus correspondientes y progresivos mecanismos de control en el ejercicio del poder.

En este contexto se puede entender también la instintiva defensa del ciudadano contra esas formas de estado burocrático o de oculto poder partidista que tienden a hacer vanas las infraestructuras sociales y a privarlas prácticamente de sus poderes decisorios.

Recordemos la amarga pregunta que se hace uno de los personajes de Ignacio Silone en *Vino y pan*. «¿La verdad —se pregunta el protagonista, que ha sufrido y sigue sufriendo a causa de una idea de libertad y de justicia— acaso no se ha convertido para mí en una verdad de partido? ¿La justicia, en una justicia de partido? ¿El interés de la organización, acaso no ha acabado por hacerme atropellar todos los valores morales, despreciados como prejuicios pequeño-burgueses, y no se ha convertido para mí en el valor supremo?»

Política

¿Realmente merece la pena comprometerse activamente en política?

Quisiera dar una respuesta quizá un tanto atrevida, pero radical. Si no llegamos a tener una visión contemplativa de la política, difícilmente conseguiremos dar una respuesta de valor absoluto a nuestra pregunta. Daremos respuestas de utilidad, de conveniencia, de necesidad, de urgencia, pero nunca de un valor absoluto; nunca daremos una respuesta que nos sostenga en los momentos más difíciles de este compromiso político, lleno de ambigüedades y de trampas.

Es preciso tener una visión muy elevada, es decir, una visión contemplativa, de la política. Se puede sacar, por ejemplo, del libro del Apocalipsis, o de la Carta a los Efesios o de la Carta a los Colosenses.

Podríamos expresar así nuestra pregunta: ¿hacia dónde tiende la acción política, entendida como dinámica constructiva de una sociedad y no solamente como el arte de mantenerse en equilibrio?

La respuesta es la siguiente: la acción política tiende hacia la unidad del género humano. Es en esta tendencia donde la acción política adquiere su valor definitivo y decisivo. Y la unidad del género humano es un valor teológico, porque es el reflejo histórico de la Jerusalén de Dios, de la ciudad hacia la cual se dirige toda la historia de la salvación, y es una transcripción histórica, imperfecta pero válida, de la comunión trinitaria de las Personas divinas.

Por tanto, se trata de una respuesta que contempla el misterio trinitario de la Trinidad, misterio

que se manifiesta en la Iglesia celestial y terrenal, y que proyecta una sombra válida de sí mismo en la unidad de todos los hombres, en la unidad del género humano, entendida como fin último de toda acción política.

La unidad planetaria —sombra histórica de la ciudad de Dios hacia la que tiende la historia de la salvación, y reflejo histórico de la comunión trinitaria de las Personas divinas— es una realidad seria, es un valor que vale la pena perseguir y que siempre debemos tener en nuestro corazón.

Predicación

Predicar la Palabra de Dios significa decir «Jesucristo». Antes de predicar las «cosas» cristianas, hay que ir al fundamento, es decir, hay que volver a centrar la predicación en Jesucristo.

Tenemos que ayudar a los hombres y a las mujeres de nuestro tiempo a acercarse al fundamento, es decir, a Jesucristo: él es el camino que lleva a reconocer a Dios y a invocarlo con el nombre del Padre; él es el evangelio que inaugura un modo de vivir que es realmente grato a los ojos de Dios, porque está animado por la caridad que sabe llegar hasta la entrega de uno mismo.

Quisiera que cada uno advirtiera en estas palabras no solamente el peso de una responsabilidad que asusta, sino también la alegría por el don que nos es dado compartir. Poder anunciar a Jesucristo hoy significa participar, de manera directa y con

palabras llenas de esperanza, en el mayor drama que la humanidad está viviendo: el de decidir entre encerrarse en el círculo impenetrable de la autosuficiencia —dentro de los sofocantes confines de una existencia limitada a los horizontes del tiempo, y con la ilusión de confiar sólo en las cosas— o abrirse a la búsqueda del rostro del Dios vivo, dador de vida. Hacerse predicadores de la Palabra que es Jesucristo significa vivir como protagonistas el sentido más profundo de la historia de los hombres.

Los ministros de la Palabra estamos llamados a compartir la historia de nuestro tiempo, para ayudar a iluminar el camino de los hermanos, a fin de que sepan distinguir la dirección adecuada, y para alentar a los que están cansados de buscar.

Presencia

Dios es el horizonte necesario de todo lo que somos y de todo lo que hacemos. Dios es, a la vez, el centro, el corazón de toda realidad, por tanto todo está en él y él está en todo.

Y Jesús, Hijo de Dios, siendo él mismo Dios, es el horizonte de toda la historia, de toda nuestra vida, de cada jornada. Jesús resucitado está aquí en medio de nosotros como centro vivo de nuestro ser Iglesia. Está en nosotros, no con el poder de los milagros (que ha ido realizando de una manera muy parca y moderada) sino con la constante presencia —invisible y misteriosa, propia del misterio

de Dios— de esa aura suave y casi imperceptible que es el misterio de Dios, y que, sin embargo, aquellos que han nacido de Dios saben captar.

Jesús está presente en su palabra proclamada en la Escritura y en la voz de la Iglesia. Por tanto, cuando escuchamos esta palabra, estamos en comunión real con el Resucitado y nuestro corazón salta de alegría porque siente esta íntima consonancia, esta relación inquebrantable que se ha instaurado entre nosotros y Jesús resucitado, y que la Palabra de Dios proclamada continuamente despierta, como una poderosa corriente eléctrica, haciendo vibrar nuestro corazón por dentro.

Jesús está en nosotros cada vez que recibimos los sacramentos, cada vez que realizamos esos gestos y esas palabras sencillas en las que él se hace sentir vivo y resucitado.

Jesús está en el corazón de cada hombre que cree y que espera, está en el corazón de la humanidad, que le pertenece, en el corazón de su Iglesia. Jesús está donde se le celebra y se le ama; donde hay dos o tres reunidos en su nombre; está en los más pequeños, en los enfermos, en los presos, en los marginados, en el extranjero solo y sin recursos; en aquellos que se ven abandonados y desamparados, en los pueblos más pobres de la tierra, en las familias donde hay sufrimientos, rechazo, incapacidad de aguantarse, dolor. Jesús entra en cada sufrimiento y puede confortarlo y transformarlo con la fuerza de su Espíritu Santo.

Esto es lo que significa: «¡Hemos visto al Señor!».

Prevenir

Tenemos que esforzarnos, sobre todo, en prevenir que los jóvenes acaben en la cárcel. Para ello hay que hacer un esfuerzo en todos los ambientes para prevenir la delincuencia, eliminando sus causas; promoviendo leyes y actividades a favor del bien común; educando con nuestra presencia a niños, adolescentes y jóvenes. Y cuando conocemos a un joven que se ha desviado, antes de juzgarle y condenarle, busquemos el porqué de su conducta, intentemos revivir su historia: miseria económica y moral, falta de sentido en la vida, ignorancia, paro, amarga experiencia de la ley del más fuerte, una vida sin guía y desarraigada del entorno, etc. No podemos seguir viviendo en nuestro egoísmo individualista, indiferentes ante las dificultades de los demás, delegando siempre nuestros compromisos personales en los profesionales o en los políticos, etc.

Tenemos que salir de la tentación de considerar la caridad como algo ineficaz y contrario a un auténtico crecimiento social. Es una tentación más frecuente de lo que pensamos: en efecto, son muchas las personas que, cuando se les habla de la caridad, dicen que eso no fomenta la paz social, al contrario, favorece la pereza y la falta de compromiso: y así rechazan, a veces con ironía, este único medio de promoción social que va más allá de la mera venganza y autodefensa.

Profesión

El perfil ético dominante de la profesión autoriza y exige también una lectura religiosa o teológica de la misma. De ese modo podremos aclarar su sentido más profundo y comprender la razón del interés que la Iglesia tiene por ella. Por estar esencialmente orientada hacia el servicio, la profesión es, de hecho, una forma eminente de realizar la caridad cristiana, es decir, el fundamental mandamiento de Dios. Para el término «profesión», la etimología parece sugerir que su ejercicio es un modo privilegiado y público de realizar nuestra vocación, la respuesta personal a la Palabra o a la llamada de Dios, y de ese modo la razón última y verdadera de nuestra existencia en el tiempo. La Iglesia conoce también el término «profesión de fe», como testimonio público de los valores a los que se adhiere profundamente. La profesión resulta ser así el lugar propicio para cultivar no solamente una auténtica comunicación personal y social, sino una auténtica comunicación religiosa. Se intuye, además, que las dos clases de comunicación —social y religiosa— no se acercan simplemente de manera extrínseca, sino que se compenetran condicionándose mutuamente.

Providencia

Todos los acontecimientos tienen un significado, y puede que no podamos descubrir inmediata-

mente lo que significan, pero podemos aceptarlos sabiendo que ciertamente tienen este sentido: Dios me ama y me guía.

Reconocer que Dios me educa quiere decir reconciliarme conmigo mismo y con mi vida, con los dones que tengo y con los que no tengo, con los que querría tener, con aquello que he perdido y con el poco camino que quizá haya hecho. Reconciliarme con mi vida porque en ella Dios me está guiando, Dios continuamente recompone las situaciones erróneas, sean pequeñas o grandes. Por tanto, a pesar de mis negligencias, mi vida es llevada ante Dios y, en su plan de amor —dinámico y siempre renovado— toda mi historia tiene un sentido.

De la paz con nosotros mismos surge la paz con la Iglesia tal y como es, con las personas que me rodean, con la sociedad, con la historia: todo conduce al bien para aquellos que aman a Dios. La Escritura da testimonio de esta verdad; para los judíos tenía sentido el triunfo del reino de David y la decadencia de Salomón, tenía sentido la deportación y el hecho de vivir entre los paganos, y tenía sentido el regreso del exilio. Para mí tiene sentido esta vida con sus contradicciones y sus desgarros, con sus luces y sus sombras. Dios me conduce siempre hacia la purificación del corazón, la madurez de la fe, la semejanza con Cristo.

Proximidad

La relación entre personas es clara y decisiva, entre otras cosas porque está menos sujeta a

trampas. Surge espontáneamente de esa compasión que impulsa al buen samaritano a ocuparse del herido; desde el punto de vista teológico es la participación en la ternura de Dios por el hombre, es una sensación afectuosa e intensa que, así como ha llevado a Cristo hacia el hombre, del mismo modo nos lleva a cada uno hacia el hermano en el que descubrimos el misterio de la dignidad divina.

La relación personal es siempre privilegiada, y de alguna manera determinante. En esta relación es más difícil disimular, buscar coartadas, excusas, o atrincherarse detrás de las normas.

Las relaciones directas y personales siempre se han desarrollado en el ámbito de una relación social.

El samaritano, en efecto, necesita que la hospedería haga de marco a su acción caritativa. Necesita otras cosas para practicar su caridad: dinero (referencia al César), aceite y vino. Y el que elabora el aceite y el vino se hace próximo al herido. Hay toda una serie de relaciones que se redimen en la medida en que participan en la acción de la caridad. Por tanto, debemos afirmar claramente, contra toda frustración, contra toda huida, que el hacerse prójimo pasa por un camino largo, y entreteje una multitud de relaciones reales.

No todos serán necesariamente inmediatos: sin embargo, lo que cuenta es la intención de proximidad, la caridad original. Es por eso por lo que la justicia distributiva, con sus numerosos aparatos, se revela como un verdadero camino de la

caridad, un camino del que no se puede prescindir, aunque tenga que ser continuamente purificado en sus intenciones y modalidades.

Podríamos aplicar aquí, ampliando un poco las palabras del juicio final («¿Cuándo te hemos visto desnudo, hambriento, etc?»): «Pero si yo lo único que he hecho ha sido rellenar papeles, hacer certificados...». «No, tú me lo has hecho a mí.»

Purgatorio

El purgatorio es un espacio de vigilancia que se extiende de manera misericordiosa y misteriosa al tiempo después de la muerte; es una participación en la pasión de Cristo para la última purificación, que nos permitirá entrar con él en la gloria. La fe en el Dios que ha hecho suya nuestra historia es lo que nos hace creer también en una historia que aún es posible más allá de la muerte, para quien no ha crecido como debía en el conocimiento de Jesús.

La anticipación de este espacio es el tiempo dedicado al cuidado de la afinación del espíritu, que se alimenta de sobriedad, desapego, honradez intelectual, frecuentes exámenes de conciencia, transparencia del corazón, integración de la vida bajo la batuta de la sabiduría evangélica: y también de la ascesis y de la purificación necesarias para fortalecernos en la tentación, desatarnos de la inercia de nuestras culpas y librarnos de la opacidad de nuestros malos hábitos.

R

Recogimiento

Cuando quieras encontrar a Dios, «entra en tu habitación, cierra la puerta y ora a tu Padre, que está en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te premiará».

Jesús, con estas palabras sencillas, nos enseña un método: el secreto del recogimiento.

Muchas veces experimentamos que, para vivir momentos de verdadera oración, es necesario un clima determinado. Debemos retirarnos a nuestro cuarto, apartarnos, no hablar con nadie ni escuchar a nadie: en una palabra, recogernos.

Este término tiene un significado psicológico profundo, porque subraya que muchas veces nuestras fuerzas están dispersas. Hablamos, escuchamos, nos reímos, nos movemos, nos distraemos de mil maneras.

La espiritualidad oriental —incluso fuera de la tradición cristiana— ha tratado ampliamente el tema del recogimiento. La imagen que los orientales suelen utilizar para expresarlo es la del tigre o la de la pantera, que antes de lanzarse sobre la presa se retrae en sí misma para recoger el máximo de su fuerza.

Para encontrar a Dios, tenemos que retirar nues-

tras fuerzas dentro de nosotros y concentrarnos: sustraernos, por así decirlo, al exterior.

En efecto, concentrarse significa tener un único centro: si conseguimos ponernos así ante el Señor, se desprenderá de nosotros una capacidad increíble. Nos encontraremos incluso distintos, con una lucidez y una claridad que jamás habíamos experimentado, y comprenderemos mejor la pregunta: «¿Quién soy yo?».

Reconciliación

El cultivo de la vida espiritual nos hace estar atentos a los obstáculos pecaminosos que nosotros oponemos a la guía del Espíritu Santo. De ahí procede la actitud penitencial, que encuentra su sello y sustento en la celebración del sacramento de la penitencia.

Se dice que este sacramento está en crisis, porque está en crisis la conciencia de los valores morales y, por consiguiente, la conciencia de los pecados que niegan los valores morales.

Puede que haya que considerar también una perspectiva complementaria: estamos atravesando una peligrosa crisis de la conciencia moral, porque está en crisis la celebración del sacramento de la penitencia. En efecto, la percepción de nuestros pecados está relacionada con la percepción del bien que es violado por el pecado.

La percepción del bien, a su vez, sólo se produce en esa actitud espiritual rica y compleja, con

la que nosotros, a partir de la experiencia de los bienes parciales, provisionales, secundarios, nos abrimos al reconocimiento y a la acogida del Bien último y definitivo, que es el misterio de Dios. El Bien, por tanto, más que descrito y precisado, puede ser buscado, invocado, celebrado, acogido. En particular, el cristiano busca, celebra, acoge la revelación definitiva del Bien en Jesús, en su vida y en su pascua. También el descubrimiento, el reconocimiento, la superación de los pecados, aunque radiquen en actitudes que salen del interior del corazón, al final se producen en presencia de Jesús y se sellan en la celebración del amor misericordioso del Padre.

Por eso la tradición considera la celebración de este sacramento no solamente como un acontecimiento excepcional por culpas muy graves, que han producido una ruptura irreparable de la alianza, sino también como un gesto que se ha de repetir con frecuencia para tomar conciencia de nuestra cotidiana miseria ante Dios, para intuir la distancia entre nuestra vida y los ideales evangélicos, para experimentar la fuerza renovadora de la pascua, para disipar esa niebla interior que no nos permite descubrir y llevar a cabo las tareas que el evangelio nos encomienda.

Reino

El Reino de Dios es una pequeña semilla, que se coge y se siembra en el huerto. Es un poco de levadura que se esconde en la masa del mundo.

Sus características son las mismas de Jesús, y tienen que reflejarse en el discípulo y en la Iglesia que quiera dar testimonio de él. Pequeño e insignificante desde el punto de vista mundano, despreciable desde el punto de vista religioso, Jesús «se dejó crucificar en su débil naturaleza humana». Escondido en el sepulcro, hizo fermentar la tierra, la partió e hizo germinar en ella el gran árbol de la vida, que ahora se levanta hasta el cielo.

La forma en la que Jesús realiza el Reino es la de la solidaridad y la compasión, que lo lleva a padecer con nosotros nuestro mismo mal. Esta forma revela su identidad y la verdad misma de Dios: la misericordia.

¿Es éste el tiempo del Reino? La pregunta significa también: ¿qué sentido tiene esta historia nuestra, que parece siempre la misma? ¿Cuál es la salvación ofrecida a este mundo que está inmerso en el mal?

Jesús nos contesta. Y por primera vez nos dice: «No os toca a vosotros conocer los tiempos y los momentos que el Padre se ha reservado». Eso significa que los tiempos y las oportunidades del Reino están totalmente en manos de aquel del que nos podemos fiar, porque es nuestro Padre y Señor de lo creado. ¡El Reino de Dios es de Dios y no del hombre! Baste esto para librarnos de toda tensión, de todo miedo.

Dios está antes que este mundo y que esta historia; sólo él la conoce hasta el fondo y la conduce en beneficio de todos sus hijos, a los que ama infinitamente. Hay que abandonar la idea de un

tiempo o de un momento privilegiado en el que empieza el Reino o se acaba el mundo.

El único tiempo privilegiado es el que tenemos ahora: el momento presente, en el que estamos llamados a vivir como hijos y hermanos. El que sueña con otros tiempos, le quita a la fe cristiana su conexión con la realidad.

Religiones

Las religiones son una extraordinaria fuerza de paz. Cuando apuran su experiencia genuina, se revelan capaces de diálogo, de escucha mutua, capaces de favorecer la fraternidad entre los hombres y de contribuir a la superación de las barreras que los separan.

Como muestra la Sagrada Escritura en la historia de José, cuando los hijos de Jacob fueron encontrados y reconocidos como hermanos por aquel que habían pretendido matar, ya no quedaba sitio para el odio, sino para el arrepentimiento y el perdón. Cuando se toma verdaderamente conciencia de un Padre común, se ponen las premisas para un abrazo fraternal.

En los procesos de pacificación que están actualmente en marcha en distintas partes del mundo, las grandes religiones pueden y deben llevar a cabo una importante tarea: la de tender puentes entre las personas y entre los pueblos. Su fuerza es débil, no tiene nada que ver con la fuerza de las armas o de los sistemas económicos.

Es una fuerza que transforma al hombre desde dentro para convertirlo en imitador de Dios, justo y misericordioso. Una fuerza que no procede de los hombres, sino que viene de lo alto.

Las religiones, en su pobreza, tienen la riqueza de una aspiración universal. Precisamente por ser débiles, no tienen que inspirar miedo a nadie, sino poder hablar a todos con rostro y corazón de amigo. Su fuerza consiste en que ellas, si son fieles a su vocación original y a sus fundadores, están exentas de los grandes intereses que dominan las sociedades humanas. Su fuerza no viene del hombre, sino de Dios.

La tierra de los hombres, en la que vivimos, está llena de sufrimientos, injusticias, abusos. Es un espacio geográfico disputado, en el que las dificultades para la convivencia son muchas: políticas, étnicas, religiosas. Es un planeta que se está estropeando, cuyo equilibrio se ve cada vez más comprometido por el derroche de los recursos naturales y la contaminación. La tierra de los hombres es pesada, y parece velar la visión del cielo.

Ahora bien, es desde esta tierra envuelta en la niebla, de donde suben las invocaciones a Dios, y hacia ella baja un haz de luz procedente de lo alto.

Las religiones son estos haces de luz. Las religiones purifican la tierra, la hacen ser más ligera, más dulce, más habitable, proporcionan a los que tenían la cara marcada por la angustia, la neurosis y el luto, la fuerza de mirar hacia arriba y de esperar.

No podemos aprender a amar sin aprender a servir. Nuestro amor se marchita cuando está hecho sólo de palabras, de buenos propósitos, de impulsos mentales. Tienen que entrar en acción los brazos, tenemos que hacernos cargo de las necesidades concretas de quienes están a nuestro alrededor. No hay que ir tan lejos para realizar gestos extraordinarios de solidaridad, lo que tenemos que hacer es aprender, por así decirlo, a tejer, a remendar, es decir, a reparar continuamente y con amor todo lo que está roto, deshilachado, todas las necesidades que hay a nuestro alrededor, empezando por quienes están más cerca.

Éste es, para nosotros, el primer sentido de la palabra: «Repara mi casa». Actualmente, esta casa no es una iglesia en ruinas, como en tiempos de Francisco, sino la sociedad que se tiene que reparar empezando por sus realizaciones más sencillas, como son ante todo la familia, los amigos, la escuela, el lugar de trabajo o de ocio, la ciudad y la provincia.

¡En cambio, parece que lo único que queremos es destrozar, ensuciar, deteriorar, hacer un vandalismo fácil y desconsiderado, pensando que ya se encargarán otros de reparar, que los de la limpieza vendrán a limpiarlo todo, que habrá un servicio público o un dueño privado que pagará, que arreglará las cosas, que se hará cargo de lo que nosotros hemos tratado mal, hemos deteriorado, destruido!

Este uso despreocupado e irresponsable de la

casa de todos, es la primera causa de lo que padecemos y deploramos.

Reproche

Cuando amamos poco, no sabemos reprochar de verdad: nos quejamos, nos volvemos hirientes, castigamos con el silencio o con la recriminación hastiada o resignada. Pero el reproche directo, franco, concreto, no lo conseguimos porque nuestro corazón es débil, o porque está a su vez cargado por sentimientos de culpa.

En efecto, ¿cómo pueden los padres reprochar en serio a sus hijos cosas que ellos, en el fondo, son incapaces de evitar en su vida?

«Reprochar», por tanto, no es un simple echar en cara las culpas, como si nos descargáramos de un peso. El verbo griego utilizado en el Apocalipsis significa «confutar, refutar, mostrar la sinrazón».

Reprochar es desenmascarar las falsas certezas, desarmar las razones falsas, protestar contra las excusas inadecuadas que están detrás de las conductas erróneas. Todo esto es mucho más que la simple «regañina» con la que a menudo nos conformamos, lamentándonos luego de que no haya surtido efecto. Hace falta mucho amor, mucha inteligencia, y también mucha reflexión para llegar a hacer un reproche que tenga el calor y la fuerza persuasiva, y a la vez la humildad del reproche que le hizo el cardenal Federigo a don Abundio.

Resurrección

La resurrección de Cristo nos revela el sentido de toda la historia humana y de los acontecimientos que vivimos cada día; nos lo revela con la palabra de esperanza proclamada por Pedro en el discurso que narran los Hechos de los Apóstoles: «No era posible que la muerte le retuviera».

Esta palabra nos sorprende: ¿cómo que no era posible? Por desgracia, nosotros estamos acostumbrados a la realidad de que la muerte no solamente es posible, sino incluso inevitable, junto con todo lo que la muerte representa: tristeza, odio, guerra, destrucciones. Pero la proclamación de Pedro nos dice que el misterio de Dios en Cristo resucitado es la victoria sobre la muerte, y sobre todo aquello que en nuestra existencia nos recuerda su sentido y su tristeza.

La resurrección de Cristo nos revela la dirección de la realidad humana que tiende hacia la vida y, en cada uno de nosotros, hacia la expresión plena de nuestra libertad.

La resurrección de Cristo restaura nuestra libertad, cura sus ilusiones, le asigna en la historia unas metas auténticas y constructivas. Nos predispone a colaborar con el amor de Dios que da vida a todo, en la humilde y laboriosa espera de esa resurrección de todo el ser humano y del universo entero, que ya ha empezado en la resurrección de Cristo, pero que llegará a su plenitud y a su luminosa manifestación cuando y como quiera el Padre.

Revelación

La revelación divina, que se ha realizado en Jesús, nos dice qué es lo que Dios —como *Dominus historiae*— ha querido, quiere y querrá realmente hacer en la historia: Dios ha querido, ante todo y sobre todo, que uno de los acontecimientos de la historia, es decir, la vida de Jesús, fuera la manifestación plena de su amor, la historia de una libertad verdadera y plenamente humana, que se deja llenar de Dios con una total obediencia filial, y llena de sí el universo, atrayendo a todas las criaturas hacia la unidad: «Y yo una vez que haya sido elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí»; «Jesús iba a morir... para conseguir la unión de todos los hijos de Dios que estaban dispersos».

La historia humana de Jesús no solamente está llena de Dios y nos llena de Dios, sino que es una prueba tan intensa del amor de Dios por la humanidad, que constituye realmente una sola cosa con el mismo Dios, ya que es la historia humana del Hijo eterno de Dios. Una historia que culmina en la pascua, cuando Jesús, con su muerte y resurrección, revela hasta qué punto está dispuesto a hacer la voluntad del Padre y hasta qué punto el amor del Padre es capaz de comunicar vida, alegría y paz a toda la humanidad.

Rito

Las actitudes del hombre hacia Dios tienen que renacer continuamente de la libertad del hombre;

pero son tan importantes que no se pueden dejar a la improvisación momentánea o a una total espontaneidad.

En esto nos ayudan las tradiciones religiosas propias de cada civilización, las formas de celebración del misterio que implican también la corporeidad, los ritos que expresan de manera variada las distintas sensibilidades culturales. Estos hechos dan una cierta consistencia y estabilidad a las expresiones religiosas con las que el hombre manifiesta el sentido de toda su existencia.

El rito plasma los gestos religiosos; éstos, a su vez, expresan, de una forma más explícita, esa general actitud a celebrar el misterio de Dios, que embarga toda la existencia.

Lamentablemente, estas conexiones pueden ser alteradas: el rito se puede convertir en un ritualismo externo, meramente formal, que genera unos gestos religiosos separados de la vida e incapaces de expresar la orientación religiosa de la existencia.

Estos riesgos, sin embargo, no tienen que desacreditar de forma generalizada la dimensión de rito y celebración del hombre.

En sus formas auténticas, es un aspecto fundamental de nuestro ser, porque nos ayuda a dar una consistencia explícita y una relevancia histórica a esa perenne e íntima apertura hacia el misterio que está presente en las profundidades de la persona y vivifica las relaciones del hombre con las demás personas y con las cosas.

S

Sacrificio

San Agustín define como sacrificio cristiano cualquier acto que se realiza para entrar en filial comunicación de amor con Dios: el sacrificio es, por tanto, un pascua, la entrada en la tierra divina.

Lo que cuenta, en el concepto agustiniano —que es propio de toda la patrística—, no es la acción sino el fin de la misma. También el sacrificio es, entonces, una gracia del Espíritu Santo, que suscita en el hombre redimido, a partir del espíritu de fe, el de sacrificio.

En otras palabras, podemos decir que el sacrificio, entendido en un sentido objetivo, es el hombre mismo que, movido por el amor, pasa del cuidado de las cosas a la dedicación única de su existencia a Dios, dando a su vida el significado de un acto de amor; he ahí el sacrificio por excelencia.

Pero hay más: para llamarlo cristiano, hay que llegar hasta el final de la reflexión, es decir, hasta el sacrificio fundamental, principal, el del Calvario, en el que Cristo se ofrece a llevar a toda la Iglesia, su esposa, a la gloria del Padre en la resurrección.

Por tanto, toda nuestra vida, como sacrificio cristiano, está relacionada con la eucaristía que, a su vez, está vinculada a la cruz, sacrificio perfecto,

entrega total de Cristo-hombre a la voluntad y al amor del Padre, y capaz de atraer hacia sí a la humanidad entera.

¿Cómo practicamos el sacrificio en nuestra vida diaria? Mediante la «correcta orientación del corazón», que antaño se llamaba la recta intención: en ella se resume la ascesis cristiana. El hombre que ha centrado toda su existencia en el propósito de querer agradar sólo a Dios, entra en el sacrificio de Cristo y, por tanto, en el Reino del Padre; participa en la plenitud de Dios y hace participar en ella la realidad que él santifica con la correcta orientación del corazón.

Sagrada Escritura

Hablando de adhesión a la Palabra de Dios, no se puede negar un puesto privilegiado a la palabra escrita, sobre todo hoy que la gente ha alcanzado un grado de cultura que le permite acercarse a ella. En una civilización «del libro», como es la nuestra, la Escritura se convierte en un instrumento actualísimo para acercarnos a la Palabra de Dios en general, un instrumento necesario para alimentar nuestra fe.

Habrá que completar el acercamiento personal a la Escritura con la predicación, el magisterio, la liturgia, la tradición entendida en el sentido más amplio.

El cristiano maduro es un creyente que vive la vida de la liturgia, y por tanto, en la liturgia es guia-

do por las lecturas y la homilía. Es un creyente que vive una iniciación catequética global y ordenada del misterio cristiano. Es un creyente que se deja instruir por los documentos del magisterio, que van aplicando, a tal o cual momento de la vida cristiana, las grandes realidades de la Palabra. Por tanto, si el cristiano maduro vive esta plenitud, puede acceder con toda tranquilidad a la complejidad de la Escritura, porque instintivamente sabrá situarla dentro del marco de la propuesta de la Palabra que nos viene de la Iglesia en su conjunto.

El nuevo leccionario nos ofrece una ayuda extraordinaria. Si seguimos con atención el festivo, en su ciclo trienal; y si procuramos mantener una relación diaria con el ferial, podemos ir asimilando poco a poco, según las diversidades de los tiempos litúrgicos, el plan de Dios tal y como la Escritura nos lo manifiesta, llegando a tener una familiaridad con la Palabra, alimento de nuestra fe.

Seguimiento

«Ven y sígueme.» Son las últimas palabras de Jesús al joven rico.

Estas palabras expresan la novedad del evangelio. Son la proclamación del primer mandamiento de la ley: «Escucha Israel, el Señor nuestro Dios es el único Señor. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón», etc. Amar al Señor —el único bueno— consiste en concreto en ir hacia Jesús y seguirle.

Después de desprenderse de lo que le aleja de Jesús y le separa de los hermanos, el discípulo está llamado a acercarse a él y seguirle. Puede hacerlo porque ha descubierto el tesoro, y su corazón está donde está su tesoro. Para él, «la vida es Cristo», y le mueve un único deseo, principio y fin de su camino: estar «con él».

Por eso Jesús reunió a los Doce. «Estar con» Jesús, el Hijo, constituye para nosotros la meta final para la que hemos sido creados: de él tomamos nuestra verdadera identidad, recuperamos nuestro rostro de hijos, hechos a imagen y semejanza de Dios.

Estar con Jesús implica una unión personal con él que constituye la vida del discípulo, y que en el evangelio se expresa de distintas maneras. En primer lugar, con nuestros ojos (la fe), que le contemplan, dejándole entrar en nosotros y atrayéndonos hacia él. Después con los pies (la esperanza), que se ponen a caminar para llegar hasta aquel que nos ha robado el corazón. Finalmente con las manos (la caridad), que lo tocan, para curarnos de todo el mal que nos ha ocasionado su ausencia.

Nuestro ir hacia Jesús y seguirle es una respuesta a su mirada: «Lo miró y lo amó». Ésta es la fuente de nuestro deseo de él, que no cesará jamás.

Sentido

El hombre es un ser que camina y necesita un sentido: hasta que no lo encuentra, está triste,

aburrido, nervioso, enfadado consigo mismo y con los demás.

El hombre se pregunta por el sentido del progreso económico e industrial que hemos vivido, y por el de la actual crisis que curiosamente parece desmentir la confianza que habíamos depositado en el progreso industrial. ¿Para qué, entonces, esforzarse por acumular riquezas que producirán nueva inflación, nuevos pobres, nuevas crisis? ¿Para qué confiar en los demás, si luego hay tanta gente que falta a esa confianza? ¿Qué sentido tiene la fidelidad? Por una parte, parece que tiene sentido, porque si no hay fidelidad tampoco hay relación: por otra, cada vez se hace más frecuente la falta de fidelidad a la palabra dada, o en el matrimonio, o en la administración pública de los bienes. El hombre advierte esta terrible contradicción y busca una hipótesis más amplia, que asuma las contradicciones de la historia, pero que le permita al mismo tiempo comprenderlas.

El hombre no se resigna a la posibilidad de ser alcanzado personalmente por la enfermedad, precisamente cuando más necesita tener salud: no se resigna a la muerte, que ve cómo se lleva a otras personas, a veces jóvenes, con familiares a su cargo, etc.

El hombre se pregunta cuál es el sentido de todo este dolor, cuál es el sentido de la vida: puede que lo que busca no sea siempre un sentido religioso, pero de cualquier forma es muy importante acompañar a este hombre en su búsqueda de un sentido, hacer camino con él.

Seriedad

La misión y la caridad nos dicen que la vida cristiana es una cosa muy seria.

El Dios al que nos abre la dimensión contemplativa de la vida; el Dios que nos habla en Jesús y en la Escritura; el Dios al que Jesús nos une, atrayéndonos a sí en la eucaristía, es un Dios que nos ama de una forma extremadamente seria.

El amor de Dios es serio, porque respetó nuestra libertad y corrió un riesgo fiándose de ella. Corrió el riesgo de que dijera que no, condenándose a la ruina y al fracaso. Es serio, porque nos puso en guardia contra ese peligro, hablándonos de él abiertamente, advirtiéndonos de la condenación irreparable a la que estábamos abocados, si nos obstinábamos en rechazar el amor.

Es serio, porque, cuando el hombre efectivamente dijo que no con el pecado, Jesús se acercó al hombre pecador, tomó sobre sí el drama de su pecado y de su muerte, se convirtió en amor maltratado y crucificado, para liberar al hombre del pecado y devolverle la posibilidad de decir que sí al amor y dar testimonio del amor entre los hermanos.

La contemplación, la escucha de la Palabra, la eucaristía, no alcanzan su valor pleno si no nos llevan a descubrir la seriedad de nuestras opciones libres, el drama irreparable de nuestro rechazo, el amor de Dios que perdona incluso el pecado y nos confía de nuevo la tarea de amar.

Ligada a Cristo y a su amor, a su iniciativa de caridad misericordiosa, la comunidad cristiana no puede dejar al pueblo a merced de sus necesidades, tiene que esforzarse por hacerse de algún modo presente, continuando la obra del Maestro.

No podemos decir: «¡Que se las apañe!». Tenemos la obligación de servir a la gente. A este servicio la Iglesia no puede sustraerse, como tampoco puede sustraerse a la fatiga y a los riesgos del diálogo con la sociedad, encerrándose en su vida eclesial y dejando que la historia vaya por su cuenta.

El ministerio de la comunidad cristiana consiste, por tanto, en unificar la Palabra de Dios y la historia. La Iglesia, sabiendo que la vida divina ha sido concedida al hombre por amor, no puede interpretar el presente únicamente a la luz de las ciencias humanas, por muy importantes que sean; vive y sirve plenamente este presente reconociendo en él los signos de la presencia de Dios.

El «Dadles vosotros de comer» nos apremia en nuestra historia de Iglesia y nos compromete a mostrar cómo en toda realidad humana vibra una tensión hacia un misterio más grande. Aquí la obediencia de la Iglesia a la Palabra se transforma en un servicio cultural, dirigido a encontrar soluciones e introducir en ellas fermentos que ayuden a vivir la gozosa riqueza del amor divino. Y entonces el «Dadles vosotros de comer» entronca igualmente con las situaciones de miseria y pobreza, con los proyectos y las exigencias de los humanos, para

inventar la misión pastoral de la Iglesia y orientar hacia la promoción total de la persona.

Signos

«Expulsarán demonios en mi nombre, hablarán en lenguas nuevas, agarrarán serpientes con sus manos y, aunque beban veneno, no les hará daño; impondrán las manos a los enfermos y éstos se curarán.»

Las «señales que acompañarán a los que crean» no son directamente religiosas (ir a la iglesia, rezar), son signos civiles, humanos, sociales, que se refieren al conjunto de la vida como elección no violenta. Expresan la capacidad de afrontar realidades adversas superándolas de una manera inofensiva, sin polémicas, en una paz total, en una paz inerme.

Por eso son un formidable signo de nuestro tiempo las vocaciones a ser creadores de paz, a elegir la mansedumbre evangélica, a no devolver mal por mal, a no ofender a quien nos ofende o podría ofendernos.

Es la nueva vida en Cristo, el testimonio de que Jesús es Señor de la historia y produce una nueva generación de hombres y mujeres cuya característica es la paz, la capacidad de perdón —empezando por las circunstancias más pequeñas de la vida— y no la agresividad y la polémica. Son las señales de una profecía de paz, de una actitud que neutraliza las guerras; son las señales de una

profecía del desarme, que muestra la inutilidad de las armas; son las señales de una confianza en la fuerza de una verdad pacificadora y no beligerante, de unos corazones curados de los venenos de la violencia.

Por tanto, nosotros, aunque tengamos que reconocer que no sabemos agarrar las serpientes con nuestras manos ni tenemos el valor de tomar el veneno, sabemos que hemos sido fortalecidos por la indefensión de Cristo, por el poder de su cruz.

Silencio

Si en principio era la Palabra, y de la Palabra de Dios, venida a nosotros, ha empezado a hacerse realidad nuestra redención, está claro que por nuestra parte, al comienzo de cada historia personal de salvación tiene que haber silencio: el silencio que escucha, que acoge, que se deja vivificar. Claro que a la Palabra que se manifiesta tendrán que corresponder luego nuestras palabras de agradecimiento, de adoración, de súplica; pero antes está el silencio.

Si, como ocurrió con Zacarías, padre de Juan el Bautista, el segundo milagro del Verbo de Dios es el de hacer hablar a los mudos —es decir, desatar la lengua del hombre terrenal, que está encerrado en sí mismo, y hacerle cantar las maravillas del Señor—, el primero es el de hacer enmudecer al hombre charlatán y disperso.

«La Palabra acalló mis chácharas»: así es como Clemente Rebora, poeta milanés de nuestros tiempos, de espíritu noble, describe con claridad y rudeza los comienzos de su conversión. Es más, podemos decir que la capacidad de vivir un poco del silencio interior distingue al verdadero creyente y lo arranca del mundo de la incredulidad. El hombre que ha desterrado de sus pensamientos, siguiendo los dictámenes de la cultura dominante, al Dios vivo que llena cada espacio de sí, no puede soportar el silencio. Para él, que cree que está viviendo al borde de la nada, el silencio es el signo terrorífico del vacío. En cambio, el hombre «nuevo» —que ha recibido de la fe un ojo penetrante que ve más allá de la escena, y que ha recibido de la caridad un corazón capaz de amar al Invisible— sabe que el vacío no existe, y que la nada es eternamente vencida por la divina Infinitud; sabe que el universo está poblado de criaturas gozosas; sabe que es espectador, y ya de algún modo partícipe, del júbilo cósmico, reflejo del misterio de luz, amor y felicidad que sustenta la vida inagotable del Dios Trino.

Por eso el hombre nuevo, como el Señor Jesús que al amanecer subía hasta la cima de la montaña, aspira a reservarse algún espacio libre de todo ruido alienante, donde pueda tender el oído y percibir algo de la fiesta eterna y de la voz del Padre.

Símbolos

Es algo que experimentamos a menudo: a veces las palabras no bastan para expresar la riqueza de nuestros sentimientos. Entonces recurrimos, por ejemplo, a gestos, a signos, a símbolos que nos ayudan a comunicar aquello que las palabras son incapaces de manifestar.

Cada don, por ejemplo, es guiado por esta comunicación que no es meramente verbal sino simbólica, es decir, por la capacidad de establecer una comunicación más rica que las palabras. De hecho, los símbolos nos dicen más cosas, nos abren —más allá de los significados inmediatos y literales— a ulteriores valores comunicativos.

Por eso la comunicación simbólica es una gran riqueza humana a la que, desde siempre, el hombre ha recurrido.

No es carente de sentido el hecho de que precisamente los acontecimientos decisivos de la existencia hayan sido, en todas las culturas, acompañados por lenguajes y gestos simbólicos: el nacimiento, la muerte, la elección de vida, la comida, el hogar. Todos estos acontecimientos y lugares, muy por encima de su funcionalidad y de su significado inmediato, encierran un valor simbólico sin el cual nuestra existencia sería verdaderamente insignificante. Es aquí donde interviene el arte —sobre todo el arte sacro—, que se encarga de interpretar estas dimensiones simbólicas de la vida, de *proponerlas*, de *hacerlas vibrar*, de ahondar en ellas.

Por eso la calidad humana de nuestra comuni-

cación no puede estar sin los símbolos; pero tampoco la calidad de nuestra experiencia de fe puede prescindir de esa peculiar forma de comunicación. Además, no hay ninguna tradición religiosa que no haya recurrido a este tipo de comunicación.

Pero aún hay más: el tiempo es un aspecto absolutamente invasor de la vida: ¿podemos simplemente reducirlo a una dimensión cuantitativa, al transcurso inexorable de años, meses, días y horas? ¿Por qué la Iglesia no renuncia a tener un calendario propio, marcado no por los ritmos siempre idénticos de las estaciones, sino por una historia, por un camino hacia la meta (y no hacia el fin)? El tiempo, sin densidad simbólica, ¿acaso no sería una insoportable condena?

Soledad

Entiendo por soledad la situación de todos aquellos que están privados de la ayuda y la compañía que de algún modo necesitan, y que debido a eso se encuentran en un estado de postración, de sufrimiento, a veces de desesperación.

Está la soledad de los ancianos, que viven solos en su casa (¡cuántos hay en nuestra ciudad!), o que están solos, uno al lado del otro, en los asilos: unos ancianos que casi siempre están enfermos, o tienen achaques que no les permiten cuidar convenientemente de sí mismos. Está la soledad de muchos enfermos que no se sienten adecuadamente asistidos por las estructuras públicas, que

tienen que guardar colas agotadoras para recibir los cuidados que les corresponden, que no sienten a su alrededor —incluso cuando reciben los indispensables cuidados físicos— ese cariño y esa dulzura que tanto necesitarían en su sufrimiento.

Está la soledad de los minusválidos, sobre todo de los disminuidos psíquicos, de los enfermos mentales y de sus familias.

También está la soledad de los presos, de los que están en espera de juicio, expuestos cada día a unas tensiones agotadoras; la soledad y las penalidades de quienes, por diversos motivos, trabajan en la cárcel.

Y la soledad de los extranjeros anónimos que viven, por decenas de miles, al margen de la legalidad, sin protección ni trabajo fijo.

Y, finalmente, están esas soledades que se crean en el seno mismo de las familias y de las comunidades, debido a la incomprensión y a la falta de diálogo. ¡Hay tantas lágrimas amargas que nadie conoce!

Solidaridad

En una primerísima aproximación, podríamos decir que ser solidarios significa estar dispuestos a reconocer al otro —incluso al que parece extraño y no es próximo— como alguien que me atañe a mí. Así entendida, la solidaridad expresa un rostro muy peculiar de la caridad: el rostro que ésta toma cuando es vivida dentro del marco de una relación de interdependencia material entre los hombres.

En este contexto, de mis comportamientos depende la situación del otro, y de los suyos mi situación, independientemente de nuestras intenciones. En semejante circunstancia, la solidaridad tiene la misión de transformar la interdependencia material, que es objetiva y casi mecánica, en proximidad humana. O, mejor dicho, la solidaridad nos lleva a reconocer, en la necesidad física de tener que remitirnos al otro y a sus comportamientos y de tener que depender materialmente de él, el signo de una fraternidad innata entre los hombres.

Actualmente, las relaciones de interdependencia material entre los individuos y los distintos grupos humanos se van haciendo cada vez más densas e intrincadas. Ahora bien, es precisamente la intensificación y complicación de la red de relaciones sociales lo que hace más urgente la tarea de la solidaridad.

T

Talentos

El término «talentos» se repite con insistencia en la literatura psicológica y pedagógica, para indicar los dones naturales innatos que debemos desarrollar y, a veces, también en el campo social y económico, como referencia a los recursos de que disponemos y que debemos aprovechar y multiplicar.

En la parábola evangélica, el talento aparece no como cualidad innata o recurso de posesión personal, sino como don recibido o como responsabilidad.

El hecho de que se trate para todos de «dones» y no de posesión, hace ser humildes y atentos a quienes los reciben, y no les induce a sobreponerse a los demás. A pesar de que la parábola no desarrolla de manera explícita este aspecto, aquí ya tenemos una raíz de solidaridad.

Los talentos no se reparten de manera mecánica y meramente igualitaria. A uno se le dan cinco, a otro dos, y a otro uno.

La aparente desigualdad es, de hecho, una proporcionalidad que respeta la capacidad de cada uno, que hace que cada uno se sienta cómodo, que da a cada uno la posibilidad y la alegría de

responder verdaderamente a las expectativas que están depositadas en él.

Por tanto, estamos ante una igualdad real, que quiere el verdadero bien y el desarrollo verdadero de cada persona, cada uno según su vocación. Es una sabia igualdad de proporción.

También resulta curiosa, en la parábola, la desproporción entre el talento y el resultado, y entre los distintos esfuerzos y el único resultado final. Al que ha sido fiel en lo poco, se le da mucho, es más, muchísimo: es la misma participación en el gozo del Señor, por tanto, es un salto cualitativo imprevisible e impresionante; no se trata de un favor, o de una gracia, o de un premio que se obtiene a cambio, sino de toda la persona.

Tampoco guarda proporción el resultado del que ha conseguido diez y el del que ha conseguido cuatro: ambos participan en el mismo salto cualitativo existencial, entran en el gozo del Señor.

El fruto de negociar con los talentos no es una ganancia cuantitativa, es el desarrollo de toda la personalidad, que alcanza así su inesperada, total y gratificante realización.

Templo

Hay un «santuario viviente» no estático, que camina a lo largo de la historia: es el pueblo de los creyentes.

Para san Pablo la Iglesia es como una casa rica

en carismas y en dones variados, algunos espectaculares, otros humildes, a los que compara con vasijas. Hay cálices de oro y plata, recipientes de madera y de arcilla, ánforas que resisten al tiempo y otras que fácilmente se hacen pedazos. Esta casa tan variada es un pueblo que camina. La Iglesia no es simplemente una sociedad, y mucho menos una secta o un partido; es el lugar donde Dios está presente, porque unos cuantos se han reunido en su nombre: «Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos».

La Iglesia es ante todo un conjunto de personas que se unen entre sí y con Dios en Cristo Jesús.

La opción por Jesús, la voluntad de ser una sola cosa con él, su ser en nosotros, es el verdadero templo que abraza la historia y el universo entero, es la *casa de la humanidad*, la *catedral luminosa* que recorre los siglos y los lleva a su plenitud.

La catedral está allí donde resuena la Palabra divina, donde la escuchamos como voz que dice palabras definitivas y justas, donde nos ponemos en camino para seguir la Palabra, donde acogemos en plenitud el don de la vida que no muere. Cristo es el centro de esta catedral, su sentido fundamental y último.

Ternura

La ternura es un amor respetuoso, delicado, concreto, atento, festivo. La ternura es un amor

sensible, abierto a la reciprocidad: un amor que no es ávido, ni codicioso, ni pretencioso, ni posesivo; su fuerza es su debilidad, es eficaz y victorioso, desarmado y que desarma a la vez.

La verdad es que estamos poniendo adjetivos uno detrás de otro, porque nos damos cuenta de que es difícil definir la ternura, a pesar de que intuimos lo que es y sabemos que es importante, que es un poco el ingrediente de toda la comunicación humana. Si la idea que tenemos de Dios es la de un Dios violento que impone su voluntad como ley inexorable, jamás podremos comprender la ternura y mucho menos vivirla, tanto en nuestra relación con Dios como en nuestra relación con los otros, ni podremos entender a las personas en las que más resplandece la ternura de Dios, como María, Jesús, los niños.

La ternura necesita una disciplina, incluso física: disciplina de los ojos, del corazón, renuncia a la avidez sensual.

Para llegar a la ternura hay que tener el valor de dar pequeños pasos y de hacer pequeñas muestras de afecto (una sonrisa, una palabra, un «gracias», una felicitación en el momento adecuado, una frase como: «aquí tienes el periódico... te hago un café... te dejo el programa de la tele...»). Es la sabiduría de los gestos discretos que constituyen el tejido de la vida diaria; el valor de adelantarnos con un gesto cariñoso, que siempre constituye un pequeño riesgo, porque no sabemos si encontrará como respuesta nerviosismo o agradecimiento.

La ternura requiere la contemplación, el silencio,

que son experiencias del respeto hacia Dios, y del respeto hacia el hombre, la naturaleza y las cosas. De esta contemplación se alimenta la ternura.

Tiempo

«Él guarda tus idas y venidas, ahora y por siempre.» El Dios de la Biblia cuida el tiempo del hombre y vela por nosotros a lo largo de los acontecimientos humanos: «Y como velé sobre ellos para arrancar y arrasar, para derribar y destruir y para acarrear calamidades, así velaré sobre ellos para edificar y plantar». Cada fragmento del tiempo es custodiado y velado por la fidelidad de su amor.

La vigilancia de Dios sobre el tiempo, su ser guardián del tiempo, le confiere a éste una dignidad y un valor indecibles. El tiempo del hombre es el séptimo día de Dios, que el relato de la creación proclama santo: «Bendijo Dios el día séptimo y lo consagró». ¡Es el tiempo del Padre que vela esperando el regreso del hijo que se ha alejado, para que no se sienta definitivamente perdido! El tiempo no es entonces un espacio vacío, un lugar neutro, sino una participación en la vida divina, algo que procede de Dios, algo en lo que Dios se hace presente y que está abierto a Dios en cada instante; algo que refleja la procedencia, la presencia y el porvenir del Amor eterno.

El tiempo viene de la Trinidad, ha sido creado con la creación del mundo; se desarrolla en el seno de la Trinidad, porque todo cuanto existe, en Dios existe: en él vivimos, nos movemos y existi-

mos; está destinado a la gloria de la Trinidad, cuando todo sea recapitulado en el Hijo y entregado al Padre, para que sea todo en todos. Vivir seriamente el tiempo significa, por tanto, vivir en la Trinidad; intentar evadirse del tiempo es huir del regazo divino que nos envuelve. El cristianismo no es la religión que nos salva del tiempo y de la historia, es la que salva el tiempo y la historia.

Tierra

Al parecer, el versículo del Génesis: «Llenad la tierra y sometedla; dominad sobre los peces del mar, las aves del cielo y todos los animales que se mueven por la tierra» ha sido interpretado como permiso y licencia para tener el poder absoluto sobre la naturaleza.

Esto, sin embargo, es totalmente inaceptable desde el punto de vista histórico. Si comparamos épocas, nos daremos cuenta de que una explotación de la naturaleza como la que se produce en nuestros días, siempre coincide con períodos en los que nos hemos alejado mucho de la fe cristiana y hemos adquirido conceptos racionalistas e inmanentes del cosmos. Pero también es importante subrayar que la acusación ignora el verdadero sentido del versículo del Génesis, que pretende expresar —y a la vez interpretar— la experiencia, sorprendente y grata, que el hombre hace de las maravillas de la creación, al tiempo que advierte su fragilidad; la Palabra de Dios tiene, por tanto, el

sentido de la bendición, no solamente el del mandato. Nos quiere decir que la tierra es un don y que hay que guardarla y cultivarla con amor y gratitud.

Leído correctamente, el texto bíblico llama la atención del cristiano y de todo hombre sobre una exigencia fácilmente olvidada: la tierra, mucho más que un repertorio de recursos de los que podemos disponer ad líbitum, es un lugar en el que el hombre percibe la experiencia de la vida como don. La tierra viene al encuentro del hombre mucho antes que el hombre sepa querer a la vida y sepa lo que es la vida; nos viene al encuentro como don de un Dios creador, dándonos la certeza de que este Dios también cuida de nosotros.

Trabajo

Las investigaciones sociológicas confirman una impresión que está muy extendida. Existen —sobre todo entre los jóvenes— ciertas formas de indiferencia al trabajo. Es un hecho que hay que saber interpretar. En la mayoría de los casos, expresa un rechazo, no tanto del trabajo en sí, cuanto de un determinado modo de trabajar, que no parece tener un sentido razonable.

Es un rechazo que lleva implícita la exigencia de que el trabajo en el que uno gasta materialmente una parte importante de su tiempo, sea «cualitativamente» satisfactorio, es decir, se ajuste a esas motivaciones que justifican el esfuerzo de una vida.

Por tanto, se trata de una exigencia ética, si por ética se entiende lo que atañe a las razones profundas de la vida y a las formas concretas de realizarlas.

Hay muchos signos que confirman esta interpretación: por ejemplo, el creciente interés por el trabajo voluntario, un trabajo en el que la remuneración económica, el prestigio social, la seguridad material, dejan sitio a unas motivaciones que no solamente no son materialistas sino que son específicamente éticas: la solidaridad con los más débiles, los más desfavorecidos, los indefensos.

«El que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mí, la conservará.» Estas palabras, antes de estar escritas en el evangelio, lo están ya, de alguna manera, en el corazón de cada hombre.

Paradójicamente —nos lo recuerdan las palabras evangélicas y nos lo confirma la experiencia de siempre— el hombre se encuentra a sí mismo y consigue vencer la inquietud y la ansiedad que le oprimen, cuando se olvida de sí mismo, cuando sitúa fuera de él —y, por tanto, no en la búsqueda exclusiva de su propio provecho— la razón de sus opciones.

Cuando parece que la vida está perdida porque ha sido libremente entregada —en la ayuda y en el servicio al prójimo— es en cambio cuando se gana.

Éste, que es un criterio ético supremo, es también el que decide acerca de la «calidad» de la vida individual y colectiva.

Actualmente, el trabajo ofrece una aportación

decisiva a esta calidad de vida: para bien o para mal.

Tradición

Existe un fenómeno amplio que recoge en unidad orgánica las palabras, los gestos, los comportamientos espirituales, las intervenciones dogmáticas y pastorales con las que toda la comunidad cristiana, asistida (aunque ya no inspirada, como ocurría con los profetas y los apóstoles) por el Espíritu Santo, y en la escucha constante de la enseñanza de los apóstoles, partiendo de la Escritura y valiéndose de los distintos ministerios —entre ellos destaca el magisterio jerárquico— acoge a lo largo de los siglos la Palabra de Dios, la palabra de la cruz, la palabra profética y apostólica oral y escrita, la actualiza, ora con ella, la defiende de las falsas interpretaciones, la mantiene viva y eficaz dentro de las situaciones humanas que se van sucediendo, la proclama y la hace presente en cada época.

Este fenómeno complejo —difícil de definir en su conjunto—, esta matriz siempre viva, es la llamada Tradición.

La Tradición designa el contexto vital en el que la Palabra de Dios es transmitida de una generación cristiana a otra. Y es precisamente este contexto vital el que ayuda a cada creyente y a las distintas comunidades a acercarse a la Sagrada Escritura de forma que, por un lado, esté libre de errores y deformaciones y, por el otro, sea rico,

fecundo, sonoro, capaz de sugerir los caminos concretos mediante los cuales Jesús, Palabra viva de Dios, a través de la eucaristía, la Biblia y la predicación de la Iglesia, hace que cada hombre se convierta en Palabra de Dios —kerigma— para su entorno y para su época.

U

Últimos

La atención a los últimos se basa en motivaciones obvias e inmediatas. Son los más necesitados, los más marginados, los que están al límite de la resistencia: hay que actuar con carácter de urgencia, con absoluta prioridad.

En realidad, la atención general se centra en las necesidades generales. Los últimos son tales no solamente por la situación en la que se encuentran, sino también porque no consiguen hacer que les escuchen, no logran llamar la atención.

Entonces es importante que la caridad intervenga. Los últimos tienen prioridad porque son aquellos que Jesús ha amado más; los que más necesitan la esperanza que procede del amor pascual. En ellos la pascua revela con más claridad su capacidad de ser una victoria definitiva precisamente sobre los males más irreparables.

A ellos es a quienes hay que decirles, de una manera especial, que Cristo está cerca; que también en su situación puede nacer un germen de amor. Hay que darles urgentemente la certeza de que, si consiguen creer en el amor y vivir en el amor, han encontrado la salvación.

Insisto en la importancia de que el acercamiento a los últimos se tiene que vivir en una perspectiva

de fe: la caridad del que se acerca a ellos tiene que estar arraigada, mediante la fe, en el amor pascual de Jesús. De lo contrario, se corre el riesgo de llegar a enfatizar sentimental o ideológicamente a los últimos, cayendo en una extraña contradicción: por un lado, en nombre del evangelio, se pretende sacar a los últimos de su situación de pobreza; por el otro, se declara que su situación les permite estar más cerca del evangelio.

Unidad planetaria

Pese a todos los obstáculos que podamos encontrar, y a las dificultades del camino, sabemos que la unidad cósmica, planetaria, social, económica, cultural, civil, política y religiosa, la quiere Dios porque Cristo es el centro del cosmos, y todo lo atrae hacia sí.

No podemos querer regresar a Egipto. El país al que debemos ir —la unidad planetaria que nos atrae— es «una tierra muy buena. El Señor está de nuestra parte; él nos hará entrar en ella y nos la dará; es una tierra que mana leche y miel. No os rebeléis contra el Señor ni temáis a los habitantes de esa tierra».

Por encima de nuestras divisiones y de nuestros miedos, está la esperanza profunda en Cristo, centro del universo, en el que todo converge misteriosamente, aunque dicha convergencia necesite tiempo.

No se trata sólo de una esperanza, aunque ésta

sea formidable porque es una esperanza teológica; se trata de una experiencia.

A lo largo de la historia, hay momentos excepcionales en los que, a pesar de las diferencias teológicas, lingüísticas, culturales y sociales, se constatan extraordinarias experiencias de unidad.

Esta unidad es el Espíritu Santo que ha sido derramado en los corazones, es la gracia del Espíritu que lo penetra todo y que, a veces, se manifiesta incluso entre las piedras y los espinos.

En estas experiencias de unidad, que llenan de gozo y de certeza, uno se da cuenta de que el misterio de Dios que me mueve a mí, es el mismo misterio que mueve al que está lejos de mí.

Es el Espíritu el que hace la unidad mística, espiritual, aquella que ante todo atañe y corresponde teológicamente al Espíritu Santo, que desde la cruz de Cristo y el corazón del Resucitado se ha derramado en el corazón de todos los hombres.

V

Valor

Cultivemos en nuestra vida la virtud del valor. No solamente el valor de cuestionarnos sobre las realidades profundas del hombre, sino también el de emplear nuestra libertad en la construcción de caminos fundados en la verdad, en la justicia, en el estudio serio y competente, en la amistad fiel y respetuosa.

Que la renuncia a la posesión del tipo que sea, a la codicia de los ojos y de los sentidos, a la pretensión de estar en los primeros puestos, se convierta en respuesta generosa al amor de Dios, a la propuesta de Dios, a su Palabra, a las necesidades del hermano, a las peticiones de ayuda que se levantan a nuestro alrededor, incluso cerca de nosotros, por parte de muchos hombres y de pueblos enteros.

Que el valor abra nuestro corazón y nos haga comprender que vivir no significa simplemente «andar», sino aceptar «ser llamados y enviados»; no significa responder a la pregunta «qué es lo que me satisface», sino amar y elegir lo que es agradable a Dios, lo que es bueno, justo y verdadero.

La tercera edad es verdaderamente un tiempo difícil de la existencia humana. Estamos ante un problema absolutamente fundamental de la vida del hombre, ese problema del que el *Qoelet* (Eclesiastés), en el último capítulo, dice estas palabras inolvidables: «Ten en cuenta a tu Creador en los días de tu juventud, antes de que lleguen los días malos y se acerquen los años de los que digas: "No me gustan"». Este pasaje bíblico expresa de manera muy fuerte lo que para el hombre significa envejecer. Dicha experiencia no se reduce a seguir cumpliendo años, sino que más bien consiste en el drama que cada uno de nosotros vive y vivirá por la disminución de sus fuerzas físicas y psíquicas, por la multiplicación de los obstáculos y de los achaques y, por tanto, por la situación de sufrimiento —profundo, y a menudo difícil de comunicar— que se produce.

Este drama, en cierto modo, no se puede resolver si no es a partir del hombre mismo. No habrá ninguna asistencia, ni siquiera de tipo «sueco», que impida la desesperación de los ancianos. En cambio, es el propio hombre el que es llamado a regenerarse desde dentro, mediante esos valores perennes y definitivos que le permitirán superar la repugnancia y el sufrimiento de ver que empiezan a faltarle los valores temporales.

Al anciano tenemos que ayudarle a comprender que puede revalorizarse, aunque haya inevitablemente perdido facultades. Tiene que saber que su experiencia y su sabiduría son permanentes.

Hay que saber ayudar a las personas de manera eficaz, lo cual es dificilísimo. No se les puede hablar con crudeza, pero tampoco se les puede dar ilusiones. Entre estos dos extremos, hay que hallar el espacio de la palabra que nos sugiere la caridad, que tiene la sensibilidad de entender cuál es el punto neurálgico y de darle un respiro a la persona, que de este modo se siente comprendida en su drama, un drama que es prácticamente imposible de comunicar, y que tanto se parece al de Jesús cuando en Getsemaní se vio de repente ante un destino que no podía eludir.

Verdad

Pro veritate adversa diligere et prospera formidando declinare: por la verdad amad las adversidades y sed cautos y vigilantes ante el éxito. Lo cierto es que cada uno de nosotros tiende más bien a hacer todo lo contrario de lo que nos aconseja san Gregorio. Nosotros amamos el triunfo, deseamos la aprobación de todos, y nos molesta cuando nos critican y nos llevan la contraria. Somos más propensos a tener los temores de don Abundio que el valor del cardenal Federigo. Sólo la gracia del evangelio, la que triunfa sobre el miedo a la muerte, es capaz de hacernos superar todo respeto humano, haciéndonos contemplar la verdad de Dios, manifestada en Cristo Jesús y hecha nuestra en el Espíritu Santo. El Espíritu transforma nuestra vida y nos hace capaces de amar tanto la

verdad del evangelio que, por amor a ella, seamos incluso capaces de superar el miedo al fracaso. Sólo a partir de un corazón tan liberado se puede practicar la justicia hasta el fondo, amando incluso a los que no nos aman, saludando a los que no nos saludan, perdonando las ofensas y rezando por aquellos que no nos entienden o están en contra nuestra. Es esta verdad evangélica la que nos libera de la contaminación del afán posesivo, de la ambición y del orgullo, y que nos hace ser capaces de servir a los hermanos con prontitud y desinterés.

Vida

He aquí cómo el apóstol describe con pocas palabras la vida nueva que a todos nos gustaría vivir y que esperamos pueda convertirse en la regla general de la humanidad: «Vivir con sobriedad, justicia y piedad en este mundo».

En el centro de las tres características de la vida nueva está la justicia: la justicia es conformarse a todo lo que es justo, a las leyes divinas y humanas, es portarse como es debido en cualquier circunstancia, es dar a cada cual lo que le corresponde. La justicia es, por tanto, la virtud reguladora de todas las relaciones. En ella está la raíz de la paz. Vivir en la justicia significa vivir hallando siempre la regla de conducta respecto a los valores, las personas, las situaciones y los objetivos.

La piedad significa tener familiaridad con Dios,

sentir su intimidad, con gusto y con alegría. Significa vivir las relaciones de justicia no con un rigor frío, sino como transparencia de la bondad y la ternura de Dios en la vida diaria, en todas las horas del día y no solamente durante la oración.

Finalmente, la sobriedad es la templanza, la sabia utilización de los bienes de este mundo. No se trata de rechazar ningún bien temporal: más bien estamos llamados a valorar las cosas según su importancia y su mérito, a saber ejercer el control y la disciplina sobre nuestros deseos: disciplina de los sentidos, del cuerpo, del espíritu, de la vida, orden en las cosas, de forma que podamos vivir la justicia en el calor de la familiaridad con Dios.

Siguiendo con el texto de san Pablo, nos preguntamos: ¿es posible vivir estas realidades «en este mundo», en esta sociedad, en todo momento?

San Pablo responde: «Se nos ha manifestado la gracia de Dios». Es decir, la vida nueva es un don, una concesión gratuita que Dios nos hace. No es simplemente un ideal que nos propongamos y del que sabemos inexorablemente que estamos muy lejos: es una gracia que se nos ha manifestado.

Vigilancia

¿Qué significa estar atentos y vigilar? Significa que la historia es el tiempo del discernimiento, el tiempo en el que el cristiano está invitado a abrir los ojos y a no dejarse sumergir por los aconte-

cimientos como meras y brutales fatalidades; está invitado a reaccionar de forma positiva y clara, con inteligencia y valor.

Para comprender mejor la exhortación a estar atentos y a vigilar, podemos considerar tres aspectos de la vigilancia bíblica, tal y como el evangelio nos los presenta.

Es la vigilancia del dueño que se pasa la noche en vela, cuando tiene miedo de que llegue el ladrón. Es la vigilancia de la cautela, de la precaución; significa estar en guardia, tener mucho cuidado, mirar a nuestro alrededor.

Es la vigilancia del siervo que espera al amo, para que éste le encuentre en su puesto de trabajo, que no parezca un vago, un inepto, un hombre disipado. Es la vigilancia de la fidelidad.

Es la vigilancia de la esposa que espera al esposo, evocada sobre todo en el Cantar de los Cantares. La mujer espera al amado de su corazón y su vigilancia es la del amor, la del deseo, la de quien grita: «Ven, Señor Jesús».

Son los tres aspectos de la vigilancia cristiana, que comprendemos al contemplar a Jesús en la agonía de Getsemaní. Jesús está vigilante, mientras sus discípulos se duermen, como el dueño que espera al ladrón, porque quiere esperar de pie la llegada de Judas; está vigilante en la fidelidad, afirmando que quiere cumplir la voluntad del Padre, no la suya; está vigilante en el amor gritando al Padre que se cumpla en él el cáliz de la pasión.

En Getsemaní, Jesús es el modelo de la vigilancia cristiana, de la precaución, de la fidelidad, del amor.

Puede que nosotros aplacemos nuestra tarea esperando tiempos mejores, tiempos en los que habrá más justicia, más paz, más comprensión entre los hombres. El evangelio nos invita a manifestarnos ahora, porque es ahora, en este momento, cuando Dios viene.

Violencia

El primero de los grandes males de nuestro tiempo, la gran peste que nos aflige, es la violencia en todas sus formas.

Empieza por la violencia política, que ha producido las crueles aberraciones del terrorismo —tengo todavía en mi retina la imagen de la sangre de los inocentes asesinados en sus lugares de trabajo, en las aulas universitarias o a poca distancia de sus casas—, y llega hasta la violencia criminal que, bien por rapiña, por venganza entre bandas rivales, también llena de sangre nuestras calles y nuestros hogares. Y se extiende hasta la violencia infligida a la vida naciente, que constituye una de las dolorosas y amargas pestes de nuestro tiempo y que se cobra un montón de víctimas indefensas y sin voz.

Luego viene la violencia social, que se manifiesta en todas las formas de injusticia, sobre todo en perjuicio de aquellos que no pueden defender su trabajo o sus ahorros, e igualmente esa forma de violencia implícita dentro de las estructuras económicas que tolera la muerte por hambre de millones de personas.

Finalmente, síntesis de todas las violencias y aberraciones sociales, la guerra, que cubre de sangre tantos países del mundo, y que también está presente entre nosotros, en esos peligros de muerte que constituyen los arsenales de armas, que tienen la capacidad de destruir a la humanidad. Una plaga sin precedentes en la historia, capaz de dejar pálidos los más atroces relatos de la peste de san Carlos o la que describió Manzoni.

Vocación

La vocación es una palabra que nos es dirigida, una semilla que nace y crece dentro de la relación con Dios; cuando la relación y el diálogo se cortan, la vocación se debilita.

La vocación es aceptar un diálogo en el que yo no digo ni la primera ni la última palabra: sólo tengo que contestar. Lo importante es aceptar el diálogo. ¿Cómo facilitar, entonces, el diálogo, haciendo que, por ejemplo, nuestra oración o búsqueda de una vocación no sea un simple monólogo?

No hay otro camino que el de tomar en serio la palabra de Dios como Palabra, dejarla hablar, darle prioridad, y después contestar. Tomar en serio la Escritura como palabra dirigida a mí, como inicio del diálogo vocacional, y mantenerme en este diálogo.

Sin una meditación diaria, perseverante, de la Palabra de Dios, hecha a lo mejor durante un tiempo breve pero constante, es difícil entrar y después

crecer en el diálogo vocacional, es difícil dejar la puerta abierta a la Palabra.

Voluntariado

El voluntariado es una elección. Es la opción de aquel que oye el grito de los oprimidos, ve la indigencia de los pobres y siente la necesidad de encarnarse en la historia: «He visto la aflicción de mi pueblo».

Tiene, por un lado, la carga profética de toda denuncia de la injusticia, de la miseria, de los condicionamientos, de la inhumanidad de tantas estructuras y de tantos hombres, que en dichas estructuras han cristalizado el mal y la opresión de los otros.

Por otro lado, tiene también el sentido de invitar a todos —no con discursos, sino mediante el testimonio— a encontrar un camino, un poco de aliento, una esperanza: cosas que son tanto más válidas en el voluntariado, cuanto más se mueve por sendas nuevas, no trilladas, cuando incluso tiene que descubrirlas e inventarlas. Por tanto, es un acto de confianza en el hombre y para el hombre, un acto que no se limita a adaptarse a unas estructuras más cómodas y más visibles, pero a menudo inadecuadas.

Desde este punto de vista, el voluntariado constituye también un espacio nuevo para los hombres de nuestro tiempo, especialmente para los jóvenes. Si se habla de un mundo nuevo es porque

hay problemas nuevos que antaño no existían y para los que, por tanto, es inútil buscar soluciones concretas en el pasado. Y para todo esto hace falta lanzar gritos de esperanza y abrir espacios de vida y de acción. El voluntario lo sabe y es consciente de que está pisando caminos nuevos y que tiene que saber distinguirlos.

ÍNDICE DE LAS CITAS

17: Hechos de los Apóstoles 25,19; Hechos de los Apóstoles 22,3 **23**: Génesis 1,1 **25**: Mateo 2,12 **29**: Gálatas 3,28; Carta a los Romanos 12,5-6 **29**: Libro de Jonás 1,2; 3,5; 4,11; G. La Pira, *Las ciudades están vivas*, Brescia 1978, p. 27 **33**: *Lumen gentium* VI, 44 **34**: Hechos de los Apóstoles 4,32; Primera carta de Juan 1,3.7; Hechos de los Apóstoles 1,14; 2,46; 4,34; 5,12; 15,25; Marcos 3,14 **39-40**: Carta a los Romanos 12 **41**: Apocalipsis 3,19 **45**: Juan 1,3 **49-50**: Carta a los Romanos 12,1-2; Carta a los Efesios 5,17; Carta a los Filipenses 1,9 **52-53**: Juan 21,15.18-19; Carta a los Colosenses 3,11; Carta a los Gálatas 2,20 **61**: Juan 10,3-5 **84**: Mateo 5,16 **87-88**: Mateo 5,17 **89**: Juan 15,11; 14,27; 17,22 **95**: Segunda Carta a los Corintios 3 **99**: Carta a los Romanos 8,26 **110**: Mateo 6,33; 5,48; Carta a los Efesios 5,1 **115**: Juan 10,34 **119**: Salmo 94,7; *Sacrosanctum Concilium* 7 **120-121**: Carta a los Romanos 8,26 **123-124**: Carta a los Gálatas 5,22 **128-129**: Hechos de los Apóstoles 7,57; Mateo 5,11-12; 10,17.18.22 **130**: Juan 17,21 **146**: Marcos 15,39 **154**: Mateo 12,36 **157**: Lucas 23,43 **169**: Carta a los Filipenses 2,6-8 **171**: Ignacio Silone, *Vino y pan*, Milán 1970, p. 130 **181**: Mateo 6,6 **182-183**: Apo-

calipsis 3,19 **184**: Lucas 13,21; Segunda Carta a los Corintios 13,4 **190**: Juan 12,32; 11,52 **195**: Marcos 12,29ss; Deuteronomio 6,4ss **196**: Carta a los Filipenses 1,21 **199**: *Lumen gentium* 9 **200**: Marcos 16,17-18 **209**: Mateo 18,20 **211**: Salmo 121,8; Jeremías 31,28; Génesis 2,3 **212**: Génesis 1,28 **214**: Mateo 16,25 **217**: Carta a los Romanos 12,16 **218-219**: Números 14,7-8 **222**: Eclesiastés 12,1 **227**: Apocalipsis 22,20 **229**: Éxodo 3,7

ÍNDICE DE LAS FUENTES

7: *Acogerse los unos a los otros*, Homilía del Domingo de Ramos, Duomo, 24-3-1991 **8-9**: *El consejero en la Iglesia*, Conversación al Consejo pastoral diocesano, Triuggio, 15-4-1989 **9-10**: *Dinero y conciencia cristiana*, Informe para el Congreso de la Iglesia de Bolonia, Bolonia, 10-4-1987 **10-11**: *La actitud eucarística*, Meditación para el clero piamontés, Milán, 18-5-1983 **11-12**: *Homilía en la solemnidad de Todos los Santos*, 1-11-1983 **14-15**: *Al principio ya existía la Palabra, Carta dirigida al clero y a los fieles para el año pastoral 1981-1982*, 8-9-1981 **15-16**: *«Atraeré a todos a mí», Carta dirigida al clero y a los fieles*, 24-6-1982 **16**: *Abrid las puertas a Cristo amor*, Catequesis para el jubileo de los jóvenes, Roma, 14-4-1984 **17**: *Vieron a Jesús resucitado y se hicieron cristianos*, «Corriere della Sera», 18-4-1982 **18-19**: *Busco una verdad*, Sábado «in Traditione Symboli», 1980 **19-20**: *Cuaresma y ayuno*, Homilía para el primer domingo de cuaresma, 16-3-1986 **21-22**: *Homilía en la solemnidad de la Inmaculada Concepción*, 8-12-1982 **22-23**: *Por una paz duradera*, Homilía en la Jornada por la Paz, Duomo, 1-1-1988 **23-24**: *Una valiente tensión entre lo visible y lo invisible*, Homilía en la solemnidad de Todos los Santos, Duomo, 1-11-1991

24-25: *Esperar contra toda esperanza*, Intervención en el Congreso para la Jornada de la Solidaridad, Milán, 30-1-1993 **25-26:** *El destino común de la humanidad*, Homilía en la solemnidad de la Epifanía, Duomo, 6-6-1987 **27-28:** *La Lectio Divina*, Al clero de Venecia, 2-12-1982 **28-29:** *Dar una voz a cada uno,* Para la festividad de San Ambrosio, 7-12-1980 **29-30:** *Levántate, vete a Nínive, la gran ciudad, Carta para la ciudad*, Milán, 28-3-1991 **30-31:** *Los horizontes de la paz a la luz de la experiencia en la India*, Intervención en el encuentro con los objetores de conciencia que trabajan en Cáritas diocesana, Milán, 17-2-1989 **31-32:** *La Iglesia y los medios de comunicación*, Intervención en el Congreso de los teólogos moralistas, Salzburgo, 24-9-1993 **32-33:** *Con vosotros cristiano, por vosotros obispo*, Conversación con los decanos en Tavernola, 5-1-1981 **34:** *Nuestra comunión presbiteral, Carta al Clero para el Jueves Santo*, 1981 **34-36:** *Si quieres la paz, respeta la conciencia de cada hombre*, Homilía en la Jornada por la Paz, Duomo, 1-1-1991 **36-37:** *¿Existe una ética del trabajo público?*, Informe para el Congreso del IREF, 30-3-1984 **37-39:** *Algunos caminos evangélicos para cambiar de vida*, Meditación para la Jornada de espiritualidad para los adultos comprometidos en la acción sociopolítica, Milán, 4-12-1988 **39-40:** *Participar en la caridad de Dios*, Meditación para la «Lecco jóvenes», Lecco, 8-5-1992 **40-41:** *Dios educa a su pueblo, Carta dirigida a la diócesis sobre el programa pastoral*, 27-8-1987 **41-43:** *Hacia una ciudad unida*, En la procesión penitencial ciudadana, 20-4-1984

43-44: *Cada catedral pertenece a Cristo*, Homilía en la dedicación de la catedral, Duomo, 15-10-1989 **44-45**: *Homilía en la Vigilia pascual*, 25-3-1989 **45-46**: *Una ciudad sin muros*, Conversaciones en la RAI TV, cuaresma, 12-4-1984 **46-47**: *El pueblo de Dios: unidad y fraternidad, sacerdocio y ministerios*, Conferencia en la XXV sesión SAE, La Mendola, 26-7-1987 **47-48**: *La muerte de cruz*, Homilía del Viernes Santo, 20-4-1984 **48-49**: *Los frutos de la conversión cuaresmal*, Homilía para el primer domingo de cuaresma, Duomo, 28-2-1993 **49-50**: *El pueblo de Dios: unidad y fraternidad, sacerdocio y ministerios*, Conferencia en la XXI sesión SAE, La Mendola, 26-7-1987 **51-52**: *Vámonos a la escuela, Carta dirigida a las familias*, 17-11-1985 **52-53**: *Camino de pobreza, Carta al clero*, 8-4-1982 **56**: *Los horizontes nuevos de la tarea histórica*, Meditación para los curas de la ciudad de Milán, Milán, 19-1-1990 **57-58**: *Caminar por el desierto*, en el desierto de Judá, 22-2-1992 **58-59**: *Tiempo de lucha del Espíritu*, Homilía para el primer domingo de cuaresma, Duomo, 24-2-1985 **59-60**: *La sabiduría de Dios en las realidades humanas*, Homilía en la misa para la tercera edad, Milán, 18-10-1987 **60-61**: *Os confío una palabra: esperanza*, Congreso nacional de A.C., Roma, 31-10-1982 **62**: *Espiritualidad del seglar*, Meditación en la Universidad Católica, Milán, 20-3-1987 **62-64**: *Obispo en Milán*, Conferencia para los Lions de Milán, 17-11-1982 **65-66**: *Educar a los hijos para la fe*, Intervención en el instituto de los Padres Salesianos, Milán, 31-1-1983 **66-67**: *La espiritualidad seglar*, En el II aniversario

de la muerte de Vittorio Bachelet, 12-2-1982 **67**: *He visto la aflicción de mi pueblo*, Congreso de los organismos cristianos de voluntariado, Milán, 9-5-1982 **68-69**: *El Señor ama la vida, Carta dirigida a la diócesis para la festividad de San Ambrosio*, 7-12-1981 **69-70**: *La única cosa necesaria*, Vigilia de oración del Congreso eclesial de Acerra, Acerra, 7-9-1986 **70-71**: *Estoy en la puerta, Carta pastoral a la diócesis para el año 1992-1993*, Milán, 6-8-1992 **71-72**: *La esperanza está en nosotros y en medio de nosotros*, Intervención en el Congreso Juvenil de AC de Varese, Sacro Monte, 27-4-1990 **72-74**: *Las transformaciones de la espiritualidad*, Informe para la Facultad de Arquitectura, Milán, 30-3-1992 **74-75**: *Homilía para el sábado «in Traditione Symboli»*, 3-4-1982 **75-76**: *La experiencia del Resucitado en la cotidianidad*, Homilía para el Domingo de Ramos, 31-3-1991 **76-77**: *La dimensión contemplativa de la vida, Carta dirigida a la diócesis para el año pastoral 1980-1981* **78-79**: *Ceder la palabra a la muerte*, Intervención en el Congreso «La muerte en nuestros días», 25-5-1984 **79-80**: *Conversación con los decanos en Tavernola*, 5 de enero de 1981 **80-81**: *¡Levántate, vete a Nínive, la gran ciudad!, Carta para la ciudad*, Milán, 28-3-1991 **81-82**: *Un signo de los tiempos que interpela a los cristianos de la ciudad*, Informe para el Congreso «Para dar un alma a la ciudad», Milán, 15-4-1989 **83-84**: *Hacerse prójimo así, Carta dirigida a la diócesis para la Navidad*, Milán, diciembre de 1986 **84-85**: *Testigos del Resucitado con Pedro*, Ejercicios espirituales para la ciudad, Duomo, 15/

19-10-1984 **85-86:** *Los jóvenes entre Siquén y Nínive*, Meditación para el «Grupo del Cenáculo» de AC, Milán, 7-1-1990 **86-87:** *Del «Coloquio sobre la parroquia»*, Pragelato, 5/8-5-1980 **87-88:** *De visitas con san Carlos, Carta dirigida a la diócesis*, 12-7-1985 **89-90:** *Colaboradores de vuestro gozo*, Homilía para las ordenaciones sacerdotales, Duomo, 11-6-1988 **91:** *Hacerse prójimo en familia*, Meditación para las familias, Duomo, 23-1-1987 **92-93:** *La palabra de Dios y la palabra del hombre. Una sola historia*, Reflexión en la diócesis de Albano para el «Sínodo de los años 90», Castelgandolfo, 13-5-1992 **93-94:** *En el rostro de cada hombre, el signo del Dios vivo*, En la vigilia de oración para la convocatoria del Congreso de la Iglesia de Lombardía «Nacer y morir en nuestros días», Duomo, 1-2-1992 **94-95:** *Predicad el Evangelio, Carta dirigida al clero para el Jueves Santo*, 31-3-1983 **96-97:** *Lo que es seguro y lo que es inseguro en los próximos veinte años*, Intervención en el congreso promovido por Noopolis, Roma, 21-2-1985 **97-98:** *La Lectio Divina*, Al clero de Venecia, 2-12-1982 **98-99:** *Por los caminos del Señor*, 1985, 56-57 **99-100:** *Sabiduría y equilibrio de juicio*, Homilía en la misa para los periodistas, Milán, 23-1-1989 **101-102:** *El hombre en espera de Cristo*, Meditación cuaresmal para los jóvenes universitarios, Milán, 22-2-1983 **102-103:** *Una Iglesia abierta a todos*, Para la inauguración de la estatua del beato Luigi Guanella, Duomo, 25-4-1987 **103-104:** *El camino de libertad interior*. Intervención en el Congreso «Libertad y nueva evangelización en Europa», Milán, 24-1-1992 **104-105:**

Educar a los hijos para la fe, Intervención en el instituto de los Padres Salesianos, Milán, 31-1-1983 **105-107:** *Un grito de intercesión*, Homilía en la Vigilia para la Paz, Duomo, 28-1-1991 **107:** *El hombre de fe según la Palabra de Dios*, Para el consejo pastoral diocesano, Leggiuno, 5-10-1985 **109:** *La Eucaristía, centro y forma de la vida de la Iglesia*, Informe para la XX asamblea CEI, Milán, 26/30-4-1982 **109-110:** *El hombre de fe según la Palabra de Dios*, Para el Consejo pastoral diocesano, Leggiuno, 5-10-1985 **111-112:** *Estoy en la puerta, Carta pastoral dirigida a la diócesis para el año 1992-1993*, Milán, 6-8-1992 **112-113:** *Espiritualidad del seglar*, Meditación en la Universidad Católica, Milán, 20-3-1987 **113-114:** *Al principio ya existía la Palabra, Carta dirigida al clero y a la diócesis para el año pastoral 1981-1982*, 8-9-1981 **115:** *Estructurar la convivencia civil según los valores del Reino*, Intervención en la inauguración de las escuelas de formación para el compromiso sociopolítico, Milán, 16-1-1993 **115-117:** *¿Con qué libertad nos ha liberado Cristo?*, Meditación en el encuentro con los políticos, Milán, 15-12-1991 **117-118:** *Hacerse prójimo, Carta pastoral dirigida a la diócesis*, 10-2-1985 **118-120:** *Al principio ya existía la Palabra, Carta dirigida al clero y a la diócesis para el año pastoral 1981-1982*, 8-9-1981 **120-121:** *El magníficat*, Meditación en la Conferencia Episcopal Brasileña, Itaci, Sao Paulo, 15-4-1985 **123-124:** *Por los caminos del Señor*, 1985, 126-128 **124-125:** *El magníficat*, Meditación en la Conferencia Episcopal Brasileña, Itaci, Sao Paulo, 15-4-1985 **125-126:** *La manse-*

dumbre evangélica, Homilía en la fiesta de Todos los Santos, Duomo, 1-11-1984 **127-128**: *Homilía en la solemnidad de la Inmaculada Concepción*, 8-12-1982 **128-129**: *Martirio, Eucaristía y diálogo, Carta dirigida al clero y a los fieles en el tercer año de su episcopado*, 10-2-1983 **129-131**: *El matrimonio cristiano*, Meditación para las parejas jóvenes, Duomo, 27-2-1990 **131-132**: *El borde del manto, Carta pastoral dirigida a la diócesis para el año 1991-1992*, Milán, 31-7-1992 **132-133**: *Para una memoria constructiva*, Homilía en la conmemoración de los difuntos, Milán, 2-11-1986 **133-135**: *La fuerza del Evangelio*, Homilía con ocasión del Congreso nacional de las Comunidades de vida cristiana, Milán, Col. León XIII, 11-9-1992 **135-136**: *Pasión, Eucaristía, misericordia*, Homilía en la misa del Jueves Santo, 16-4-1987 **136-137**: *Salida de Emaús, Carta dirigida al clero y a los que trabajan en la pastoral*, 7-7-1983 **137-138**: *Qué verdad hay que decirle al enfermo: quién, cómo, por qué*, Informe para la Policlínica de Milán, 14-5-1987 **139-140**: *Navidad, la verdadera cuestión moral*, «Corriere della Sera», 12-12-1982 **140-141**: *Los horizontes de la paz a la luz de la experiencia en la India*, Intervención en el encuentro con los objetores de conciencia que trabajan en Cáritas diocesana, Milán, 17-2-1989 **143-144**: *La elección de Jesús*, Homilía en la misa in Coena Domini, Duomo, 8-4-1982 **144-145**: *Obispo de Milán*, Conferencia a los Lions de Milán, 17-11-1982 **145-146**: *La Lectio Divina*, Al clero de Venecia, 2-12-1982 **146-147**: *Informe para el II Congreso Diocesano de Cáritas*

Ambrosiana, 25-10-80 **147-148:** *La dimensión contemplativa de la vida, Carta dirigida a la diócesis para el año pastoral 1980-1981* **149-150:** *Una espléndida catequesis sobre la oración*, Meditación para los presbíteros del decanato de Paderno Dugnano, Paderno D., 11-10-1991 **150-151:** *Dejarse educar por Dios en familia*, Meditación para las familias de la diócesis, Duomo, 23-11-1988 **151-152:** *Al principio ya existía la Palabra, Carta dirigida al clero y a la diócesis para el año pastoral 1981-1982*, 8-9-1981 **153-154:** *Al principio ya existía la Palabra, Carta dirigida al clero y a la diócesis para el año pastoral 1981-1982*, 8-9-1981 **154-156:** *La Palabra entre las palabras, signo de esperanza en nuestros días en la Universidad*, Informe para el Congreso extraordinario de la FUCI, Brescia, 4-1-1981 **156-157:** *La parábola del sembrador*, Meditación para los catedráticos de la Universidad Católica, Milán, diciembre 1982 **157-158:** *Estoy en la puerta, Carta pastoral dirigida a la diócesis para el año 1992-1993*, Milán, 6-8-1992 **158-159:** *Nuestra libertad*, Homilía en la misa de Pascua, 11-4-1982 **159-160:** *Del «Coloquio sobre la parroquia»*, Pragelato, 5/8-8-1980 **160-161:** *Pasión de Cristo, pasión de la humanidad*, Homilía en la Pasión del Señor, 17-4-1981 **162-163:** *La paz, desafío del Reino*, XX semana del SAE, agosto de 1982 **163-164:** *Una espléndida catequesis sobre la oración*, Meditación para los presbíteros del decanato de Paderno Dugnano, 11-10-1991 **164-165:** *La Iglesia en la fuerza del Espíritu*, Homilía en la solemnidad de Pentecostés, Duomo, 7-5-

1992 **165-166:** *Salida de Emaús. Carta dirigida al clero y a los que trabajan en la pastoral*, 7-7-1983 **166-167:** *El don de la perseverancia*, Homilía en los aniversarios de profesión religiosa, 3-5-1985 **167-168:** *El humanismo de la caridad*, Conversación en el M.E.I.C., Milán, 11-4-1987 **168-169:** *Hacerse prójimo, Carta pastoral dirigida a la diócesis*, 10-2-1985 **169-170:** *Por los caminos del Señor*, 1985 **170-171:** *¿Existe una ética del trabajo público?*, Informe para el Congreso del IREF, 30-3-1984 **171-173:** *La unidad planetaria*, Encuentro con los jóvenes en el Palacio de deportes, Varese, 21-5-85 **173-174:** *Predicad el Evangelio, Carta dirigida al clero para el Jueves Santo*, 31-3-1983 **174-175:** *Homilía en el Domingo de Pascua*, 26-3-1989 **176:** *La cárcel y los presos*, Informe para el Congreso, Quercinella Sonnino, 30-8-1985 **177:** *La formación pública, elemento que cualifica una correcta comunicación social*, Reflexión para el Instituto profesional lombardo de formación para la administración pública, Milán, 11-5-1992 **177-178:** *Educación personal y pastoral de los presbíteros*, Conversaciones con los sacerdotes de la VI zona pastoral, Claraval, 11-11-1987 **178-180:** *Palabra de Dios y proximidad*, Conversación en la Universidad Católica del Sagrado Corazón, Roma, 4-12-1985 **180:** *Estoy en la puerta, Carta pastoral dirigida a la diócesis para el año 1992-1993*, Milán, 6-8-1992 **181-182:** *Por los caminos del Señor*, 1985 **182-183:** *Salida de Emaús. Carta al clero y a los que trabajan en la pastoral*, 7-7-1983 **183-185:** *La inacabable paciencia de Dios*, Homilía en la solem-

nidad de la Ascensión, Duomo, 31-5-1987 **185-186**: *¡La paz esté con vosotros!*, Saludo en la inauguración del Congreso Internacional «Hombres y religiones», Milán, Teatro La Escala, 19-9-1993 **187-188**: *Reparar con el Señor esta casa que está en ruinas*, Homilía en la vigilia del sábado «in Traditione Symboli», Duomo, 3-4-1993 **188**: *Dios educa a su pueblo, Carta a la diócesis sobre el programa pastoral*, 27-8-1987 **189**: *Nuestra verdadera libertad*, Homilía en la Vigilia Pascual, 10-4-1982 **190**: *«En religiosa escucha de la Palabra de Dios»*, Intervención en el congreso «El Vaticano II: memoria y profecía», Asís, La Ciudadela, 30-12-1985 **190-191**: *«Atraeré a todos hacia mí», Carta dirigida al clero y a los fieles*, 24-5-1982 **193-194**: *Por los caminos del Señor*, 1985, pp. 362-363 **194-195**: *El hombre de fe según la Palabra de Dios*, En el consejo pastoral diocesano, Leggiuno, 5-10-1985 **195-196**: *Ven y sígueme*, Meditación para los religiosos/as de España, Madrid, 23-4-1987 **196-197**: *La Lectio Divina, Carta dirigida al clero de Venecia*, 2-12-1982 **198**: *De visitas con san Carlos, Carta dirigida a la diócesis*, 12-7-1985 **199-200**: *Dinero y conciencia cristiana*, Informe para el Congreso de la Iglesia de Bolonia, Bolonia, 10-4-1987 **200-201**: *La alegría del Evangelio*, 1988, pp. 122-123 **201-202**: *La dimensión contemplativa de la vida. Carta a la diócesis para el año pastoral 1980-1981* **203-204**: *¡Effatá-ábrete!, Carta dirigida a la diócesis para el programa pastoral*, Milán, 11-8-1990 **204-205**: *Hacia una ciudad unida*, En la procesión penitencial ciudadana, 20-4-1984 **205-206**:

¿Por qué la Iglesia ambrosiana se interesa por el trabajo público?, Intervención en el Congreso para la VII Jornada de la Solidaridad, Milán, S. Fedele, 16-1-1988 **207-208:** *La escuela, entre eficiencia y solidaridad*, Informe para el Congreso de la Universidad Católica, Brescia, 8-5-1987 **208-209:** *Todas las catedrales pertenecen a Cristo*, Homilía en la dedicación de la catedral, Duomo. 15-10-1989 **209-211:** *La mujer de la reconciliación*, 1983, pp. 45-48 **211-212:** *Estoy en la puerta, Carta pastoral dirigida a la diócesis para el año 1992-1993*, Milán, 6-8-1992 **212-213:** *La objetividad de la ciencia y las normas de la ética*, Informe para el Congreso «Empresa y ecología: un informe basado en la ética», Rocca di Valmadrera, 12-5-1990 **213-215:** *¿Existe una ética del trabajo público?*, Informe para el congreso del IREF, 30-3-1984 **215-216:** *En religiosa escucha de la Palabra de Dios*, Intervención en el Congreso «El Vaticano II: memoria y profecía», Asís, La Ciudadela, 30-12-1985 **217-218:** *Hacerse prójimo, Carta pastoral dirigida a la diócesis*, 10-2-1985 **218-219:** *El ecumenismo es el futuro de Europa*, Conversación en la Facultad Teológica del Sur de Italia, Nápoles, 9-3-1989 **221:** *Homilía del sábado «in Traditione Symboli»*, 3-4-1982 **222-223:** *Por los caminos del Señor*, 1985 **223-224:** *Caminar juntos en la fe*, Discurso pronunciado en el Duomo de Milán el día de su ingreso, 10-2-1980 **224-225:** *Esperanza de una vida nueva*, Homilía en la solemnidad de la Navidad, Duomo, 25-12-85 **225-227:** *La vigilancia cristiana*, Meditación para las personas comprometidas en el campo sociopolíti-

co, Milán, 2-12-1990 **227-228**: *Hacia una ciudad unida*, En la procesión penitencial ciudadana, 20-4-1984 **228-229**: *La unidad planetaria*, Encuentro con los jóvenes en el Palacio de los deportes, Varese, 21-5-1985 **229-230**: *He visto la aflicción de mi pueblo*, Congreso de los organismos cristianos de voluntariado, Milán, 9-5-1982.

ÍNDICE

Acogida 7
Aconsejar 8
Actuar 9
Adoración 10
Aflicción 11
Alabanza 12
Alejados 14
Alianza 15
Amor 16
Anuncio 17
Autenticidad 18
Ayuno 19

Bautismo 21
Bendición 22
Bienaventuranzas 23
Bienes 24
Búsqueda 25

Caminar 27
Caridad 28
Ciudad 29
Compasión 30
Comunicación 31
Comunidad cristiana 32

Comunión 34
Conciencia 34
Conciencia colectiva 36
Conversión 37
Corazón 39
Corrección 40
Corrupción 41
Cosmos 43
Creación 44
Creer 45
Cristiano 46
Cruz 47
Cuaresma 48
Culto espiritual 49
Cultura 51
Cura 52

Delicadeza 55
Desapego 56
Desierto 57
Diablo 58
Dios 59
Discernimiento 60
Discípulo 62
Discreción 62

Educar 65
Elección 66
Encuentro 67
Enfermedad 68
Escucha 69
Espera 70
Esperanza 71

Espiritualidad 72
Espíritu Santo 74
Eternidad 75
Eucaristía 76
Eutanasia 78
Evangelio 79
Evangelización 80
Extranjeros 81

Familia 83
Fe 84
Fidelidad 85
Fiesta 86
Filiación 87

Gozo 89

Hijos 91
Historia 92
Hombre 93
Homilía 94
Honradez intelectual 96
Hospitalidad 97
Humildad 98
Humor 99

Idolatría 101
Iglesia 102
Infancia espiritual 103
Inteligencia 104
Intercesión 105
Interioridad 107

Jesús 109
Justicia 109

Laicado 111
Laicos 112
Lectio divina 113
Ley 115
Libertad 115
Limosna 117
Liturgia 118
Liturgia de las Horas 120

Madurez cristiana 123
Magníficat 124
Mansedumbre 125
María 127
Martirio 128
Matrimonio 129
Medios de comunicación 131
Memoria 132
Miedo 133
Misericordia 135
Misión 136
Muerte 137

Navidad 139
No-violencia 140

Obediencia 143
Obispo 144
Ojos 145
Opción bautismal 146
Oración 147

Padre nuestro 149
Padres 150
Palabra 151
Palabra de Dios 153
Palabras 154
Parábolas 156
Paraíso 157
Pascua 158
Pascua judía 159
Pasión de Cristo 160
Paz 162
Pedir 163
Pentecostés 164
Perdón 165
Perseverancia 166
Persona humana 167
Pobreza 168
Pobreza cristiana 169
Poder 170
Política 171
Predicación 173
Presencia 174
Prevenir 176
Profesión 177
Providencia 177
Proximidad 178
Purgatorio 180

Recogimiento 181
Reconciliación 182
Reino 183
Religiones 185

Reparar 187
Reproche 188
Resurrección 189
Revelación 190
Rito 190

Sacrificio 193
Sagrada Escritura 194
Seguimiento 195
Sentido 196
Seriedad 198
Servir 199
Signos 200
Silencio 201
Símbolos 203
Soledad 204
Solidaridad 205

Talentos 207
Templo 208
Ternura 209
Tiempo 211
Tierra 212
Trabajo 213
Tradición 215

Últimos 217
Unidad planetaria 218

Valor 221
Vejez 222

Verdad 223
Vida 224
Vigilancia 225
Violencia 227
Vocación 228
Voluntariado 229